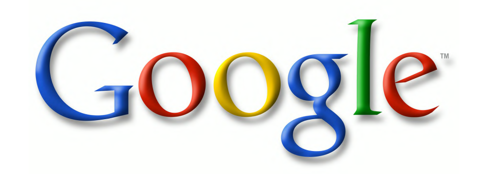


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

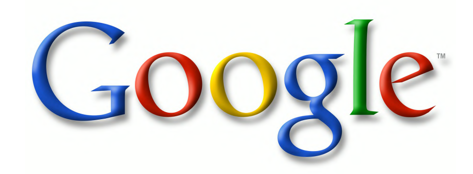
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

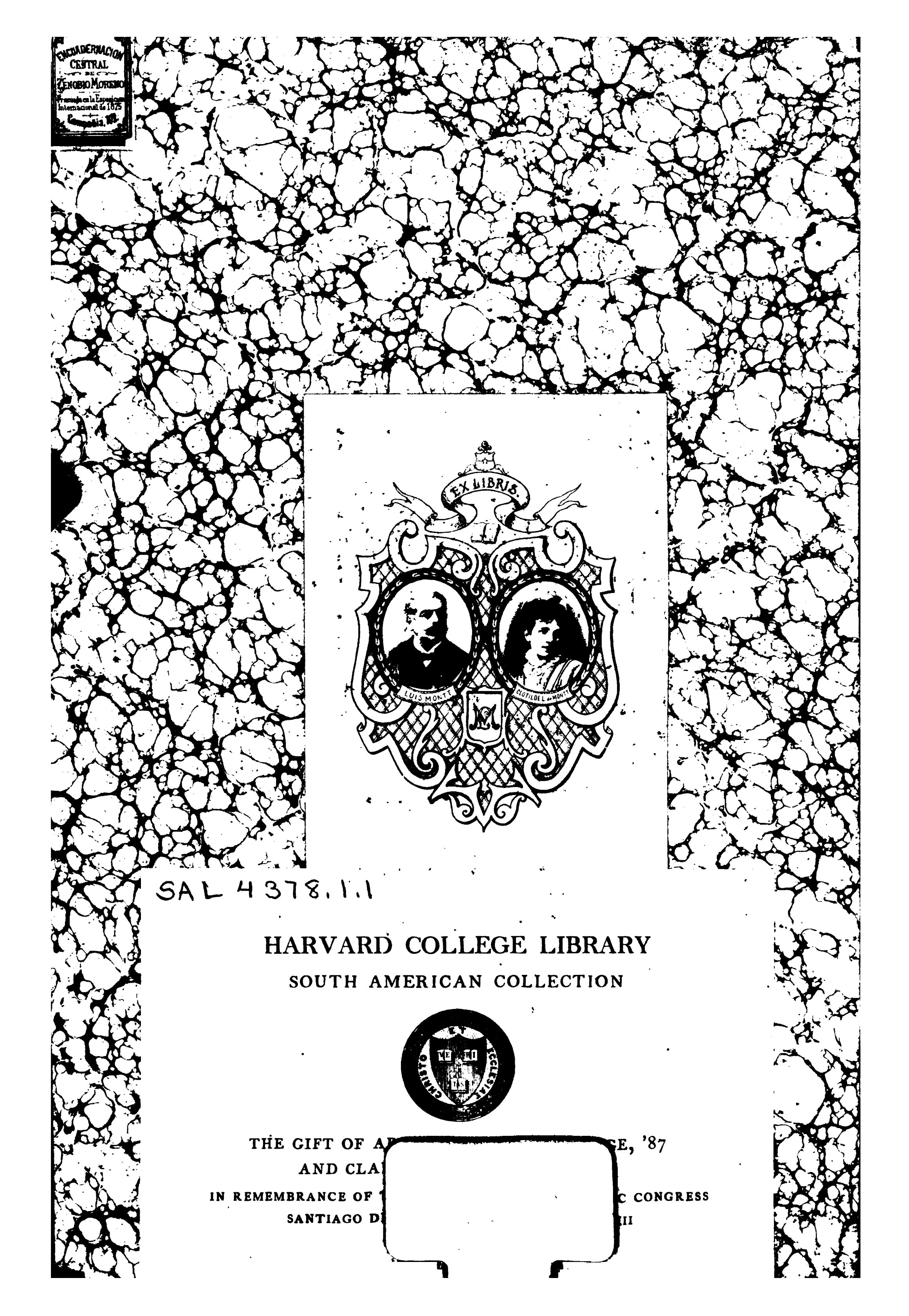
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

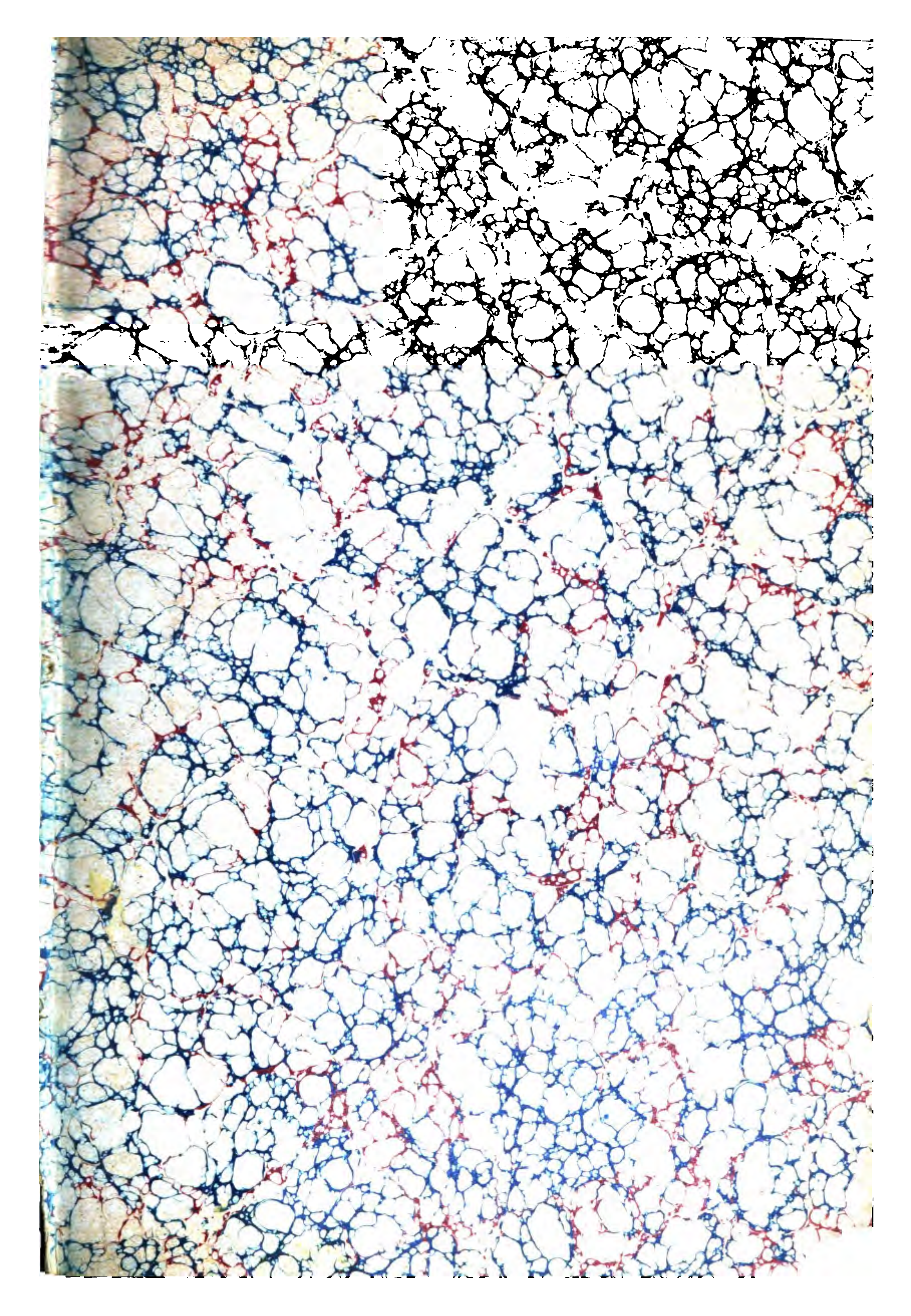
Asimismo, le pedimos que:

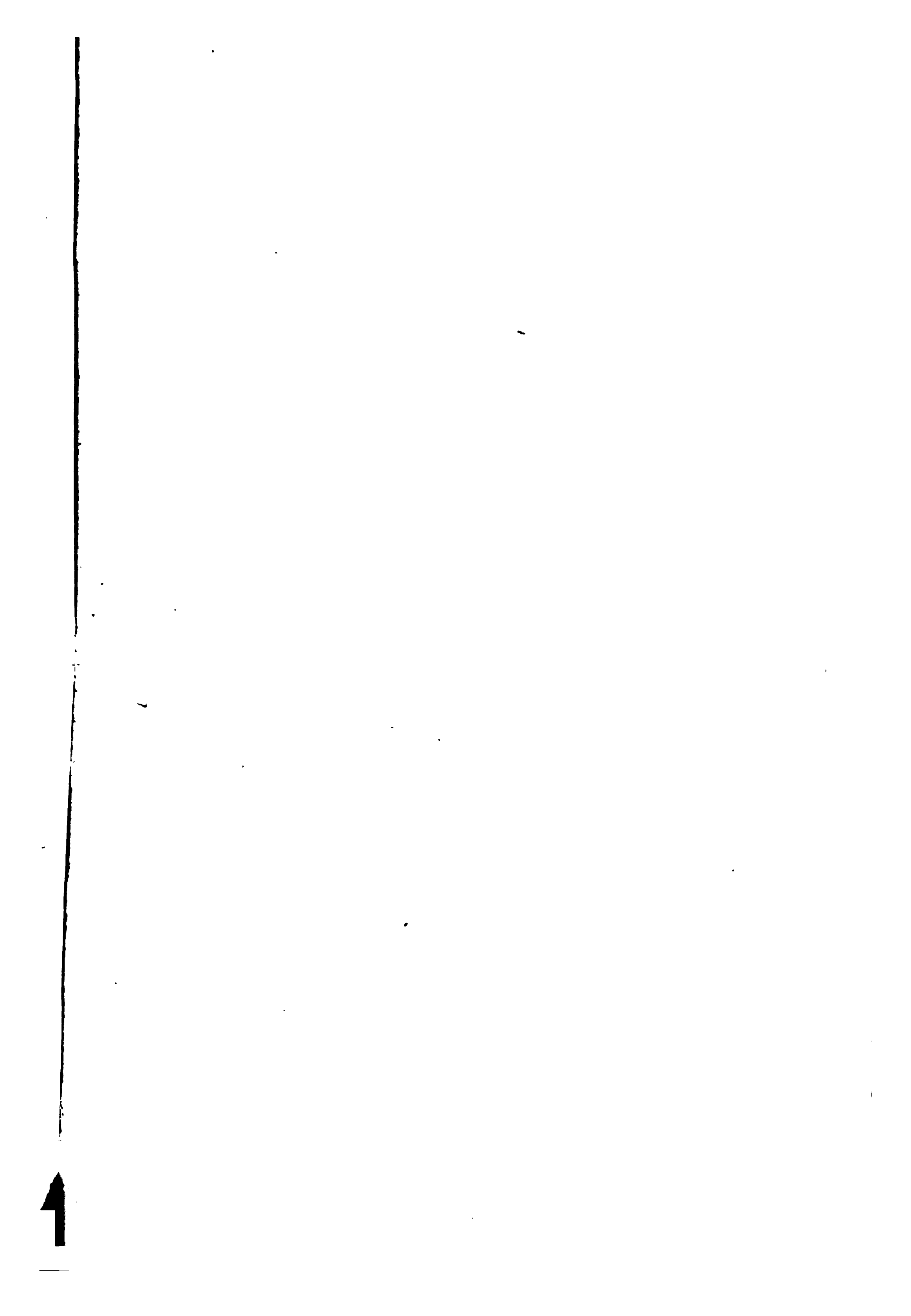
+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


EX LIBRIS
LUIS MONTT
CLOTILDE L. de MONTT
SAL 4378.1.1
HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION
VE RI TAS
THE GIFT OF A
E, '87
AND CLA
IN REMEMBRANCE OF
C CONGRESS
SANTIAGO D





OBRAS COMPLETAS

DE

D. ESTÉBAN ECHEVERRIA

OBRAS COMPLETAS

DE

D. ESTÉBAN ECHEVERRIA

ESCRITORES ARGENTINOS.

OBRAS COMPLETAS

DE

D. ESTÉBAN ECHEVERRIA.

TOMO PRIMERO

Poémas varios.

BUENOS AIRES

CARLOS CASAVALLE, EDITOR

Imprenta y libreria de MAYO, Moreno 241

Plaza Monserrat

1870.

SAL 4378.1.1

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

EL EDITOR.

Por un sentimiento de amor pátrio y de respeto por la memoria de un gran ciudadano argentino, nos hemos atrevido à acometer la empresa de publicar una edicion completa de las obras en prosa y en verso del eminente literato y publicista DON ESTEBAN ECHEVERRIA. Si estas producciones son recomendables por la materia y por la belleza orijinal de la forma, lo son mas por las cualidades del autor cuya vida fué una constante consagracion á las ciencias y á la práctica de las virtudes cívicas. Confiando en que el pueblo Argentino, especialmente el de Buenos Aires, sabrá apreciar estos méritos y complacerse en ver honrado como merece el nombre de uno de sus mejores ciudadanos, es que nos disponemos á ofrecerle un verdadero monumento que consagre ese nombre y lo recuerde á la posteridad, antes que se pierdan ó diseminen los materiales de que hoy podemos disponer para realizar obra tan meritoria.

Estamos en posesion de todos los papeles, documentos y borradores, correspondencia epistolar, dejados por

el Sr. Echeverria, asi como de sus producciones inéditas, entre las cuales se cuenta el mas estenso é importante de sus poemas, EL ANGEL CAIDO, que aparecerá por primera vez en la presente edicion.

La edicion de las obras completas del Sr Echeverria se compondrá de 4 volúmenes en octavo, impresos bajo la direccion de un amigo íntimo del autor que desea rendir este tributo á la carísima memoria del inspirado literato argentino.

La obra estará dividida así: Poemas en verso, 2 volúmenes: Poesias líricas, 1 volumen: Obras en prosa, 1 volumen. Los poemas tienen los siguientes títulos: ELVIRA Ó LA NOVIA DEL PLATA; LA CAUTIVA; LA GUITARRA; INSURRECCION DEL SUD; AVELLANEDA; EL ÁNGEL CAIDO. Las obras líricas comprenderán las poesías sueltas publicadas en ediciones que ya se han agotado, con el título de LAS RIMAS y LOS CONSUELOS, y muchas otras, inéditas unas ó dadas á luz en periódicos de corta circulacion y que por lo tanto pueden considerarse tambien como inéditas.

El volumen consagrado á las obras en prosa encerrará las producciones políticas y sociales; artículos de costumbres, literarios y filosóficos; una noticia sobre la persona, vida y obras del Sr. Echeverria: y una coleccion de los juicios literarios, elogios, y artículos necrológicos mas notables consignados en la prensa periódica del Rio de la Plata durante la vida y con motivo del fallecimiento del ilustre patriota.

———

ELVIRA

ó

LA NOVIA DEL PLATA.

ELVIRA Ó LA NOVIA DEL PLATA.

A D. J. M. F. (1).

Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo,
MORATIN.
Tis said that some have died for love.
WORDSWORTH.

I.

Belleza celestial y encantadora;
Inefable deidad, que el mundo adora,
Que dominas el Orbe y das consuelo,
Inspirando con pecho jeneroso
El sentimiento tierno y delicioso
Que prodigóte el cielo.

Hora te invoco: favorable inspira
El canto melancólico á mi lira,
De amor y de ternura,

1. Doctor D. José Maria Fonseca.

Y un nuevo lauro á mi triunfal corona
La Beldad ciña Númen de Helicona
De mirto y rosa pura.

Alza gozoso tú, casto Himeneo,
Y halagüeño el semblante, que ya veo
A tus humeantes aras
Con rubor acercarse tierna y bella
A consagrarte tímida doncella
De amor primicias caras.

Cándidos y amorosos corazones
En tu altar sacrosanto nunca dones
Mas puros ofrecieron,
Para volver á tu deidad propicia,
Y del tálamo dulce la delicia
Gozar que pretendieron.

II.

La aureola celestial de vírjen pura,
El juvenil frescor y la hermosura,
Los encantos de Elvira realzaban,
Dando á su amable rostro un poderío,
Que encadenaba luego el albedrío,
De cuantos la miraban.

Sus ojos inocencia respiraban,
Y de su pecho solo se exhalaban
Inocentes suspiros,
Hijos del puro y celestial contento,
Que de las dulces ánsias vive exento
Del amor y sus tiros.

Mas vió á Lisardo y palpitó su pecho
De estraña ajitacion, y satisfecho
Se gozó enardecido,
Cuando de amor arder la viva llama,
Que con dulce deleite nos inflama
Sintió, no apercibido.

Como la planta que al Favonio aspira,
Que en torno de ella regalado jira,
Nueva existencia siente;
Así Lisardo al ver de su querida
El amante cariño, nueva vida
Sintió en su pecho ardiente:

El noble orgullo dominó su alma,
Del que adornado de triunfante palma
Se avanza entre despojos,
Y un mundo de risueñas ilusiones,
De esperanzas felices y ambiciones,
Se reveló á sus ojos.

La juventud es tierna y persuasiva,
Y facilmente con amor cautiva
La beldad inocente,
Cual céfiro apacible con su arrullo
Halagando á la rosa en su capullo
Melíflua y dulcemente;

Así el amor el sentimiento inspira,
Y así Lisardo el corazon de Elvira
Poseyó satisfecho:
Amàronse, y creciendo su ternura
Apuraron delicias de ventura
Con inocente pecho.

Asi pasaron en amantes juegos
Largo tiempo felices, y sus fuegos
Y su pasion crecieron;
Uno era su sentir; y cual hermanas,
Con inefable hechizo, soberanas
Sus dos almas se unieron.

III.

Tu serás mia,
Tierno decia
Lisardo á Elvira;

Aunque el destino
Cierre el camino
De mi ventura,
La pura llama
Que al sol inflama
Antes, Elvira,
Que mi ternura
Se estinguirá.
Serás mi esposa,
Y el Himeneo
Nuestro deseo
Satisfará;
Que aunque el destino
Cierre el camino
De mi ventura,
La llama pura
De mi ternura
No estinguirá.

IV.

Asi Lisardo de su dulce amiga
La esperanza halagüeña alimentaba,
Y con árdua fatiga
El campo de las ciencias esploraba,

Para volver al hado mas benigno,
Y arrancando un favor á la fortuna,
Que contraria le fué desde la cuna,
De su mano y amor hacerse digno.
En tanto una mirada de sus ojos,
De su boca risueña un dulce beso,
Hurtado á la inocencia entre sonrojos,
Alijeraban de su afan el peso,
Y llenaban su ardiente fantasía
Con la imágen feliz y encantadora
Del venturoso dia,
En que triunfando su pasion constante
Del ingrato destino,
Apurase en el tálamo divino
Las caricias y halagos de su amante.

V.

Era de primavera un bello dia,
Cuando el sol en la esfera
Mas rutilante y majestuoso impera;
Cuando el campo se viste de verdura,
Y risueña y brillante la natura
Ostentando su fuerza y lozania,
Nos convida al placer y la alegria.

En el jardin ameno,
Que vió nacer sus plácidos amores,
Respirando el aroma de las flores,
Y á la sombra sentada
De una fresca enramada,
Elvira recorria en su memoria
La deliciosa historia
De sus amores, y la vez primera,
Dia tambien de riente primavera,
En que á Lisardo vió, y estremecida
Se sintió palpitante
Su corazon amante;
Y en tan dulces recuerdos embebida
De gozo suspiraba,
Y su anjélico rostro se animaba,
Mostrándose mas bello
Con el fugaz destello
Del júbilo que en su alma rebosaba;
Mas vagó de repente
En su risueña mente
Como triste y fatal presentimiento:
Oscureció el pesar su alegre frente,
Y así cantó con melodioso acento:

VI.

«Creció acaso arbusto tierno
A orillas de un manso rio,
Y su ramaje sombrío
Muy ufano se estendió;
Mas en el sañudo invierno
Subió el rio cual torrente,
Y en su túmida corriente
El tierno arbusto llevó.—

«Reflejando nieve y grana
Nació garrida y pomposa
En el desierto una rosa,
Gala del prado y amor;
Mas lanzó con furia insana
Su soplo inflamado el viento,
Y se llevó en un momento
Su vana pompa y frescor.

«Asi dura todo bien;
Asi los dulces amores
Como las lozanas flores
Se marchitan en su albor;
Y en el incierto vaiven
Dė la fortuna inconstante,
Nace y muere en un instante
La esperanza y el amor.»

VII.

Cuando el triste infortunio nos amaga
Su imájen melancólica divaga
Cual sombrío fantasma ante los ojos,
Y como si temiera sus enojos,
A su pesar el corazon empieza
A presentir el mal en la tristeza.
Asi pensó Lisardo, que escuchaba
Con asombro y encanto
De Elvira el triste canto;
Y acongojado y con inciertos pasos
A consolar su pena se acercaba;
Mas violo Elvira, y se arrojó en sus brazos,
Hechizadas sus bocas se encontraron,
De júbilo sus pechos palpitaron,
Y en deliquios de amor, dulces abrazos,
Mundo, pesar, temor, todo olvidaron.
¿Quién á mi Lira, ó á mis versós diera
La fragancia amorosa y hechicera,
Que en la mansion de amor se respiraba;
O á mi marchito corazon el fuego,
Que en dias mas felices lo animaba....?
Mas anjélica nunca y rozagante,
Mas amable, mas tierna, mas hermosa,
Mas llena de atractivo y amorosa

Se mostró Elvira á su feliz amante.
Angel, astro benigno, ó clara estrella
Nunca resplandeció mas pura y bella
A los ojos del triste caminante.
El jazmin albo y la purpurea rosa
Con su matiz brillante,
Disputaban el premio à los sonrojos
De realzar sus cándidas mejillas
Y languidez amable de sus ojos
El fuego moderaba,
Y su dulce atractivo revelaba;
Mientras que de su sien por las orillas
En madejas ondeantes
Sus cabellos airosos se estendian
Y cual oro entre perlas relucian.
Un fuego devorante
Corria de Lisardo entre las venas
Al apurar de Elvira las caricias,
Y nadando en delicias
Palpitar se sentian sus dos pechos.
Sus ardientes suspiros se mezclaban.
Y sus trémulos lábios se abrasaban
En mútuo fuego ...¡Celestial deleite,
Extasis del amor, dulces primicias
De la ternura fiel y encantadora,
Cuán gratos sois al corazon que adora!

Lisardo rebosando
De júbilo y ternura
Le dijo: «Amiga, compasivo el cielo
Al fin colma mis votos y mi anhelo;
La fortuna enemiga, que en su infancia
Con envidia miró nuestros amores,
Ha cedido por fin á mi constancia,
Aunque con mano avara, sus favores;
Y tu feliz amante
A par su mano en holocausto digno
Puede ofrecerte un corazon constante.
Tuyo es el triunfo, Elvira, el lauro mio,
Que al amor yo consagro, pues benigno
Su activo fuego al corazon dió brio.
Él me inflamó: su abrasadora llama,
Cuando miré tu perfeccion divina,
Y consagré á su culto mi albedrio,
A mi existencia dió una nueva vida,
Y me inspiró á la par del sentimiento
El tierno y jeneroso pensamiento
De idolatrarte esposa,
De ser feliz, y hacerte venturosa.
Unida á tu existencia está la mia
Por siempre, Elvira, desde aqueste dia.
Este anillo nupcial ligue propicio
Con lazo indisoluble nuestros seres,

Hasta el dia feliz en que Himeneo
Ante el ara sagrada
Consagre nuestra union entre placeres.
Corra el tiempo veloz anonadando
Cuanto encuentre en su rápida carrera;
Yo nada temo su terrible mando,
Pues cuanto adoro, y cuanto amé poséo.
Prodigue la fortuna sus favores
Al que anhele riquezas, ó victorias,
Que Lisardo feliz ya nada espera
De su vaiven, ni ambicionó mas glorias
Que ser querido, idolatrar á Elvira,
Consagrarle su vida y sus amores.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
A los transportes del amor supremos;
Huya de tu halagüeña fantasía
La imájen del pesar; su saña impía
Ya no puede alcanzarnos, pues que unidas
Nuestras dos almas vivirán por siempre.
Durará nuestro amor; ya la esperanza
Nos sonríe halagüeña,
Y la senda florida nos enseña,
Por do á su fin declinen nuestras vidas
En calma siempre y próspera bonanza.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
A los transportes del amor supremos,

Al júbilo, al placer y á la alegria,
Tuyo por siempre soy, y tu eres mia
Mas ¿qué pesar recóndito y tirano
Acibara tu gozo, Elvira mia?
¿Por qué tristes tus ojos y sombríos,
Esquivan mis miradas? ¿Por qué vuelves
A otra parte su encanto soberano,
Y no segundas los transportes mios?»
«Mi corazon, mi vida, mi albedrío,
Toda yo tuya soy, Lisardo amado;
Y aunque el destino airado
Separe acá en la tierra nuestra suerte,
Anonando nuestra gloria impío
Tuya seré triunfando de la muerte.
Mas no sé qué fatal presentimiento
Acibara hoy mi dicha, y mi contento,
Y en secreto me dice: «Tus amores
Finarán pronto, Elvira, y tu ventura;
Del tálamo halagüeño
El éstasis de amor y de ternura
No gozarás en brazos de tu dueño;
Por que el amor y la esperanza es sueño,
Y cual la flor del campo solo dura.»
Yo no sé qué fantasma nos rodea
De infortunio y pesar, y nuestras glorias
Amaga devorar en un momento.

Tiemblo al pensar que el Himeneo sacro
Ante el ara de Dios, y el simulacro,
Va á unirme á tí con título de esposa,
Y vacila mi planta temerosa,
Cuando anhelante el corazon desea.
Impresa aun en mi mente veo y siento
La imájen de fantasma tenebrosa,
Que anoche vino á mi tranquilo lecho
A conturbar y acongojar mi pecho.

VIII.

« Yo vi en mi sueño
Dos corazones
De amor ufanos
Y juventud,
Que se buscaban
Como atraidos
Por un hechizo
De gran virtud.

El Himeneo
Iba á enlazarlos
Con el anillo
Del puro amor,

Y ellos ardientes
Se encaminaban
A la ara augusta
Del sacro Dios:

Mas de repente
El negro brazo
De un esqueleto
Que apareció,
Su mano en medio
De los dos pechos
Puso, y con furia
Los separó.

Unirse ansiosos
Buscaban ellos,
Ardiendo en fuego
Del puro amor;
Pero la mano
Los separaba,
Interrumpiendo
Su dulce union.

Tocólos luego:
Los corazones
Se marchitaron
Como la flor,

Y en el semblante
Del negro espectro
Turbia sonrisa
Fugaz vagó.»

«Esas tristes imájenes olvida,
Visiones de la mente en desvario;
Huya de tu halagüeña fantasía
La sombra del pesar, Elvira mia,
Pues tu destino al mio,
Colmando nuestros votos y deseo,
Va á unir por siempre plácido Himenéo.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
Al júbilo, al placer, y á la alegria,
A los transportes del amor supremos:
Tuyo por siempre soy, y tú eres mia.»

IX.

Lisardo solo en su campestre albergue
Los pasos meláncolico contaba
Del tiempo, siempre lentos
Para el que halaga la esperanza vana.
La noche era sombría, triste el cielo,
Y cubierto de nubes, anunciaba

La tempestad, y solo por momentos
La luna melancólica asomaba,
Como fúnebre antorcha sobre el mundo
Su amortiguada faz, mientras profundo
El eco de los vientos resonaba,
Penetrando con lúgubre silbido
De Lisardo en la estancia, que transido
De congoja y terror se estremecia.
Mil imájenes triste revolvia
En su ajitada mente,
Y en vez de rostro afable
De la esperanza riente
Que otro tiempo en silencio lo halagaba,
Atónito y confuso solo via
El de fantasma tétrica y sombria,
Que su pecho constante
Del de su Elvira amante
Con furor separaba,
Y con ojos de envidia devoraba
Su gloria, sus amores y ventura.
Vagando por los aires mústiamente
Parecióle que oia
Acento funeral que repetia:
«Como la flor del campo tierna y pura,
«Asi el amor y la esperanza dura.»
Y el eco de los vientos resonando,

Penetraba con fúnebre armonia
En su tranquila estancia, y poseido
Lisardo de terror se estremecia.
(El fatídico bronce sonó la hora)
Fatal de los espíritus malignos:
Lisardo á su balcon salió impelido
Al parecer por astros no benignos,
A contemplar la tempestad sonora,
Y buscar de sus ánsias el olvido;
Cuando vision nocturna de repente
Hirió sus ojos, y absorvió su mente.

X.

Del espeso bosque y prado,
De la tierra, el aire, el cielo,
Al fulgor de fátuas lumbres
Con gran murmullo salieron
Sierpes, Grifos y Demonios,
Partos del hórrido averno,
Vampiros, Gnomos y Larvas,
Trasgos, lívidos espectros,
Animas en pena errantes,
Vanas sombras y Esqueletos,
Que en la tenebrosa noche

Dejan sus sepulcros yertos,
Hadas, Brujas, Nigromantes
Cabalgando en chivos negros,
Hienas, Sanguales y Lamias,
Que se alimentan de muertos,
Aves nocturnas y mónstruos,
Del profundo turbios sueños,
Precita raza que forma
De Lucifer el cortejo:
Todos, todos blasfemando
Con gran tumulto salieron,
De infernales alaridos
Llenando el espacio inmenso.

Y el eco de los vientos penetraba,
Resonando con hórrida armonía,
De Lisandro en la estancia, que miraba
Como pasmado la vision sombría.

Lucifer con cetro y tiara
Descollaba en medio de ellos,
Y los demonios cantaban
Salmos al Rey del averno;
Mientras fantasmas y mónstruos,
Formando un círculo inmenso,
Para el sabático baile
Se preparaban contentos.

La órgia fatal comenzaba.... .
Mas de repente se vieron
Centelleando en las tinieblas
Como serpientes de fuego,
Que por el aire trazaban
Este emblema del infierno:
« El amor y la esperanza
« No son sino un vano sueño.»
Un espectro entre sus manos
Dos corazones sangrientos
Oprimia palpitantes,
Llenos de amoroso fuego,
Y con diabólica risa,
Deleitándose en poseerlos,
Los unia y separaba,
Su amor burlando y anhelo.

Y el eco de los vientos penetraba
Resonando con hórrida armonia
De Lisardo en la estancia, que miraba
Como pasmado la vision sombría.

Entre la turba infernal
Reinó el silencio un momento.....
Cuando de lumbres cercados
Dos fantasmas parecieron,
Una vírjen bella y jóven

Sobre sus hombres trayendo
Con las galas adornada
Del venturoso Himenéo:
La aparicion repentina
Todos miraron atentos,
Mientras los torvos fantamas
Con huesosos largos dedos
La doncella despojaron
De sus nupciales arreos,
Y con la negra mortaja
Del sepulcro la vistieron:
Luego entre la turba inmensa
Todos tres se confundieron,
Continuaron los aullidos,
Y los infernales juegos....
Cantó el gallo en la alquería
Y con murmullo tremendo
La turba inferna de sombras
Se perdió cual humo al viento.

Y el eco de los vientos aplacado
Penetraba con fúnebre armonía
De Lisardo en la estancia, que pasmado
Vió disiparse la vision sombría.

XI.

En su trono de fuego el Mediodia
Reinaba rutilante y majestuoso,
Y Lisardo infeliz desde la aurora
Sumerjido yacia
En letargo profundo y silencioso.
Despertó al fin; la fiebre consumia
Su desolado pecho, y el delirio,
Mónstruo infernal que la razon devora,
De espantosas imàjenes llenaba
Su ardiente fantasía. Ya la noche
Se encaminaba en su enlutado coche
Por el opaco empíreo, y anunciaba
Encapotado el cielo
A la tierra infeliz nuevas escenas
De tempestad y duelo;
Cuando molesto y grave
Bajó el sopor à adormecer sus penas.

Pero à atormentarlo entonces
Vino la turba de enjendros,
Y tenebrosas visiones
Que aborta en la noche el sueño.

Contemplaba ora pasmado
Bajo del nocturno velo
La precita muchedumbre,
A la órjia inferna acudiendo;
Ora por el aire vago
Como serpientes de fuego,
Trazando emblemas fatales
De desolacion y duelo;
Ora entre sus secas manos
Un descarnado esqueleto
Oprimiendo palpitantes
Dos corazones sangrientos;
Ora dos negros fantasmas
Sobre sus hombros trayendo
Engalanado y vestido
De una doncella el espectro.
« Elvira, Elvira,» Lisardo
Ajitándose en su lecho
Esclamó entonces, y «Elvira»
Repitió lánguido un éco.
«Dadme á mi esposa y mi vida,
Horrorosos esqueletos,
Dadme á mi Elvira» y «Elvira»
Por los aires repitieron.
Calló Lisardo: una antorcha
Brilló con fulgor incierto

En la puerta de su estancia,
Y vió al pálido reflejo
¡ Oh terror ! oh encanto ! á Elvira
Acercarse á pasos lentos
De alba túnica vestida,
Suelto el dorado cabello.
«Elvira, Elvira, mi esposa,»
Esclamó entonces de nuevo
Transportado de alegría,
« ¿ Cómo es que á esta hora te veo ?
« Ven á mis brazos, querida,
« Ven á mi amoroso seno,
« Y disipa las angustias,
« Que por tí sufre mi pecho.
« ¿ Por qué tan lánguida te hallas,
« Hermosa flor del desierto ?
« ¿ Es que el rigor has sufrido
« De algun inflamado viento?
« ¿ Por qué tus ojos se fijan
« Sobre mí mústios y yertos,
« Del dulce encanto desnudos,
« Y del amoroso fuego
« Que hechizaba mis sentidos
« Y mis potencias á un tiempo ?
« Algun pesar inhumano,
« Algun cuidado secreto

« Envidioso de tu dicha
« Roe tu inocente pecho,
« Mi Elvira, y sobre tu rostro
« Vierte su infausto veneno.
« Ven á olvidar tus congojas,
« Ven á mi amoroso seno,
« Ven, idolatrada amiga,
« Que ya plácido Himeneo
« Ante el ara sacrosanta
« Consagró nuestros afectos.
« Pero ¡ oh placer, oh delicia!
« Elvira mia, aun te veo
« Con las galas adornada
« Del venturoso Himeneo.
« Deja esas joyas preciosas,
« Deja ese rubor secreto
« Que la inocencia te inspira;
« Ven á mi amoroso seno,
« Ven, Elvira, y venturosos
« A los transportes supremos
« Del tierno amor nuestras almas
« Sin temor abandonemos.»

De Lisardo á los trasportes
Cual si fuera mármol yerto
Yacia Elvira, guardando
Mudo y tétrico silencio.

« Muerta al placer es tu Elvira,
Lisardo, que el mismo fuego
Que corria en sus entrañas,
Ha devorado su pecho.
Una ley fatal temprano
Ha conjelado en mi cuerpo
La sangre que por tí ardia,
Pero no ha helado mi afecto;
Y esta misma ley me obliga
A sofocar en el seno
Mi pasion, y cuanto encierra
Por tí de amoroso y tierno.
Pero el vigor inhumano
Yo he burlado de su imperio,
Y cual sombra de la noche
A verte, Lisardo, vengo:
Mi alma á la tuya está unida
Apesar del hado adverso
Con los inefables lazos
Del amor y el Himeneo.»
Calló Elvira: misterioso
Reinó el silencio de nuevo
Y suspiros amorosos
Interrumpidos se oyeron.
« Frio está, mi dulce amiga,
« Como la nieve tu cuerpo;

« Tendré el poder de animarlo
« Con mis inflamados besos,
« Aun que despojo insensible
« Fuera del sepulcro yerto.
« Corred torrentes,
« De amor ardientes.
« ¿Cómo me inflama
« Todo la llama
« De amor, no sientes?»
El voluptuoso delirio
De amor lo transporta luego,
Y las caricias y halagos
Pábulo dan al incendio.
« Oh que delicia! ¡Oh que encanto!
« Oh que deleite supremo,
« Del objeto idolatrado
« Sentir palpitar el pecho;
« Beber amor de sus lábios,
« Bañarse en halagos tiernos!
« Corred torrentes
« De amor ardientes.
« ¿Cómo me inflama
« Todo la llama
« De mor, no sientes?
« Mas ¡oh terror! yo deliro....
« Trémula, Elvira, te siento,

« Insensible á mis halagos
« Cuando yo todo me enciendo.
« El casto rubor sin duda
« Vierte en tu sangre su hielo.
« Déjame ser venturoso. . . . »
« Jóven insano ¿que has hecho?
Ya para ti se acabaron
Amor, esperanza y sueños
De felicidad y dicha:
Has abrazado á un espectro!»
Resonó fúnebre entonces
La hora fatal de los muertos,
Y de repente en la puerta
Del silencioso aposento
Clamó una voz imperiosa:
«Elvira, Elvira, ya es tiempo!»
Despertó Lisardo al punto.
Y la vision de su sueño
Como fantástica sombra
Se disipara al momento.

XII.

El luminar del dia
Reclinaba su frente
Sereno y majestuoso en Occidente,

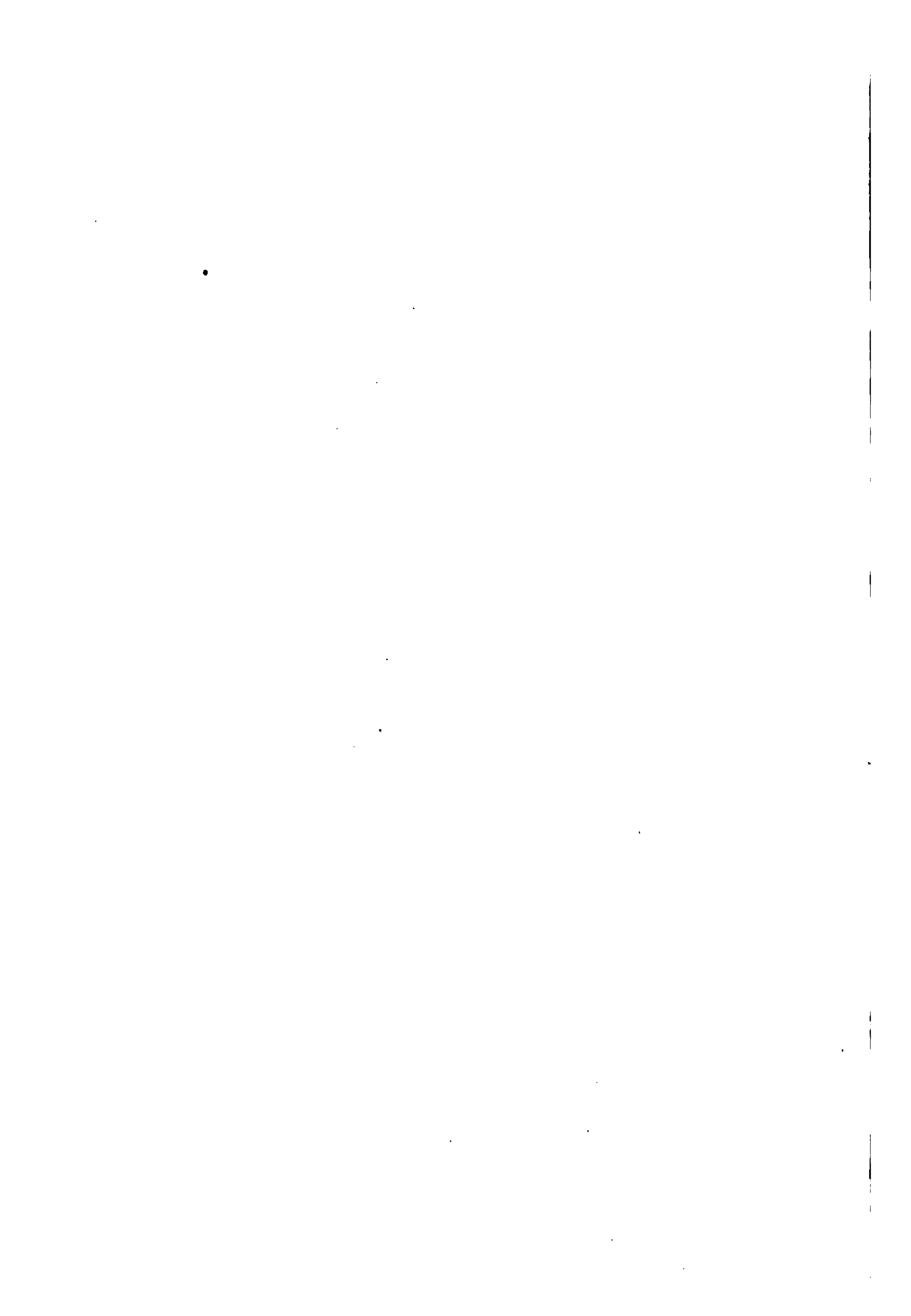
Y fugaz el crepúsculo esparcia
Melancólico velo sobre el mundo.
Multitud silenciosa y pensativa
En rededor de un féretro marchaba,
Donde mortal despojo se veia
Cubierto con el cándido ropaje
De la inocencia, y en su sien ceñida
De azucenas y violas amorosas
Corona virjinal, aun no marchita.
Mas de repente en medio del concurso
Un jóven se arrojó: tendió su vista
Sobre aquel ataud, y repitiendo
Con grito de dolor «Elvira, Elvira,»
Exánime cayó en el duro suelo
Con pasmo de la triste comitiva.
Así se desvanece la esperanza
Que dió un instante á la existencia vida,
Y el encanto de amor y la hermosura
Como flor del desierto solo dura.

LA CAUTIVA.

--Female hearts are such a genial soil
For kinder feelings, whatsoe'er their nation,
They naturally pour the "wine and oil"
Samaritans in every situation.

BIRON.

En todo clima el corazon de la mujer es tierra fértil en afectos jenerosos;--ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino.



LA CAUTIVA.

PRIMERA PARTE.

EL DESIERTO.

Ils vont. L'espace est grand.
HUGO.

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes.—El Desierto
Inconmensurable, abierto,
Y misterioso á sus pies

Se estiende;—triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda á su altivez.

Jira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Do quier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas,
Do quier cielo y soledades
De Dios solo conocidas,
Que él solo puede sondar.

A veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento lijeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa; ó su tolderia [1]
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el dia

1. *Tolderia:* el conjunto de chozas ó el aduar del salvaje.

Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡ Cuántas, cuántas maravillas,
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí !—Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver !
La humilde yerba, el insecto,
La aura aromática y pura;
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer.

Las armonías del viento,
Dicen mas al pensamiento,
Que todo cuanto á porfia
La vana filosofia
Pretende altiva enseñar.
¡ Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza !
Qué lengua humana alabarlas !
Solo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente,

Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Sereno y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcia, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura moviendo apenas,
Sus olas de aroma llenas,
Entre la yerba bullia
Del campo que parecia
Como un piélago ondear.
Y la tierra contemplando
Del astro rey la partida
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Solo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rujía un tigre feroz:
O las nubes contemplando,
Como estático y gozoso,

El Yajá [1] de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecia
Que el vasto horizonte ardia:
La silenciosa llanura
Fué quedando mas oscura,
Mas pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
A los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió:
Mientras la noche bajando

1. El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice:
El *Yahá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarin de plumas blancas que le rodean. Las alas estan armadas de un espolon colorado duro y fuerte con que pelea....En su canto repiten estas voces, *Yahá, Yahá*, que significa *en guarani* "vamos, vamos" de donde se les impuso el nombre. El misterio y significacion es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de jente que viene, empiezan á repetir *yahá, yahá*, como si dijeran: vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas." Los que saben esta propiedad de el Yahá, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos...
En la provincia se llama Chajá ó Yajá indistintamente.

Lenta venia, la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entónces, como el rüido,
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió. . . . y luego violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoroso,
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ájil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Vianse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto estraño y cruel,

¿Qiuén es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba,
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Solo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

Oid!—ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino;
Mirad!—Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con lijereza suma
Pasa en ademan atroz.

¿Dónde va? de dónde viene?
De qué su gozo proviene?
Por qué grita, corre, vuela
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?

Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavia
Mira con torpe placer,
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Esclamando:—«ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

Ya los ranchos [1] do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Donde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
Sus mujeres, sus infantes,
Que jimen en cautiverio,

1. Ranchos, cabañas pajizas de nuestros campos.

A libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decia; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto,
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

SEGUNDA PARTE.

EL FESTIN.

> ....orribile favelle,
> Parole di dolore, accenti d'ira,
> Voci alte e fioche, e suon di man con elle
> Facevan un tumulto........
>
> DANTE.

Noche es el vasto horizonte,
Noche el aire, cielo y tierra.
Parece haber apiñado
El jenio de las tinieblas,
Para algun misterio inmundo,
Sobre la llanura inmensa,
La lobreguez del abismo
Donde inalterable reina.

Solo inquietos divagando,
Por entre las sombras negras,
Los espíritus foletos
Con viva luz reverberan,
Se disipan, reaparecen,
Vienen, van, brillan, se alejan,
Mientras el insecto chilla,
Y en fachinales [1] ó cuevas
Los nocturnos animales
Con triste aullido se quejan.
La tribu aleve entretanto,
Allá en la pampa desierta,
Donde el cristano atrevido
Jamás estampa la huella,
Ha reprimido del bruto
La estrepitosa carrera;
Y campo tiene fecundo
Al pié de una loma estensa,
Lugar hermoso do á veces
Sus tolderias asienta.
Feliz la maloca [2] ha sido;
Rica y de estima la presa
Que arrebató á los cristianos:—
Caballos, potros y yeguas,

1. Llámanse así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza.
2. Maloca: lo mismo que incursion ó correria.

Bienes que en su vida errante
Ella mas que el oro precia;
Muchedumbre de cautivas,
Todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
Pacen la fragante yerba;
Y al lazo, algunos prendidos,
A la pica, ó la manea,
De sus indolentes amos
El grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
Que charla ufana y hambrienta,
Atado entre cuatro lanzas
Como víctima en reserva,
Noble espíritu valiente
Mira vacilar su estrella;
Al paso que su infortunio,
Sin esperanza, lamentan
Rememorando su hogar,
Los infantes y las hembras.
Arden ya en medio del campo
Cuatro estendidas hogueras,
Cuyas vivas llamaradas
Irradiando, colorean
El tenebroso recinto
Donde la chusma hormiguea.

En torno al fuego sentados
Unos lo atizan y ceban;
Otros la jugosa carne
Al rescoldo ó llama tuestan,
Aquel come, este destriza,
Mas allá alguno degüella
Con afilado cuchillo
La yegua al lazo sujeta,
Y à la boca de la herida,
Por donde ronca y resuella,
Y á borbollones arroja
La caliente sangre fuera,
En pié, trémula y convulsa,
Dos ó tres indios se pegan,
Como sedientos vampiros,
Sorben, chupan, saborean
La sangre, haciendo mormullo,
Y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo. vacila,
Y se desploma la yegua
Con aplauso de las indias
Que á descuartizarla empiezan.
Arden en medio del campo,
Con viva luz las hogueras;
Sopla el viento de la pampa,
Y el humo y las chispan vuelan.

A la charla interrumpida,
Cuando el hambre está repleta,
Sigue el cordial regocijo,
El beberaje y la gresca,
Que apetecen los varones,
Y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
En grandes vacias echan,
Y, tendidos de barriga
En derredor, la cabeza
Meten sedientos, y apuran
El apetecido néctar,
Que bien pronto los convierte
En abominables fieras.
Cuando algun indio, medio ébrio
Tenaz metiendo la lengua,
Sigue en la preciosa fuente,
Y beber tambien no deja
A los que aguijan furiosos;
Otro viene, de las piernas
Lo agarra, tira y arrastra
Y en lugar suyo se espeta.
Asi bebe, rie, canta,
Y al regocijo sin rienda
Se dá la tribu: aquel ébrio
Se levanta, bambolea,

A plomo cae, y gruñendo
Como animal se revuelca.
Este chilla, algunos lloran,
Y otros á beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
La embriaguez se enseñorea
Y hace andar en remolino
Sus delirantes cabezas.
Entonce empieza el bullicio,
Y la algazara tremenda,
El infernal alarido
Y las voces lastimeras.
Mientras sin alivio lloran
Las cautivas miserables,
Y los ternezuelos niños
Al ver llorar á sus madres.
Las hogueras entretanto
En la oscuridad flamean,
Y á los pintados semblantes
Y á las largas cabelleras
De aquellos indios beodos
Dá su vislumbre siniestra
Colorido tan estraño,
Traza tan horrible y fea,
Que parecen del abismo
Précita, inmunda ralea,

Entregada al torpe gozo
De la sabática fiesta.[1]
Todos en silencio escuchan;—
Una voz entona recia
Las heróicas alabanzas,
Y los cantos de la guerra:—

—

Guerra, guerra, y esterminio
Al tiránico dominio
Del huinca;[2] engañosa paz:
Devore el fuego sus ranchos,
Que en su vientre los caranchos
Ceben el pico voraz.
Oyó gritos el caudillo
Y en su fogoso tordillo
Salió Brian;
Pocos eran y él delante
Venia, al bruto arrogante
Dió una lanzada Quillán.
Lo cargó al punto la indiada:
Con la fulminante espada
Se alzó Brian;

1. Junta nocturna de los espíritus malignos, segun tradicion comunicada á los pueblos cristianos por los judios.
2. Huinca: voz con que designan los indios al cristiano ú hombre que no es de su raza.

Grandes sus ojos brillaron,
Y las cabezas rodaron
De Quitúr, y Callupán.
Echando espuma y herido
Como toro enfurecido
Se encaró;
Ceño torvo revolviendo,
Y el acero sacudiendo:
Nadie acometerle osó.
Valichu[1] estaba en su brazo;
Pero al golpe de un bolazo[2]
Cayó Brian
Como potro en la llanura:
Cebo en su cuerpo y hartura
Encontrará el gavilan.

—

Las armas cobarde entrega
El que vivir quiere esclavo;
Pero el indio guapo nó:
Chañil murió como bravo,
Batallando en la refriega,
De una lanzada murió.

1. Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indíjenas de la pampa. Hemos leido en el Falkner Valichu: comunmente se dice Gualichu.

2. Bolas: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un estremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal ó piedra.

Salió Brian airado
Blandiendo la lanza,
Con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
Del pecho clavado
En el hierro agudo,
Con brazo forzudo,
Brian lo levantó.
Funeral sangriento
Ya tuvo en el llano;
Ni un solo cristiano
Con vida escapó.
Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte
Del indio mas fuerte
Que la pampa crió.

—

Quienes su pérdida lloran,
Quienes sus hazañas mentan.
Óyense voces confusas,
Medio articuladas quejas,
Baladros, cuyo son ronco
En la llanura resuena.
De repente todos callan,
Y un solo murmullo reina,

Semejante al de la brisa
Cuando rebulle en la selva;
Pero, gritando, algun indio
En la boca se palmea,
Y el disonante alarido
Otra vez el campo atruena.
El indeleble recuerdo
De las pasadas ofensas
Se aviva en su ánimo entónces,
Y atizando su fiereza
Al rencor adormecido,
Y á la venganza subleva:
En su mano los cuchillos,
A la luz de las hogueras,
Llevando muerte relucen;
Se ultrajan, riñen, vocean,
Como animales feroces
Se despedazan y bregan.
Y asombradas las cautivas
La carnicería horrenda
Miran, y á Dios en silencio
Humildes preces elevan.
Sus mujeres entre tanto,
Cuya vijilancia tierna
En las horas del peligro
Siempre cautelosa vela,

Acorren luego à calmar
El frenesí que los ciega,
Ya con ruegos y palabras
De amor y eficacia llenas;
Ya interponiendo su cuerpo
Entre las armas sangrientas.
Ellos resisten y luchan,
Las desoyen y atropellan,
Lanzando injuriosos gritos;
Y los cuchillos no sueltan
Sino cuando, ya rendida
Su natural fortaleza
A la embriaguez y al cansancio,
Dobla el cuello y cae por tierra.
Al tumulto y la matanza
Sigue el llorar de las hembras
Por sus maridos y deudos,
Las lastimosas endechas,
A la abundancia pasada,
A la presente miseria,
A las víctimas queridas
De aquella noche funesta.
Pronto un profundo silencio
Hace à los lamentos tregua,
Interrumpido por ayes
De moribundos, ó quejas,

Risas, gruñir sofocado
De la embriagada torpeza;—
Al espantoso ronquido
De los que durmiendo sueñan
Los jemidos infantiles
Del ñacurutú [1] se mezclan;
Chillidos, aúllos tristes
Del lobo que anda á la presa
De cadáveres, de troncos,
Miembros, sangre y osamentas,
Entremezclados con vivos,
Cubierto aquel campo queda,
Donde poco antes la tribu
Llegó alegre y tan soberbia.
La noche en tanto camina
Triste, encapotada y negra;
Y la desmayada luz
De las festivas hogueras
Solo alumbra los estragos
De aquella bárbara fiesta.

1. Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

———

TERCERA PARTE.

EL PUÑAL.

> Yo iba á morir es verdad,
> Entre bárbaros crueles,
> Y allí el pesar me mataba
> De morir, mi bien, sin verte.
> A darme la vida tú
> Saliste, hermosa, y valiente.
> CALDERON.

Yace en el campo tendida,
Cual si estuviera sin vida,
Ebria la salvaje turba,
Y ningun ruido perturba
Su sueño ó sopor mortal.
Varones y hembras mezclados
Todos duermen sosegados:
Solo, en vano tal vez, velan

Los que libertarse anhelan
Del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando
Los caballos,que vagando
Libres despuntan la grama,
Y á la moribunda llama
De las hogueras se vé,
Se vé sola y taciturna,
Símil á sombra nocturna,
Moverse una forma humana,
Como quien lucha y se afana,
Y oprime algo bajo el pié;

Se oye luego triste aúllo,
Y horrisonante murmullo,
Semejante al del novillo
Cuando el filoso cuchillo
Lo degüella sin piedad:
Y por la herida resuella,
Y aliento y vivir por ella,
Sangre hirviendo á borbollones,
En horribles convulsiones,
Lanza con velocidad.

Silencio;—ya el paso leve
Por entre la yerba mueve,

Como quien busca y no atina,
Y temoroso camina
De ser visto ó tropezar,
Una mujer:—en la diestra
Un puñal sangriento muestra,
Sus largos cabellos flotan
Desgreñados, y denotan
De su ánimo el batallar.

Ella vá.— Toda es oidos;
Sobre salvajes dormidos
Va pasando,—escucha,—mira,—
Se para,—apenas respira,
Y vuelve de nuevo á andar.
Ella marcha, y sus miradas
Vagan en torno azoradas,
Cual si creyesen ilusas
En las tinieblas confusas,
Mil espectros divisar.

Ella vá, y aun de su sombra
Como el criminal se asombra—
Alza,—inclina la cabeza;
Pero en un cráneo tropieza
Y queda al punto mortal.—
Un cuerpo gruñe y resuella,
Y se revuelve;—mas ella

Cobra espíritu y coraje,
Y en el pecho del salvaje
Clava el agudo puñal.

El indio dormido espira:
Y ella veloz se retira
De allí, y anda con mas tino
Arrostrando del destino
La rigorosa crueldad.
Un instinto poderoso,
Un afecto jeneroso
La impele y guia segura,
Como luz de estrella pura,
Por aquella oscuridad.

Su corazon de alegría
Palpita;— lo que quería,
Lo que buscaba con ánsia
Su amorosa vijilancia
Encontró gozosa al fin.
Allí, allí está su universo,
De su alma el espejo terso,
Su amor, esperanza y vida;
Allí contempla embebida
Su terrestre serafin.

—«Brian, dice, mi Brian querido,
Busca durmiendo el olvido;

Quizá ni soñando espera
Que yo entre esta jente fiera
Le venga á favorecer.
Lleno de heridas, cautivo,
No abate su ánimo altivo
La desgracia, y satisfecho
Descansa, como en su lecho,
Sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,
Para hacerle mas amargo
De la muerte el pensamiento,
Deleitarse en su tormento,
Y mas su rencor cebar
Prolongando su agonía,
La vida suya, que es mia,
Guardaron, cuando triunfantes
Hasta los tiernos infantes,
Osaron despedazar,

Arrancándolos del seno
De sus madres—¡ dia lleno
De execracion y amargura,
En que murió mi ventura,
Tu memoria me dá horror!»—
Así dijo, y ya no siente,
Ni llora, porque la fuente

Del sentimiento fecunda,
Que el femenil pecho inunda,
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza
En su corazon alianza
Han hecho, y solo una idea
Tiene fija y saborea
Su ardiente imajinacion.
Absorta el alma, en delirio
Lleno de gozo y martirio
Queda, hasta que al fin estalla
Como volcan, y se esplaya
La lava del corazon.

Allí está su amante herido,
Mirando al cielo y ceñido,
El cuerpo con duros lazos,
Abiertos en cruz los brazos,
Ligadas manos y piés.
Cautivo está, pero duerme;
Inmoble, sin fuerza, inerme
Yace su brazo invencible:
De la pampa el leon terrible
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía
Esperando con el dia

Horrible muerte, está el hombre
Cuya fama, cuyo nombre
Era al bárbaro traidor,
Mas temible que el zumbido
Del hierro ó plomo encendido;
Mas aciago y espantoso
Que el valichu rencoroso
A quien acata su error.

Allí está;—silenciosa ella
Como tímida doncella,
Besa su entreabierta boca,
Cual si dudára le toca
Por ver si respira aún.
Entonces las ataduras
Que sus carnes roen duras
Corta, corta velozmente
Con su puñal obediente,
Teñido en sangre comun.

Brian despierta;—su alma fuerte,
Conforme ya con su suerte,
No se conturba, ni azora;
Poco á poco se incorpora,
Mira sereno, y cree ver
Un asesino:—echan fuego
Sus ojos de ira; mas luego

Se siente libre y se calma,
Y dice «¿ eres alguna alma
Que pueda y deba querer ?»

¿ Eres espíritu errante,
Anjel bueno, ó vacilante
Parto de mi fantasía ? »
—«Mi vulgar nombre es Maria,
Anjel de tu guarda soy;
Y mientras cobra pujanza,
Ebria la feroz venganza
De los bárbaros, segura,
En aquesta noche oscura
Velando á tu lado estoy;—

Nada tema tu congoja. »—
Y enajenada se arroja
De su querido en los brazos,
Le dá mil besos y abrazos,
Repitiendo —« Brian, mi Brian»—
La alma heróica del guerrero
Siente el gozo lisonjero
Por sus miembros doloridos
Correr, y que sus sentidos
Libres de ilusion están.

Y en lábios de su querida
Apura aliento de vida,

Y la estrecha cariñoso
Y en éstasis amoroso
Ambos respiran así;
Mas, súbito él la separa,
Como si en su alma brotara
Horrible idea, y la dice:—
«María, soy infelice,
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza
Habrá ajado la pureza
De tu honor, y mancillado
Tu cuerpo santificado
Por mi cariño y tu amor;
Ya no me es dado quererte.»
Ella le responde:—«advierte
Que en este acero está escrito
Mi pureza y mi delito,
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento
Y saltará de contento
Tu corazon orgulloso;
Diómele amor poderoso,
Diómelo para matar
Al salvaje que insolente
Ultrajar mi honor intente;

Para, á un tiempo, de mi padre,
De mi hijo tierno y mi madre
La injusta muerte vengar.

Y tu vida, mas preciosa
Que la luz del sol hermosa,
Sacar de las fieras manos
De estos tigres inhumanos,
O contigo perecer.
Loncoy, el cacique altivo
Cuya saña al atractivo
Se rindió de estos mis ojos,
Y quiso entre sus dospojos
De Brian la querida ver,

Despues de haber mutilado
A su hijo tierno; anegado
En su sangre yace impura;
Sueño infernal su alma apura:
Dióle muerte este puñal.
Levanta, mi Brian, levanta,
Sigue, sigue mi ájil planta;
Huyamos de esta guarida
Donde la turba se anida
Mas inhumana y fatal.» —

«¿Pero adónde, adónde iremos?
Por fortuna encontraremos

En la pampa algun asilo,
Donde nuestro amor tranquilo
Logre burlar su furor?
Podremos, sin ser sentidos,
Escapar, y desvalidos,
Caminar á pié, ijadeando,
Con el hambre y sed luchando,
El cansancio y el dolor?»

— «Sí, el anchuroso desierto
Mas de un abrigo encubierto
Ofrece, y la densa niebla
Que el cielo y la tierra puebla,
Nuestra fuga ocultará.
Brian, cuando aparezca el dia
Palpitantes de alegría,
Lejos de aquí ya estaremos,
Y el alimento hallarémos
Que el cielo al infeliz da.« —

«Tú podrás, querida amiga,
Hacer rostro á la fatiga,
Mas yo, llagado y herido,
Débil, exangüe, abatido,
¿Cómo podré resistir?
Huye tú, mujer sublime,

Y del oprobio redime
Tu vivir predestinado;
Deja à Brian infortunado,
Solo, en tormentos morir».

—«Nó, nó, tú vendrás conmigo,
O pereceré contigo.
De la amada patria nuestra
Escudo fuerte es tu diestra,
¿ Y qué vale una mujer ?
Huyamos, tú de la muerte,
Yo de la oprobiosa suerte
De los esclavos; propicio
El cielo este beneficio
Nos ha querido ofrecer;

No insensatos lo perdamos.
Huyamos, mi Brian, huyamos;
Que en el àspero camino
Mi brazo, y poder divino
Te servirán de sosten».—
« Tu valor me infunde fuerza,
Y de la fortuna adversa,
Amor, gloria, ó agonia
Participar con María
Yo quiero, huyamos, ven, ven. »

Dice Brian y se levanta,
El dolor traba su planta
Mas devora el sufrimiento;
Y ambos caminan á tiento
Por aquella oscuridad.
Tristes van,—de cuando en cuando
La vista al cielo llevando,
Que da esperanza al que jime.
¿Qué busca su alma sublime?
La muerte ó la libertad.

«Y en esta noche sombria
¿Quien nos servirá de guia?»
«—Brian ¿no ves allá una estrella
Que entre dos nubes centella
Cual benigno astro de amor?
Pues esa, es por Dios enviada
Como la nube encarnada
Que vió Israel prodijiosa;
Sigamos la senda hermosa
Que nos muestra su fulgor;

Ella del triste desierto
Nos llevará á feliz puerto.»—
Ellos van;—solas, perdidas
Como dos almas queridas,
Que amor en la tierra unió,

Y en la misma forma de antes,
Andan por la noche errantes,
Con la memoria hechicera
Del bien que en su primavera
Le desdicha les robó.

Ellos van.—Vasto, profundo
Como el páramo del mundo
Misterioso es el que pisan;
Mil fantamas se divisan;
Mil formas vanas allí,
Que la sangre jóven hielan:
Mas ellos vivir anhelan.
Brian desmaya caminando,
Y al cielo otra vez mirando,
Dice á su querida así:

«Mira,— ¿no ves?—la luz bella
De nuestra polar estrella
De nuevo se ha oscurecido,
Y el cielo mas denegrido.
Nos anuncia algo fatal.»
—«Cuando contrario el destino
Nos cierre, Brian, el camino,
Antes de volver á manos
De esos indios inhumanos,
Nos queda algo:—este puñal.»—

———

CUARTA PARTE.

LA ALBORADA.

> Giá la terra é coperta d'uccisi;
> Tutta é sangue la vasta pianura........
> MANZONI
> Ya de muertos la tierra está cubierta,
> Y la vasta llanura toda es sangre.

Todo estaba silencioso.
La brisa de la mañana
Recien la yerba lozana
Acariciaba y la flor,
Y en el oriente nubloso
La luz apenas rayando,
Iba el campo matizando
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;
Ni del pájaro se oía
La variada melodía,
Música que al alba da;
Y solo, al ronco bufido
De algun potro que se azora.
Mezclaba su voz sonora
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,
Sola techumbre del cielo,
Libre, ajena de recelo
Dormia la tribu infiel;
Mas la terrible venganza
De su constante enemigo
Alerta estaba, y castigo
Le preparaba crüel.

Súbito al trote asomaron
Sobre la estendida loma
Dos jinetes, como asoma
El astuto cazador;
Y al pié de ella divisaron
La chusma quieta y dormida,
Y volviendo atras la brida
Fueron á dar el clamor

De alarma al campo cristiano.
Pronto en brutos altaneros
Un escuadron de lanceros
Trotando allí se acercó,
Con acero y lanza en mano;
Y en hileras dividido
Al indio, no apercibido,
En doble muro encerró.

Entonces, el grito, «Cristiano, Cristiano»
Resuena en el llano,
«Cristiano» repite confuso clamor.
La turba que duerme despierta turbada,
Clamando azorada,
«Cristiano nos cerca, cristiano traidor.»

Niños y mujeres, llenos de conflito,
Levantan el grito;
Sus almas conturba la tribulacion;
Los unos pasmados, al peligro horrendo,
Los otros huyendo,
Corren, gritan, llevan miedo y confusion.

Quien salta al caballo que encontró primero,
Quien toma el acero,
Quien corre su potro querido á buscar;

Mas ya la llanura cruzan desbandadas,
Yeguas y manadas,
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,
Blandiendo en su mano
La terrible lanza, que no dá cuartel.—
Los indios mas bravos luchando resisten,
Cual fieras embisten:—
El brazo sacude la matanza cruel.

El sol aparece;—las armas agudas
Relucen desnudas,
Horrible la muerte se muestra do quier.
En lomos del bruto, la fuerza y coraje,
Crece del salvaje,
Sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pié en tierra poniendo la fácil victoria,
Que no le da gloria,
Prosigue el cristiano lleno de rencor.—
Caen luego caciques, soberbios caudillos,
Los fieros cuchillos
Degüellan, degüellan, sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,
Jemir del que implora,
Puesto de rodillas, en vano piedad,

Todo se confunde:—del plomo el silbido,
Del hierro el crujido,
Que ciego no acata ni sexo, ni edad.

Horrible, horrible matanza
Hizo el cristiano aquel dia;
Ni hembra, ni varon, ni cría
De aquella tribu quedó.
La inexorable venganza
Siguió el paso á la perfidia,
Y en no cara y breve lidia
Su cerviz al hierro dió.

Vióse la yerba teñida
De sangre, hediondo y sembrado
De cadáveres el prado
Donde resonó el festin.
Y del sueño de la vida
Al de la muerte pasaron
Los que poco antes holgaron,
Sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban
Lágrimas de regocijo;—
Una al esposo, otra al hijo

Debió allí la libertad;
Pero ellos tristes estaban.
Porque ni vivo, ni muerto
Halló á Brian, en el desierto,
Su valor y su lealtad.

QUINTA PARTE.

EL PÁJONAL.

............e lo spirito lasso
Conforta, e ciba di speranza buona
DANTE

.... y el ánimo cansado
De esperanza feliz, nutre, y conforta.

Así, huyendo á la ventura,
Ambos á pié divagaron
Por la lóbrega llanura,
Y al salir la luz del dia
A corto trecho se hallaron
De un inmenso pajonal.

1. Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy estensos, y algunos á la distancia aparecen en la planicie como bosque: son los *Oasis* de la Pampa.

Brian debilitado, herido,
A la fatiga rendido
La planta apenas movia;
Su angustia era sin igual.
Pero un ánjel, su querida,
Siempre á su lado velaba,
Y el espíritu y la vida,
Que su alma heróica anidaba,
La infundia, al parecer,
Con miradas cariñosas,
Voces del alma profundas
Que debieran ser eternas;
Y aquellas palabras tiernas,
O armonias misteriosas,
Que solo manan fecundas
Del lábio de la mujer.

Temerosos del Salvaje
Acojiéronse al abrigo
De aquel pajonal amigo,
Para de nuevo su viaje
Por la noche continuar;
Descansar allí un momento,
Y refrijerio y sustento
A la flaqueza buscar.

Era el adusto verano:
Ardiente el sol como fragua
En cenagoso pantano
Convertido habia el agua
Allí estancada, y los peces,
Los animales inmundos
Que aquel bañado habitaban,
Muertos, el aire infestaban,
Ó entre las impuras heces
Aparecian á veces
Boqueando moribundos,
Como del cielo implorando
Agua y aire:—aquí se via
Al voraz cuervo, tragando
Lo mas asqueroso y vil;
Allí la blanca cigüeña,
El pescuezo corvo alzando,
En su largo pico enseña
El tronco de algun reptil;
Mas allá se ve al carancho,
Que jamás presa desdeña,
Con pico en forma de gancho
De la espirante alimaña
Zajar la fétida entraña:—
Y en aquel páramo yerto,
Donde á buscar como á puerto

Refrijerio, van errantes
Brian y Maria anhelantes,
Solo divisan sus ojos
Feos, inmundos despojos
De la muerte.—¡Qué destino
Como el suyo miserable!
Si en aquel instante vino,
La memoria perdurable
De la pasada ventura,
A turbar su fantasía,
¡Cuán amarga les seria!
Cuán triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso
En el lodo pegajoso
Penetraron, ya cayendo,
Ya levantando, ó subiendo
El pié flaco y dolorido;
Y sobre un flotante nido
De yajá, (columna bella,
Que entre la paja descuella,
Como edificio construido
Por mano hábil), se sentaron
A descansar ó morir.
Súbito allí desmayaron
Los espíritus vitales

De Brian á tanto sufrir;
Y en los brazos de Maria,
Que inmóvli permanecia,
Cayó muerto al parecer.
¡Cómo palabras mortales
Pintar al vivo podrán
El desaliento y angustias,
O las imájenes mústias
Que el alma atravesarán
De aquella infeliz mujer!
Flor hermosa y delicada,
Perseguida y conculcada
Por cuantos males tiranos
Dió en herencia á los humanos
Inexorable poder.

Pero á cada golpe injusto
Retoñece mas robusto
De su noble alma el valor;
Y otra vez, con paso fuerte,
Huella el fango, do la muerte
Disputa un resto de vida
A indefensos animales;
Y rompiendo enfurecida
Los espesos matorrales,
Camina á un sordo rumor

Que oye próximo, y mirando
El hondo cauce anchuroso
De un arroyo que copioso
Entre la paja corria,
Se volvió atrás, esclamando
Arrobada de alegria:—
—«Gracias te doy, Dios supremo!
Brian se salva, nada temo.»—

Pronto llega al alto nido
Donde yace su querido,
Sobre sus hombros le carga,
Y con vigor desmedido
Lleva, lleva, á paso lento,
Al puerto de salvamento
Aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa
El inmoble cuerpo posa,
Y los lábios, frente y cara
En el agua fresca y clara
Le embebe;—su aliento aspira,
Por ver si vivo respira,
Trémula su pecho toca;
Y otra vez sienes y boca
Le empapa:—en sus ojos vivos,
Y en su semblante animado,

Los matices fujitivos
De la apasionada guerra
Que su corazon encierra,
Se muestran.—Brian recobrado
Se mueve, incorpora, alienta,
Y débil mirada lenta
Clava en la hermosa Maria,
Diciéndola: «amada mia,
Pensé no volver á verte,
Y que este sueño seria
Como el sueño de la muerte;
Pero tú, siempre velando,
Mi vivir sustentas, cuando
Yo en nada puedo valerte,
Sino doblar la amargura
De tu estraña desventura.»
—«Que vivas tan solo quiero,
Porque si mueres, yo muero;
Brian mio, alienta, triunfamos,
En salvo y libres estamos,
No te aflijas;—bebe, bebe
Esta agua, cuyo frescor
El estenuado vigor
Volverá á tu cuerpo en breve,
Y esperemos con valor
De Dios el fin que imploramos.»—

Dijo asi y en la corriente
Recoje agua, y dilijente,
De sus miembros con esmero,
Se aplica à lavar primero
Las dolorosas heridas,
Las hondas llagas henchidas
De negra sangre cuajada,
Y à sus inflamados pies
El lodo impuro; y despues
Con su mano delicada
Las venda.—Brian silencioso
Sufre el dolor con firmeza;
Pero siente à la flaqueza
Rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento
Corre à buscar; y un momento,
Sin duda el cielo piadoso,
De aquellos finos amantes,
Infortunados y errantes,
Quiso aliviar el tormento.

SESTA PARTE.

LA ESPERA.

¡Qué largas son las horas del deseo!
MORETO.

Triste, oscura, encapotada
Llegó la noche esperada,
La noche que ser debiera
Su grata y fiel compañera;
Y en el vasto pajonal
Permanecen inactivos
Los amantes fujitivos.
Su astro, al parecer, declina,
Como la luz vespertina,
Entre sombra funeral.

Brian por el dolor vencido
Al márjen yace tendido
Del arroyo;—probó en vano
El paso firme y lozano
De su querida seguir;—
Sus plantas desfallecieron,
Y sus heridas vertieron
Sangre otra vez.—Sintió entonce
Como una mano de bronce
Por sus miembros discurrir.

María espera á su lado,
Con corazon agitado,
Que amanecerá otra aurora
Mas bella y consoladora;—
El amor la inspira fé
En destino mas propicio,
Y la oculta el pricipicio
Cuya idea solo pasma:—
El descarnado fantasma
De la realidad no ve.

Pasion vivaz la domina,
Ciega pasion la fascina;—
Mostrando á su alma el trofeo
De su impetuoso deseo
La dice: tú triunfarás.

Ella infunde á su flaqueza
Constancia allí y fortaleza;
Ella su hambre, su fatiga,
Y sus angustias mitiga
Para devorarla mas.

Sin el amor que en sí entraña,
Que seria ?—Frájil caña
Que el mas leve impulso quiebra,
Ser delicado, fina hebra,
Sensible y flaca mujer.
Con él es ente divino
Que pone á raya el destino,
Ánjel poderoso y tierno
A quien no haria el infierno
Vacilar, ni estremecer.

De su querido no advierte
El mortal abatimiento,
Ni cree se atreva la muerte
A sofocar el aliento
Que hace vivir á los dos;
Porque de su llama intensa
Es la vida tan inmensa,
Que á la muerte venceria,
Y en sí eficacia tendria
Para animar como Dios.

El amor es fé inspirada,
Es religion arraigada,
En lo íntimo de la vida.—
Fuente inagotable, henchida
De esperanza, su anhelar
No halla obstáculo invencible
Hasta conseguir victoria;
Si se estrella en lo imposible
Gozoso vuela á la gloria
Su heróica palma á buscar.

Maria no desespera,
Porque su ahinco procura
Para lo que ama ventura,
Y al infortunio supera
Su imperiosa voluntad.
Mañana,—el grito constante
De su corazon amante
La dice,—mañana el cielo
Hará cesar tu desvelo,
La nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto
Camina en densa tiniebla,
Y en el abismo de espanto,
Que aquellos páramos puebla,
Ambos perdidos se ven.

Parda, rojiza, radiosa,
Una faja luminosa
Forma horizonte no lejos;
Sus amarillos reflejos
En lo oscuro hacen vaiven.

La llanura arder parece,
Y que con el viento crece,
Se encrespa, aviva y derrama
El resplandor y la llama
En el mar de lobreguez.
Aquel fuego colorado,
En tinieblas engolfado,
Cuyo esplendor vaga horrendo,
Era trasunto estupendo
De la inferna terriblez.

Brian, recostado en la yerba
Como ajeno de sentido,
Nada vé:—ella un ruido
Oye; pero solo observa
La negra desolacion,
O las sombrias visiones
Que enjendran las turbaciones
De su espíritu.—¡Cuán larga
Aquella noche y amarga
Seria á su corazon!

Miró á su amante,—espantoso,
Un bramido cabernoso
La hizo temblar, resonando:—
Era el tigre que buscando
Pasto á su saña feroz
En los densos matorrales,
Nuevos presajios fatales
Al infortunio traia.—
En silencio, echó Maria
Mano á su puñal, veloz.

SÉPTIMA PARTE.

LA QUEMAZON.

Voyez....Déjá la flamme en torrens se déploie.
LAMARTINE
Mirad ya en torrente se estiende la llama.

El aire estaba inflamado,
Turbia la region suprema,
Envuelto el campo en vapor;
Rojo el sol, y coronado
De parda oscura diadema,
Amarillo resplandor
En la atmósfera esparcía;
El bruto, el pájaro huia,
Y agua la tierra pedia
Sedienta y llena de ardor.

Soplando á veces el viento
Limpiaba los horizontes,
Y de la tierra brotar
De humo rojo y ceniciento
Se veían como montes;
Y en la llanura ondear,
Formando espiras doradas,
Como lenguas inflamadas,
O melenas encrespadas
De ardiente, ajitado mar.

Cruzándose nubes densas
Por la esfera dilataban,
Como cuando hay tempestad,
Sus negras alas inmensas;
Y mas, y mas aumentaban
El pavor y oscuridad.
El cielo entenebrecido,
El aire, el humo encendido,
Eran, con el sordo ruido,
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos
Contempla asombrado
Los turbios reflejos;
Del dia enlutado
La ceñuda faz.

El humilde llora,
El piadoso implora;
Se turba y azora
La malicia audaz.

Quien cree ser indicio
Fatal, estupendo
Del dia del juicio,
Del dia tremendo
Que anunciado está.
Quien piensa que al mundo,
Sumido en lo inmundo,
El cielo iracundo
Pone á prueba ya.

Era la plaga que cria
La devorante sequía
Para estrago y confusion:—
De la chispa de una hoguera,
Que llevó el viento lijera,
Nació grande, cundió fiera
La terrible quemazon.

Ardiendo, sus ojos
Relucen, chispean;
En rubios manojos
Sus crines ondean,

Flameando tambien:
La tierra jimiendo,
Los brutos rujiendo,
Los hombres huyendo,
Confusos la ven.

Sutil se difunde,
Camina, se mueve,
Penetra, se infunde;
Cuanto toca, en breve,
Reduce á tizon.
Ella era,—y pastales,
Densos pajonales,
Cardos y animales
Ceniza, humo son.

Raudal vomitando,
Venia de llama,
Que hirviendo, silbando,
Se enrosca y derrama
Con velocidad.—
Sentada Maria
Con su Brian la via:
—«Dios mio! decia,
De nos ten piedad.»—

Piedad Maria imploraba,
Y piedad necesitaba

De potencia celestial.
Brian caminar no podia,
Y la quemazon cundia
Por el vasto pajonal.

Allí pávulo encontrando,
Como culebra serpeando,
Velozmente caminó;
Y ajitando, desbocada,
Su crin de fuego erizada
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles
De animales y reptiles
Quema el fuego vencedor,
Que el viento iracundo atiza;
Vuelan el humo y ceniza,
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,
Los cautivos desdichados,
Con despavoridos ojos,
Estan, su hervidero oyendo,
Y las llamaradas viendo
Subir en penachos rojos.

No hay como huir, no hay efujio,
Esperanza ni refujio;

¿Dónde auxilio encontrarán?
Postrado Brian yace inmoble
Como el orgulloso roble
Que derribó el huracan.

Para ellos no existe el mundo.
Detras arroyo profundo
Ancho se estiende, y delante,
Formidable y horroroso,
Alza la cresta furioso
Mar de fuego devorante.

«Huye presto, Brian decia
Con voz débil á Maria,
Déjame solo morir;
Este lugar es un horno:
Huye ¿ no miras en torno
Vapor cárdeno subir?»

Ella calla, ó le responde:—
—«Dios, largo tiempo, no esconde
Su divina proteccion.
¿Crees tú nos haya olvidado?
Salvar tu vida ha jurado
O morir mi corazon.—»

Pero del cielo era juicio
Que en tan horrendo suplicio

No debian perecer;
Y que otra vez de la muerte
Inexorable, amor fuerte
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora:
De la pasion que atesora
El espíritu inmortal
Brota, en su faz la belleza
Estampando fortaleza
De criatura celestial,

No sujeta á ley humana;
Y como cosa liviana
Carga el cuerpo amortecido
De su amante, y con él junto,
Sin cejar, se arroja al punto
En el arroyo estendido.

Cruje el agua, y suavemente
Surca la mansa corriente
Con el tesoro de amor;
Semejante á Ondina bella
Su cuerpo airoso descuella,
Y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
Sobre sus hombros nevados

Sueltos, reluciendo van;
Voga con un brazo lenta,
Y con el otro sustenta
A flor, el cuerpo de Brian,

Aran la corriente unidos
Como dos cisnes queridos,
Que huyen de águila cruel,
Cuya garra, siempre lista,
Desde la nube se alista
A separar su amor fiel.

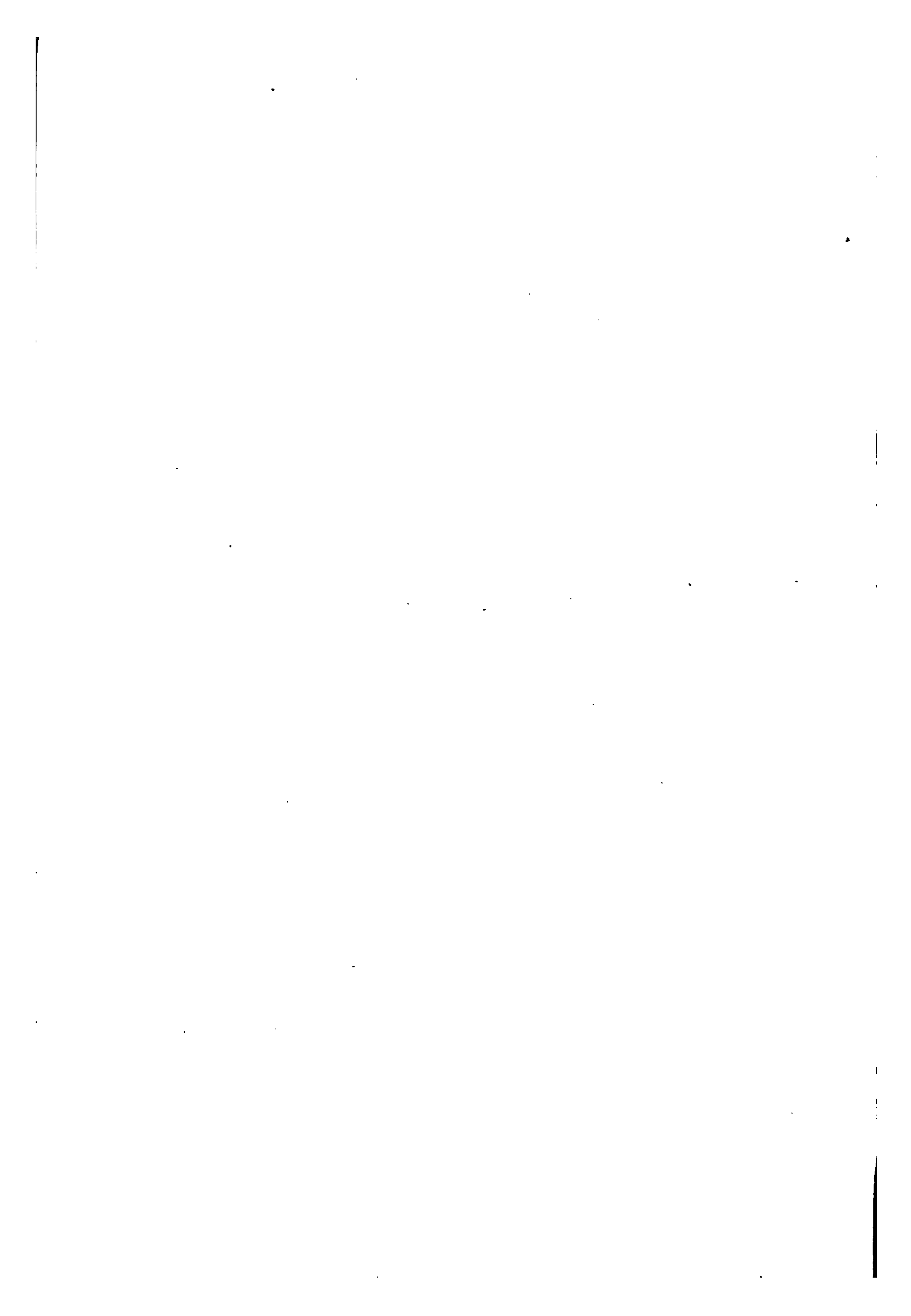
La suerte injusta se afana
En perseguirlos:—ufana
En la orilla opuesta el pié
Pone Maria triunfante;
Y otra vez libre á su amante
De horrenda agonia ve.

¡O del amor maravilla!
En sus bellos ojos brota
Del corazon, gota á gota,
El tesoro sin mancilla,
Celeste, inefable uncion;
Sale en lágrimas deshecho
Su heróico amor satisfecho.
Y su formidable cresta

Sacude, enrosca y enhiesta
La terrible quemazon.

—

Calmó despues el violento
Soplar del airado viento:
El fuego á paso mas lento
Surcó por el pajonal,
Sin topar ningun escollo;
Y á la orilla de un arroyo
A morir al cabo vino,
Dejando, en su ancho camino,
Negra y profunda señal.



OCTAVA PARTE.

BRIAN.

Les guerriers et les coursiers eux mèmes
Sont lá pour attester les victoires de mon bras.
Je dois ma renommée á mon glaive......

ANTAR (1)

Los guerreros y aun los bridones de la batalla
Existen para atestiguar las victorias de mi brazo.
Debo mi renombre á mi espada.

Pasó aquel, llegó otro dia
Triste, ardiente, y todavia
Desamparados como antes,
A los míseros amantes
Encontró en el pajonal.

1. Antar: célebre poeta árabe, de quien M. de Lamartine cita algunos fragmentos en su viage á Oriente: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto.

Brian, sobre pajizo lecho
Inmoble está, y en su pecho
Arde fuego inestinguible;
Brota en su rostro, visible
Abatimiento mortal.—

Abrumados y rendidos
Sus ojos, como adormidos,
La lúz esquivan, ó absortos
En los pálidos abortos
De la conciencia, (lejion
Que atribula al moribundo)
Verán formas de otro mundo;
Imájenes fujitivas,
O las claridades vivas
De fantástica rejion.

Triste á su lado Maria
Revuelve en la fantasía
Mil contrarios pensamientos,
Y horribles presentimientos
La vienen allí á asaltar;—
Espectros que enjendra el alma,
Cuando el ciego desvario
De làs pasiones se càlma,
Y perdida en el vacío
Se recoje á meditar.

Allí, frájil navecilla
En mar sin fondo ni orilla,
Do nunca rie bonanza
Se encuentra, sin esperanza
De poder al fin surjir:
Allí ve su afan perdido
Por salvar á su querido;
Y cuán lejano y nubloso
El horizonte radioso
Está de su porvenir.

Cuán largo, incierto camino
La desdicha le previno;
Cuan triste peregrinaje!
Allí ve de aquel paraje
La yerta inmovilidad.
Allí ya del desaliento
Sufre el pausado tormento,
Y abrumada de tristeza,
Al cabo á sentir empieza
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,
Y al aspecto de su amante
Desfallece su heroismo;
La vuelve, y hórrido abismo
Mira atónita detrás.

Allí apura la agonía
Del que vió cuando dormia
Paraiso de dicha eterno,
Y al despertar un infierno
Que no imajinó jamás.

En el empíreo nublado
Flamea el sol colorado;
Y en la llanura domina
La vaporosa calina,
El bochorno abrasador.
Brian sigue inmoble, y María
En formar se entrenia
De junco un denso tejido,
Que guardase á su querido
De la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento
Que al levantarse ó moverse
Hace animal corpulento,
Crujir la paja y romperse
De un cercano matorral.
Miró ¡oh terror! y acercarse
Vió con movimiento tardo,
Y hácia ella encaminarse
Lamiéndose, un tigre pardo
Tinto en sangre;— atroz señal,

Cobrando ánimo al instante
Se alzó María arrogante,
En mano el puñal desnudo,
Vivo el mirar, y un escudo
Formó de su cuerpo á Brian.
Llegó la fiera inclemente;
Clavó en ella vista ardiente,
Y á compasion ya movida,
O fascinada y herida
Por sus ojos y ademan,

Recta prosiguió el camino,
Y al arroyo cristalino
Se echó á nadar.—¡Oh amor tierno!
De lo mas frájil y eterno
Se compajinó tu ser.
Siendo solo afecto humano,
Chispa fugaz, tu grandeza,
Por impenetrable arcano,
Es celestial.—Oh belleza!
No se anida tu poder,

En tus lágrimas, ni enojos;
Sí, en los sinceros arrojos
De tu corazon amante:—
María en aquel instante
Se sobrepuso al terror,

Pero cayó sin sentido
A conmocion tan violenta.—
Bella como ángel dormido
La infeliz estaba, exenta
De tanto afan y dolor.

Entonces ah! parecía
Que marchitado no habia
La aridez de la congoja,
Que á lo mas bello despoja,
Su frescura juvenil.
¡ Venturosa si mas largo
Hubiera sido su sueño!
Brian despierta del letargo:
Brilla matiz mas risueño
En su rostro varonil.—

Se sienta,— estático mira,
Como el que en vela delira;
Lleva la mano á su frente
Sudorífera y ardiente,
¿ Qué cosas su alma verá?
La luz, noche le parece,
Tierra y cielo se oscurece,
Y rueda en un torbellino
De nubes.—«Este camino
Lleno de espinas está:

«Y la llanura, Maria,
¿No vés cuán triste y sombria!
¿Dónde vamos?— A la muerte.—
Triunfó la enemiga suerte,»
Dice delirando Brian.
«Cuàn caro mi amor te cuesta!
Y mi confianza funesta,
Cuánta fatiga y ultrajes!
Pero pronto los salvajes
Su deslealtad pagarán.»

Cobra María el sentido
Al oir de su querido
La voz, y en gozo nadando
Se incorpora, en él clavando
Su cariñosa mirada.
«Pensé dormias, la dice,
Y despertarte no quise;
Fuera mejor que durmieras
Y del bárbaro no oyeras
La estrepitosa llegada.

«Sabes?—sus manos lavaron,
Con infernal regocijo,
En la sangre de mi hijo;
Mis valientes degollaron.
Como el huracan pasó,

Desolacion vomitando,
Su vijilante perfidia.
Obra es del inicuo bando,
Qué dirá la torpe envidia!
Ya mi gloria se eclipsó.

«De paz con ellos estaba
Y en la villa descansaba.—
Oye, no te fies, vela,—
Lanza, caballo y espuela
Siempre lista has de tener.—
Mira donde me han traido,—
Atado estoy, y ceñido;
No me es dado levantarme,
Ni valerte ni vengarme,
Ni batallar ni vencer.

«Venga, venga mi caballo,
Mi caballo por la vida;
Venga mi lanza fornida,
Que yo basto á ese tropel.—
Rodeado de picas me hallo.—
Paso, canalla traidora,
Que mi lanza vengadora
Castigo os dará cruel.

«¿No mirais la polvareda
Que del llano se levanta?

No sentis lejos la planta
De los brutos retumbar?
La tribu es, huyendo leda,
Como carnicero lobo,
Con los despojos del robo,
No de intrépido lidiar.

«Mirad ardiendo la villa,
Y degollados dormidos
Nuestros hermanos queridos
Por la mano del infiel.
¡Oh mengua! oh rabia! oh mancilla!
Venga mi lanza lijero,
Mi caballo parejero;
Daré alcance á ese tropel.»

Se alzó Brian enajenado,
Y su bigote erizado
Se mueve; chispean rojos,
Como centellas, sus ojos
Que hace el entusiasmo arder;
El rostro y talante fiero,
Do resalta con viveza
El valor y la nobleza,
La majestad del guerrero
Acostumbrado á vencer.

Pero al punto desfallece.
Ella atónita enmudece,
Ni halla voz su sentimiento;
En tan solemne momento
Flaquea su corazon.
El sol pálido declina:
En la cercana colina
Triscan las gamas y ciervos
Y de caranchos y cuervos
Grazna la impura lejion,

De cadáveres avara,
Cual si muerte presajiara.
Así la caterva estulta,
Vil al heroismo insulta,
Que triunfante veneró.
Maria tiembla.—Él alzando
La vista al cielo, y tomando
Con sus manos casi heladas
Las de su amiga adoradas,
A su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:
«Oye,—de Dios es arcano,
Que mas tarde ó mas temprano
Todos debemos morir.

Insensato el que maldice
La ley que á todos iguala:
Hoy el término señala
A mi robusto vivir.

«Resígnate;—bien venida
Siempre, mi amor, fué la muerte
Para el bravo, para el fuerte
Que á la patria y al honor
Jóven consagró su vida:
Qué es ella?—una chispa, nada,
Con ese sol comparada,
Raudal vivo de esplendor.

«La mia brilló un momento,
Pero á la patria sirviera;
Tambien mi sangre corriera
Por su gloria y libertad.
Lo que me da sentimiento
Es que de tí me separo,
Dejándote sin amparo
Aquí en esta soledad.

«Otro premio merecia
Tu amor y espíritu brioso,
Y galardon mas precioso
Te destinaba mi fé.

Pero ¡ay Dios! la suerte mia
De otro modo se eslabona;
Hoy me arracan la corona
Que insensato ambicioné.

«Si al menos la azul bandera
Sombra á mi cabeza diese!
O antes por la patria fuese
Aclamado vencedor!
¡Oh destino! quien pudiera
Morir en la lid, oyendo
El alarido y estruendo,
La trompeta y atambor.

«Tal gloria no he conseguido,
Mis enemigos triunfaron;
Pero mi orgullo no ajaron
Los favores del poder.
Qué importa! mi brazo ha sido
Terror del salvaje fiero:
Los Andes vieron mi acero
Con honor resplandecer.

«¡Oh estrépito de las armas!
Oh embriaguez de la victoria!
Oh campos, soñada gloria!
Oh lances del combatir!

Inesperadas alarmas,
Patria, honor, objetos caros,
Ya no volveré à gozaros;
Jóven yo debo morir.

«Hoy es el aniversario
De mi primera batalla,
Y en torno à mi todo calla....
Guarda en tu pecho mi amor,
Nadie llegue à su santuario....
Aves de presa parecen,—
Ya mis ojos se oscurecen;—
Pero allí baja un condór,

«Y huye el enjambre insolente.
Adios, en vano te aflijo......
Vive, vive para tu hijo,
Dios te impone ese deber.—
Sigue, sigue al occidente
Tu trabajosa jornada:
Adios, en otra morada,
Nos volveremos à ver.»

Calló Brian, y en su querida,
Clavó mirada tan bella,
Tan profunda y dolorida,
Que toda el alma por ella

Al parecer exhaló.—
El crepúsculo esparcia
En el desierto luz mústia.—
Del corazon de Maria,
El desaliento y angustia,
Solo el cielo penetró.

NOVEÑA PARTE.

MARIA.

Fallece esperanza y crece tormento.
ANONIMO.
Morte bella parea nell suo bel viso.
PETRARCA.
La muerte parecia
Bella en su rostro bello.

Qué hará Maria ?—En la tierra
Ya no se arraiga su vida.
Dónde irá?—Su pecho encierra
Tan honda y vivaz herida,
Tanta congoja y pasion,
Que para ella es infecundo
Todo consuelo del mundo,
Burla horrible su contento,

Su compasion un tormento,
Su sonrisa una irrision.

¿Qué le importan sus placeres,
Su bullicio y vana gloria;
Si ella, entre todos los seres,
Como desechada escoria,
Lejos, olvidada está?
¿En qué corazon humano,
En qué límite del orbe,
El tesoro soberano,
Que sus potencias absorbe,
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,
Y una fresca sepultura
Encuentra; lecho postrero,
Que al cadáver del guerrero
Preparó el mas fino amor.
Sobre ella hincada María,
Muda como estátua fria,
Inclinada la cabeza,
Semejaba á la tristeza
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos
Caen por los hombros tendidos,

Y sombrean de su frente,
Su cuello y rostro inocente,
La nevada palidez.
No suspira allí, ni llora;
Pero como ànjel que implora,
Para miserias del suelo
Una mirada del cielo,
Hace esta sencilla prez:

—«Ya en la tierra no existe
El poderoso brazo,
Donde hallaba regazo
Mi enamorada sien:
Tú ¡oh Dios! no permitiste
Que mi amor lo salvase,
Quisiste que volase
Donde florece el bien.

Abre, Señor, á su alma
Tu seno regalado,
Del bienaventurado,
Reciba el galardon:
Encuentre allí la calma,
Encuentre allí la dicha,
Que busca en su desdicha,
Mi viudo corazon.»—

Dice: un punto su sentido
Queda como sumerjido.—
Echa la postrer mirada
Sobre la tumba callada
Donde toda su alma está.—
Mirada llena de vida;
Pero lánguida, abatida
Como la última vislumbre
De la agonizante lumbre,
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla;
Y tomando por la orilla
Del arroyo hácia el ocaso,
Con indiferente paso,
Se encamina al parecer.
Pronto sale de aquel monte
De paja, y mira delante
Ilimitado horizonte,
Llanura y cielo brillante,
Desierto y campo do quier.

¡Oh noche! oh fúljida estrella,
Luna solitaria y bella,
Sed benignas! el indicio
De vuestro influjo propicio
Siquiera una vez mostrad.

Bochornos, cálidos vientos,
Inconstantes elementos,
Preñados de temporales,
Apiadaos; fieras fatales
Su desdicha respetad.

Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos
De los míseros humanos
Está el oculto destino,
Siquiera un rayo divino
Haz á su esperanza ver.
Vacilar, de alma, sencilla,
Que resignada se humilla,
No hagas la fé acrisolada;
Susténtala en su jornada,
No la dejes perecer.

Adios, pajonal funesto,
Adios, pajonal amigo.
Se va ella sola ¡cuán presto
De su júbilo, testigo,
De su luto fuistes vos!
El sol y la llama impía
Marchitaron tu ufanía;
Pero hoy tumba de un soldado
Eres y asilo sagrado:
Pajonal glorioso, adios.

Gózate; ya no se anidan
En tí las aves parleras,
Ni tu agua y sombra convidan
Solo á los brutos y fieras:
Soberbio debes estar.
El valor y la hermosura,
Ligados por la ternura,
En tí hallaron refrijerio;
De su infortunio el misterio
Tú solo puedes contar.

Gózate; votos, ni ardores
De felices amadores
Tu esquividad no turbaron;
Sino voces que confiaron
A tu silencio su mal.
En la noche tenebrosa,
Con los ásperos graznidos
De la lejion ominosa,
Oirás ayes y jemidos:
Adios, triste pajonal.

De ti María se aleja,
Y en tus soledades deja
Toda su alma; agradecido
El depósito querido
Guarda y conserva; quizá

Mano jenerosa y pía
Venga á pedírtelo un dia:
Quizá la viva palabra
Un monumento le labra
Que el tiempo respetará.

Dia y noche ella camina:
Y la estrella matutina
Caminando solitaria,
Sin articular plegaria,
Sin descansar ni dormir
La ve.—En su planta desnuda
Brota la sangre y chorrea;
Pero toda ella, sin duda,
Va absorta en la única idea
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.—
Su garganta es viva frágua,
Un volcan su pensamiento;
Pero mar de hielo y agua
Refrijerio inútil es
Para el incendio que abriga;
Insensible á la fatiga,
A cuanto ve indiferente,
Como mísera demente
Mueve sus heridos pies,

Por el desierto.—Adormida
Está su orgánica vida;
Pero la vida de su alma
Fomenta en sí aquella calma
Que sigue á la tempestad,
Cuando el ánimo cansado
Del afan violento y duro,
Al parecer resignado,
Se abisma en el fondo oscuro
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,
Fiebre lenta y devorante,
Último efujio, suplicio
Del infierno, semejante
A la postrer convulsion
De la víctima en tormento:
Trance que si dura un dia
Anonada el pensamiento,
Encanece, ó deja fria
La sangre en el corazon.

Dos soles pasan—¿Adónde
Tu poder ¡oh Dios! se esconde?
Está por ventura exhausto?
Mas dolor en holocausto
Pide á una flaca mujer?

No;—de la quieta llanura
Ya se remonta á la altura
Gritando el yajá.—Camina,
Oye la voz peregrina
Que te viene á socorrer.

¡Oh ave de la Pampa hermosa,
Cómo te meces ufana!
Reina sí, reina orgullosa
Eres, pero no tirana
Como el águila fatal:
Tuyo es tambien del espacio
El transparente palacio:
Si ella en las rocas se anida,
Tú en la esquivez escondida
De algun vasto pajonal.

De la víctima el jemido,
El huracan y el tronido
Ella busca, y deleite halla
En los campos de batalla:
Pero tú la tempestad,
Dia y noche vijilante,
Anuncias al gaucho errante;
Tu grito es de buen presajio,
Al que asechanza ó naufrajio
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera
La voz del ave agorera,
Oye, María, infelice;—
Alerta, alerta, te dice;
Aqui está tu salvacion.—
¿No la ves como en el aire
Balancea con donaire
Su cuerpo albo-ceniciento?
¿No escuchas su ronco acento?
Corre á calmar tu afliccion.

Pero nada ella divisa,
Ni el feliz reclamo escucha;
Y caminando va á prisa:
El demonio con que lucha
La turba, impele y amaga.
Túrbios, confusos y rojos
Se presentan á sus ojos
Cielo, espacio, sol, verdura,
Quieta insondable llanura
Donde sin brújula vaga.

Mas ah! que en vivos corceles
Un grupo de hombres armados
Se acerca ¿serán infieles,
Enemigos?—No, soldados
Son del desdichado Brian.

Llegan, su vista se pasma;
Ya no es la mujer hermosa,
Sino pálido fantasma;
Mas reconocen la esposa
De su fuerte capitan.

Créianla cautiva ó muerta;
Grande fué su regocijo.
Ella los mira y despierta.
—«¿No sabeis qué es de mi hijo?»—
Con toda el alma esclamó.
Tristes mirando à Maria
Todos el labio sellaron;
Mas luego una voz impía:
«Los indios lo degollaron»
Roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,
Como quiebra al seco tallo
El menor soplo de viento,
O como herida del rayo
Cayó la infeliz allí;
Viéronla caer, turbados,
Los animosos soldados;
Una lágrima la dieron,
Y funerales la hicieron
Dignos de contarse aquí.

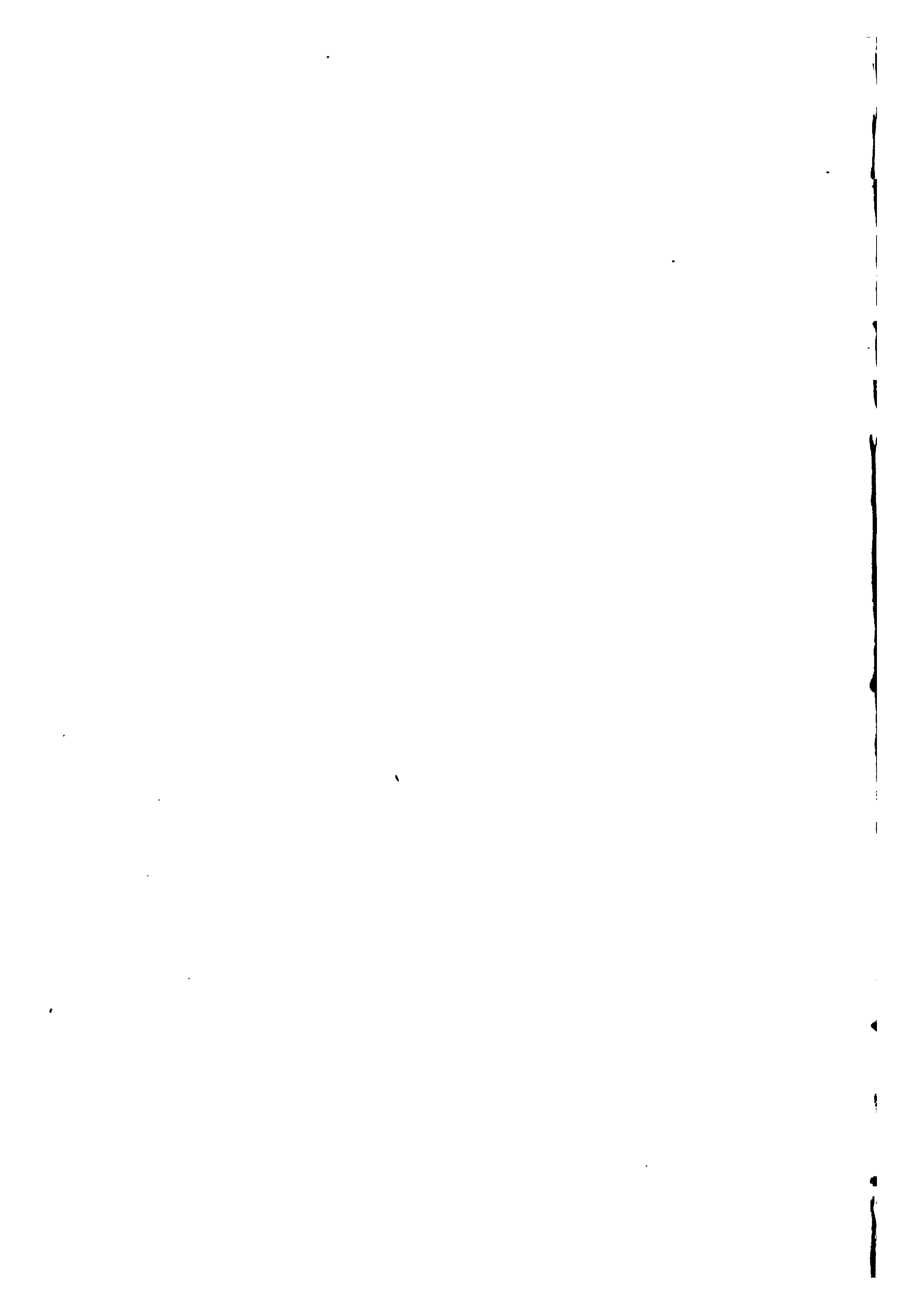
Murió; por siempre cerrados
Estan sus ojos cansados
De errar por llanura y cielo,
De sufrir tanto desvelo,
De afanar sin conseguir.
El atractivo está yerto
De su mirar: ya el desierto,
Su último asilo, los rastros
De tan hechiceros astros
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aun hay vestijio.
¿No veis el raro prodijio?
Sobre su cándida frente
Aparece nuevamente
Un prestijio encantador.
Su boca y tersa mejilla
Rosada, entre nieve brilla,
Y revive en su semblante
La frescura rozagante
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,
Y estampó en su rostro hermoso
Aquel inefable hechizo,
Inalterable reposo,
Y sonrisa anjelical,

Que destellan las facciones
De una virjen en su lecho;
Cuando las tristes pasiones
No han ajado de su pecho
La pura flor virjinal.

Entonces el que la viera,
Dormida ¡oh Dios! la creyera;
Deleitándose en el sueño
Con memorias de su dueño,
Llenas de felicidad:
Soñando en la alba lucida
Del banquete de la vida
Que sonrie á su amor puro:—
Mas ay! que en el seno oscuro
Duerme de la eternidad.



EPÍLOGO.

Douce lumiére es tu leur ame?
LAMARTINE.
¿Eres, plácida luz, el alma de ellos?

¡Oh Maria! Tu heroismo,
Tu varonil fortaleza,
Tu juventud y belleza
Merecieran fin mejor.
Ciegos de amor el abismo
Fatal tus ojos no vieron,
Y sin vacilar se hundieron
En él ardiendo en amor.

De la mas cruda agonía
Salvar quisistes á tu amante,
Y lo viste delirante
En el desierto morir.
¡Cuál tu congoja sería!
¡Cuál tu dolor y amargura!
Y no hubo humana criatura
Que te ayudase á sentir.

Se malogró tu esperanza;
Y cuando sola te viste,
Tambien mísera caiste,
Como árbol cuya raiz
En la tierra ya no afianza
Su pompa y florido ornato:
Nada supo el mundo ingrato
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta
Como diamante en la mina,
La belleza peregrina
De tu noble alma quedó.
El desierto la sepulta,
Tumba sublime y grandiosa,
Do el héroe tambien reposa
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida
Fué amar, amor tu delirio,
Amor causó tu martirio,
Te dió sobrehumano ser;
Y amor, en edad florida,
Sofocó la pasion tierna,
Que omnipotencia de eterna
Trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,
De amor, ¡oh bella María!
Que la vírjen poesía
Corona te forma ya
De ciprés entretejido
Con flores que nunca mueren;
Y que admiren y veneren
Tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,
Inhospitable morada,
Que no siempre sosegada
Mira el astro de la luz;
Descollando en una altura,
Entre agreste flor y yerba,
Hoy el caminante observa
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre
La copa estensa y tupida
De un ombú [1], donde se anida
La altiva águila real;
Y la varia muchedumbre
De aves que cria el desierto
Se pone en ella á cubierto
Del frio y sol estival.

Nadie sabe cuya mano
Plantó aquel árbol benigno,
Ni quién á su sombra el signo
Puso de la redencion.
Cuando el cautivo cristiano
Se acerca á aquelles lugares,
Recordando sus hogares,
Se postra á hacer oracion.

Fama es que la tribu errante,
Si hasta allí llega embebida
En la caza apetecida
De la gama y avestruz,
Al ver del ombú jigante
La verdosa cabellera,

1. Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero sí fresca y regalada sombra en los ardores de estío.

Suelta al potro la carrera
Gritando:—«allí está la cruz.»

Y revuelve atrás la vista,
Como quien huye aterrado,
Creyendo se alza el airado,
Terrible espectro de Brian.
Pálido el indio exorcista
El fatídico árbol nombra;
Ni á hollar se atreven su sombra
Los que de camino van.

Tambien el vulgo asombrado
Cuenta, que en la noche oscura
Suelen en aquella altura
Dos *luces* aparecer;
Que salen y habiendo errado
Por el desierto tranquilo,
Juntas á su triste asilo
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes
Serán del páramo aerio,
Quizá espíritus,—misterio!
Visiones del alma son.

Quizá los sueños brillantes
De la inquieta fantasia,
Forman coro en la armonía
De la invisible creacion.

LA GUITARRA

Ó

PRIMERA PÁJINA DE UN LIBRO.

A.—What harmony is this? My good friends, hark!
C.—Maravillous svveet music!!
This is no mortal business, nor no sound
That the earth owes.

SHAKSPEARE—*The tempest.*

LA GUITARRA.

PRIMERA PARTE.

I.

El cielo era sin nubes: centellaban
Con resplandor incierto las estrellas
En el diáfano velo de la noche,
Como claros diamantes en las trenzas
De la modesta vírjen: y la Luna,
Astro de amor, sobre la triste tierra
Hermosa y melancolica esparcia
Su nítida y radiante cabellera.
Dormian los mortales fatigados

Del intenso afanar que fué su herencia,
Y estático Ramiro contemplaba
El astro de la noche y su diadema,
Respirando las auras de la Pampa
Que á zahumar vienen la morada rejia
Donde dormita el Plata silencioso.
Suspendida su mente en las esferas
Fantásticas del cielo, se perdia
En mil cavilaciones halagüeñas;
Desparecia el mundo ante sus ojos,
Y aquel bien infinito de la idea,
Deleite sin acíbar que concibe
El mísero mortal y nunca prueba,
Llegaba á paleadar; mas de repente
Del fantástico sueño lo despierta
La armonía fugaz de una guitarra,
Que dichoso amador quizá á la reja
De su querida pulsa; ¡cuánto afecto
Movió en su corazon aquella tierna
Melancólica trova!—de otra vida,
Vida de amores y de encanto llena,
Era revelacion;—adios postrero
De horas de dicha que pasaron bellas
Para mas no volver;—era presajio
De infortunio ó de gloria venidera.
Enmudeció la voz y el instrumento.

Corrió entonces Ramiro á su vihuela,
Largo tiempo olvidada, que fué siempre
De su ambulante vida compañera,
Y entonó esta cancion que allá en España
En alabanza suya hizo un poéta:

Quien no oyó en noche clara y serena
Cantar contigo su dicha ó pena
Al amador,
Ese no sabe, guitarra mia,
Con que eficacia tu melodía
Habla de amor.

La mas esquiva, la mas ingrata
Cede al halago de tu voz grata,
De tu jemir;
Y al pecho blando de la que adora
Llevas una aura consoladora
Que hace vivir.

Cada son tuyo que dulce vibra,
Electrizando, mueve una fibra
Del corazon;
Sueños dorados infunde al alma,
Tristes recuerdos disipa y calma
Su ajitacion.

Si el labio puro de alguna bella
De amor entona tierna querella
A par de tí;
No es de la tierra, no, fujitiva
Esa armonía que nos cautiva,
Divina sí.

II.

Diez y ocho años tenia y era bella,
Bella entre las hermosas Argentinas,
Que son reinas de amor en Buenos Aires
Como el rio que baña sus orillas.

Diez y ocho años tenia, y en su rostro,
Donde el cándor de la niñez se pinta,
La sombra pasajera é importuna
De congojoso afan se descubria.

Y de alma resignada á su destino,
Probada en el crisol de la desdicha,
La mansedumbre anjélica, imprimiendo
Inefable espresion á su sonrisa.

Sus negros ojos, de rasgada forma,
Eran focos de amor, luces de vida,

Y el fuego de pasiones afectuosas
Asomaba al traves de sus pupilas.

Bella era Celia, al parecer dichosa,
Porque todo en redor la sonreia,
Porque el mundo para otras tan ingrato
Sus codiciados bienes la prodiga.

Era entanto infeliz, por que el tesoro
Que apetecen las almas afectivas,
El soplo enjendrador que las fecunda,
El aliento vital que las anima;

Lo que las hace delirar de pena,
Lo que las hace palpitar de dicha,
Lo que despierta en ellas sin saberlo,
Deseos y esperanzas infinitas;

Lo que transforma en vasto paraiso
La mansion solitaria donde habitan,
O en palacio encantado donde se oye
Concierto de inefables armonias;

El amor y sus ansias y deleites,
Ella que tierno corazon abriga,
Que nació para amar y ser amada,
Sintiéndolo ideal, no conocia.

Y entretanto era esposa; á un hombre adusto
Con lazo indisoluble se ve unida,
Que entre el ara de Dios y el sacerdote
Pronunció el sí fatal con voz sumisa.

Mintió su labio ó tímido no dijo,
Lo que su niño corazon sentia,
Por complacer de padres ignorantes
El capricho insensato ó la codicia.

Prometió amor y fé en sus quince abriles
A un hombre que no amaba, inadvertida,
Y cuando abrió los ojos mas esperta,
Ni sintió amor por él, ni simpatía.

Se halló sin porvenir y condenada
A arrastrar existencia aborrecida,
Miéntras en torno suyo respiraba
Todo contento al parecer y dicha.

Y Celia era infeliz, porque no amaba,
Porque sonriendo, á su pesar, mentia,
Porque sentir amor, manifestarlo
Para su tierno pecho era la vida.

Y Celia algun consuelo solamente
Encontraba en la música espresiva

De su vihuela amada, cuyo hechizo
De sus horas el tedio adormecia.

Diestra pulsaba el instrumento amigo,
Cantaba al son de sus sonoras fibras
Las congojas de su alma solitaria,
Y en su música y canto embebecida,

Olvidaba el rigor de su destino,
Semejante aquella ave peregrina
Que cantando á los bosques silenciosos
Refiere su pesar y lo mitiga.

III.

Era una noche de verano bella,
Noche de arrobamiento y de delirio,
De esas que no se olvidan porque dejan
Rastro en el corazon intenso y vivo.
Callaba la ciudad que coquetea
Al mirarse en las aguas de su rio,
Y el empíreo estrellado semejaba
De la tórrida zona el mar tranquilo.
Cuando en su vasto seno reverberan,
Deslumbrando la vista fujitivos

Mil destellos de luz; el aura leve
Dormia silenciosa en el retiro
De su aéreo palacio, y ni se oia
Del vagabundo coro de los silfos
El májico rumor; Ramiro entónces,
Absorto en las rejiones de su espíritu,
Por solitaria calle caminaba,
Cuando hechicera voz de sus sentidos
Encadenó la accion; llegó á una reja,
Y al compás melodioso y espresivo
De sonora vihuela aquestos versos
Oyó cantar con pecho enternecido:

Acongoja mi alma
Dia y noche delira;
El corazon suspira
Por ilusorio bien;
Mas las horas fugaces
Pasan en raudo vuelo,
Sin que ningun consuelo
A mi congoja den.

Entre mis venas corre,
Quitándome el sosiego,
De comprimido fuego
El devorante ardor;

Pero una voz secreta
Me dice, infortunada,
Vivirás condenada
A eterno desamor.

Como muere la antorcha
Escasa de alimento,
Así morir me siento
En mi temprano albor;
Ningun soplo benigno
Da vigor á mi vida,
Pues vivo sumerjida
En triste desamor.

Como fátuo destello
Que brilla y se evapora,
Se oscureció en su aurora
El astro de mi amor;
Se fué con él mi dicha,
Se fué con él mi calma,
Solo ha quedado á mi alma
Perpetuo desamor.

El concierto de canto y melodía,
No humano, al parecer, sino divino,
Interrumpió preludio quejumbroso

Del frájil instrumento, y un suspiro.
Quedó todo en silencio, y á su albergue
Congoja y turbacion llevó Ramiro.

IV.

En un bizarro alazan,
Que libre, ufano y soberbio
Cuando jóven en la Pampa [1]
Pació la grama y el trébol,
Salió una tarde Ramiro,
Solo con su pensamiento,
A recorrer las campiñas,
Cuyos jardines y huertos
En el florido verano
Brindan holganza á aquel pueblo,
Que en las famosas orillas
Del Plata tiene su asiento.
Llegó á una quinta [2] cansado,
Cuando ya mústio y sereno
El crepúsculo esparcia,
Sobre la tierra y el cielo,

1. Pampa—La llanura desierta.
2. Quinta—Mansion de recreo no lejos de de la ciudad, donde jeneralmente se cultivan árboles frutales y hortalizas.

Aquella luz misteriosa
Cuyos pálidos reflejos
Llevan al alma ajitada
Tristeza y recojimiento;
Y allí encontró reunido,
Como en un jardin ameno,
De la belleza porteña[1]
Lo mas gracioso y perfecto.
Una de ellas, cuya frente
Sombreaban con misterio
El pudor y la congoja,
Entónce al son hechicero
De la gitarra cantaba
Tristes y amorosos versos.
La voz, la música, el canto,
Todo su ser conmovieron,
Y despertaron al punto
En su memoria recuerdos;—
Clavó el mirar ¡Oh delicia!
Vió de la hermosura el cielo,
De las gracias el conjunto,
Y embelesado en silencio
Admiraba de su labio
Los peregrinos acentos,

1. Porteña—Llaman así los provincianos á la mujer nacida en Buenos Aires, por estar esta ciudad situada á orillas del único puerto hábil de la República Argentina.

La espresion indefinible
De su semblante, sus negros
Ojos, rutilando llamas
De amor como dos luceros;
Y entre sí mismo decia:
«Feliz del hombre que objeto
Sea de tu alma querido,
Del que cifre en tí su anhelo,
Del que beba tus caricias,
Y se recline en tu pecho.»
Cesó el canto; Celia entonces,
Unas y otras repitieron,
Y de Celia el dulce nombre
Volaba de estremo á estremo,
Del salon donde reinaba
Su hermosura y su talento.
A las manos de Ramiro
Vino la guitarra luego,
Y animado con la vista
De tantas hermosas, diestro
Pulsó las fibras sonoras,
Sus mas íntimos secretos
La pidió, cual si entendiera
Ella el hablar de sus dedos.
Quedaron de su armonía
Los corazones suspensos,

Ni articulaban los labios
Ni suspiraban los pechos;
Y miéntras las bellas todas,
En silencioso embeleso,
Permanecian, Ramiro
Preludiando en tonos nuevos,
Ora animados suspiros,
Ora misteriosos ecos,
Brotar hacia inspirado
Del melodioso instrumento.
Cesó al fin; todas á una
Su habilidad aplaudieron;
Solo Celia, Celia sola
Con elocuente silencio,
Con un suspiro del alma,
Con un mirar placentero,
Colmó á Ramiro de gloria,
De amor y júbilo á un tiempo.
¿Quién al deleite se niega
De la música y el seno
Latir no siente de gozo,
Al oir esos acentos
Que penetran hasta el alma,
A un por los poros, haciendo
Conmocion inesplicable
Temblar las fibras del cuerpo?

Y cuando entona ese canto,
Con voz que habla al sentimiento,
La bella en quien arraigado
Está todo el vivir nuestro,
El corazon se sublima
Con las àlas del deseo,
A una esfera de ventura,
De indecible arrobamiento,
Y de delicias, que nunca
Las que no amaron sintieron.

V.

Celia dormia y soñaba.
Su esposo al lado despierto
Observaba con asombro
La ajitacion de su sueño;
Su alma flotaba dudosa,
Y ya la rabia y los celos
Hervir, palpitar hacian
Sus arterias y su pecho;
Ya creía, alucinado,
Que las caricias y besos,
Que dormida le prodiga,

Eran del cariño efecto.
Entre dientes murmuraba
Un nombre... «—¿Quién será cielos?—»
Decia él, y un sudor frio,
Y como chispas de electro
Por sus entrañas corrian;
Y ella con halagos nuevos
De su corazon calmaba
Los impetuosos recelos.

Celia decia:—« Huye, cese
Por piedad de tu instrumento
Esa hechicera armonía
Que en mí derrama un incendio...
No puedo amarte, mi esposo...
¿Lo veis, lo veis, con que ceño
Tan iracundo me mira
Porque yo amarle no puedo?
Mi corazan desdichado
Por siempre al amor ha muerto...
El himeneo me liga...
A otro hombre yo pertenezco...
¡Oh! si yo pudiera amarte!
¡Qué dicha! el amor que siento,
Este amor que sofocado
Es de mi vida el infierno,

Tuyo seria; seria......
Tuyo cuanto yo poseo....
¿Con qué gusto y qué delicia
Te estrecharia en mi seno?....
Mis halagos, mis caricias,
Mi vida....ven que me muero....
Escucha....mi esposo, el lazo
Sacrosanto de himeneo,
El deber, la virtud, mira!....
Son obstáculos eternos
Que entre yo y tú se interponen....
Dios mio!...ven que me muero!»

Al oir estas palabras,
Delirios de amor intenso,
Interrumpidas á veces
De suspiros y silencio,
Que revelaban de su alma
Los mas íntimos secretos,
Dejó la cama su esposo
La sangre en furor hirviendo,
Y echando mano á un puñal,
De su venganza instrumento,
Sin decir una palabra,
Los ojos chispeando fuego,
A herirla va.—De la luna

Penetrando los reflejos,
Por la ventana, bañaban
De Celia el rostro hechicero.
Entónce, y cual si pudiera
Manifestar sentimiento,
De su querida guitarra
Se tronzaron y rompieron
Las cuerdas todas repente,
Con son horrible jimiendo:—
Trémula, inmoble, al ruido
Soltó su mano el acero:
Desarmólo la hermosura
O quizá el remordimiento.
¿ Cómo no apiadarse al ver
Tanta belleza ? ¿ Aquel seno
Todo hechizos inefables ?
¿ Aquellos lábios risueños
Donde poco antes los suyos
Enajenados bebieron
Gloria indecible, torrentes
De dulcedumbre y contento?
¿Aquel ángel que fascina
Como serpiente aun durmiendo?
Dudó tal vez; mas miróla
Con tan espantoso ceño,
Con tan iracundos ojos

Que si à los suyos abiertos
Halláran, hubiera sido
Aquel su dormir eterno.
Y con un mar de pasiones
En el corazon soberbio
Salió de allí, como el que huye
De algun pavoroso espectro,
Que su espíritu conturba,
«—Pérfida Celia, diciendo;
Mujer pérfida, no esposa,
Yo descubriré el misterio
De tus amores. . .entónces!
Tiembla, como tigre fiero
Despedazaré tu vida. . .
Me gozaré en tu tormento. . .
Yo me hartaré con la sangre
De ese rival que detesto,
Despues que este puñal mio;
Vengativo y justiciero,
Ese tu adúltero amor
Vivo te arranque del pecho.»

VI.

Celia en vela y llorando vió la aurora.
Hermosa estaba;—palidez sombría,

Abatimiento, ajitacion interna
En su faz melancólica se pintan.
Las intensas pasiones así al rostro
Con señal indeleble estigmatizan,
Dejando en la conciencia lacerada
Rastro que no se borra, llaga viva,
Gusano roedor que nunca muere,
Noche llena de ensueños y tristísima.
No habiendo amado nunca, el fuego todo
De su robusta edad, vírjen ardia
Allá en su corazon secretamente,
Y se cebaba en él, y por sus fibras
Insufribles ardores derramaba:
Hasta que á impulso de pasion activa,
Como impetuosa lava reventando,
Devorase la trama de su vida;
Hasta que otra alma ardiente y amorosa,
Otra alma solitaria y peregrina
Por misterioso acaso penetrase
Los secretos de su alma enardecida.
Hallóla al fin cuando el destino quiso,
O su fatal estrella, y á sí misma
Se dijo alborozada: «Hélo, Dios mio!
El que yo ví en mis sueños noche y dia,
El que á mi amor tus juicios destinaron
Y me robó por siempre la desdicha;

Hélo el hombre que adoro» y desde entónces
Quedó clavada en él su fantasía.
Halló aquel corazon cuyos latidos
A los del suyo tierno respondian,
Aquel que para amar necesitamos
Y sentir las dulzuras infinitas
Que no es dado espresar á humana lengua,
Y que al mortal los ánjeles envidian.
Hallólo pero tarde, cuando á otro hombre
Indisoluble vínculo la liga.
Cuando la ley de Dios y de la patria
Perjura, infiel á su conciencia gritan,
Cuando amar era un crímen; y esta idea,
Ante la cual su espíritu se abisma,
Pone en lucha tremenda sus afectos;
Porque en él sin cesar, estaba unida,
Con la inefable imájen de sus sueños,
Y despierta ó durmiendo ver la hacía
El infierno con todos sus martirios,
El Eden del amor con sus delicias.

VII.

Un hombre el campo corria,
Corrria á la madrugada,
En un caballo tostado.

De la ajitacion de su alma
Viva imájen; una furia
Lleva asida en las entrañas,
Y en el corazon soberbio
Una víbora enroscada.
Él huye, él huye furioso
Y la espuela al bruto clava,
Que las crines sacudiendo,
Y echando espuma encarnada,
Bebe el anchuroso espacio,
Abre ufano nariz ancha,—
Corre, corre, vuela, vuela,
Se azora y la oreja para,
Siente en el hijar las puas,
Bufa, se encoje y se lanza,
Caracoleando, y de un salto
Zanjas y barrancos salva.
El correr dobla sus brios,
El aguijon le pone alas.
¿Dónde van bruto y jinete?
Dónde con presura tanta?—
El uno á su amo obedece,
El otro lleva en las ancas
Un demonio que le acosa,
Un demonio que le amaga
Y le grita: «Hiere, hiere,

Tu honor insensato lava.»
Él huye, él huye turbado,
Ni echa en torno una mirada,
Y en el aire enrojecido
Solo vé sombras que vagan.
Sangre le pide su honor,
Sangre pide su venganza,
Sangre balbuten sus labios,
Sangre su soberbia ajada.
¿Quién es?—de Celia el esposo.
¿De quién huye?—de su rabia,
De los vengativos celos
Que en su pecho se levantan.
Pero en vano, ellos le siguen,
El espíritu le asaltan
Y le gritan al oido:
«Muerte á la perjura que ama.»
Corre, infeliz, no te páres,
Vasto es el campo; erizada
Tu carrera está de abismos
Y de aguijones tu almohada;
No hay sueño, no, para tí,
No descanso para tu alma;
Que las manchas del honor
Ni aun con la sangre se lavan.

Sudando y lleno de polvo
Vuelve el esposo á su casa.
En los hijares del bruto
Brota sangre colorada,
Y el corazon de su dueño
Arde como viva brasa.
Y por corredor sombrío
Ciego penetra á la estancia
De Celia, á tiempo que triste
Su instrumento ella templaba,
Su vihuela que era su ángel.—
Ambos se miran y callan;—
Ella tiembla y palidece
Como si viera el fantasma
De la muerte aparecerse
Trayéndola una mortaja.
«Celia ¡que pálida estás!
¿Has pasado noche mala?
Tus ojos, Celia, han llorado
¿Podré yo saber la causa?»

«—Tu semblante, esposo mio,
Algo siniestro presajia...
Si he llorado fué por tí...
Oye una cancion que espanta

Los tristes presentimientos
Y las congojas aciagas.—»

Ven á mis brazos,
Esposo mio.
¿Porqué ese ceño
Triste y sombrío
Que da pavor?
Ven y descansa
De la fatiga,
De los cuidados;
Yo soy tu amiga,
Yo soy tu amor.

Mira! mis ojos
Por tí han llorado,
Toda la noche
Se han desvelado
Tambien por tí.
¿Por qué dejarme,
Esposo mio,
Si á tus enojos,
Ni á tu desvío
Causa no di?

«Basta, basta, Celia mia;
En tu voz y tus palabras
Hay un talisman oculto,
Hay una hechicera májia;
Y en los melífluos sonidos
De tu querida guitarra
No sé qué, que de mi sangre
La fiebre ardorosa calma;—
Gracias te doy, mi Sirena,
A tu vihuela doy gracias,
Ella merece tu amor...
Me voy à dormir, descansa.»

VIII.

Coronado de espléndida diadema
El luminar del dia se ocultaba
En mar de resplandores, y la tierra
Al quedar en tinieblas solitaria,
Absorta y congojosa parecia.
Ausente à la sazon de su morada
El esposo de Celia, y perseguido,
Acosado tal vez por el fantasma
Terrible de su honor; entre el bullicio

Olvidar sus ofensas procuraba;
Miéntras Ramiro á la inocente Celia
De su pasion funesta y temeraria
Declaraba el misterio con acentos
Tan llenos de ternura y de eficacia,
Que á la misma virtud conmoverian.
Celia fuera de sí, muda, ajitada;
Por contrarios afectos, ni podia
Repeler aquel hombre que idolatra,
Ni su amor revelarle; mas sus ojos
El secreto de su alma traicionaban.
Pero al fin le responde: «Huye, Ramiro,
Y respeta la paz de mi morada;
Ten piedad de mi estado; soy esposa,
El deber, el honor, una muralla,
Un abismo insondable han interpuesto
Entre mi amor y el tuyo, y la venganza....
La justicia de Dios nos está viendo...
Huye, Ramiro, y mi inocencia salva.»
«—Celia divina; el corazon me parte
Ese fiero rigor que á la constancia
De pasion indomable é infinita
Opone tu virtud; déjame, ingrata,
De amor hablarte por la vez postrera,
Déjame aquesta dicha soberana
De pensar en tu amor, ¿por qué tus ojos

Ante los mios puso la desgracia?
¿Por qué tu canto oyera y la armonía
De aquella tu dulcisima guitarra?
¿Por que no fuí insensible á tus encantos?
Oyelo y lo sabrás:—cuando dos almas
Nacieron para amarse, ellas se buscan,
Y hasta encontrarse sin destino vagan;
Pero ¡ah de ellas si tarde! porque entónces
En vez de glorias infortunios hayan,
En vez del Cielo Infierno; así, la mia
Buscó la tuya, hasta que en hora infausta
La encontró al fin; no quieras la maldiga,
No me quites, oh Celia, la esperanza,
No me quites tu amor, porque es mi vida;—
¿Negaria tu mano un poco de agua
Al mísero sediento, y tú me niegas
El inocente don de una palabra?
Pronuncie amor tu labio una vez sola,
O muera yo de amor pues inhumana,
Te gozas en mi mal:»—así Ramiro
Decia á Celia, y la elocuencia rara
De la pasion brotaba por su rostro.
¡Lenguaje misterioso que las almas
Comprenden en silencio! Y como absorto,
Colgado de su boca y sus miradas
Permanecia mudo. Ella mas tierna

Y con lánguidos ojos contemplaba,
Como engolfada en piélago de afectos,
Aquel hombre rendido allí á sus plantas,
Que era el Dios de su amor, á quien perjuro
Su débil corazon incienso daba,
Aquel amable seductor que tierno
Besa y estrecha sus ardientes palmas,
Aquel ánjel benigno que le ofrece
El tesoro de amor que ella buscaba,
Y la pide tan solo en recompensa
De esperanza y consuelo una palabra:
Y rendido á un hechizo misterioso,
Que sus potencias débiles enlaza,
Sentia desmayar su fortaleza,
De su esposo y sí misma se olvidaba,
Y su entreabierto labio parecia
Querer articular una palabra,
Palabra celestial que apenas osa
Pronunciar el pudor cuando mas ama.
Pero á la puerta asoma de repente
El esposo ofendido que velaba;
Ojos de fuego vibra aterradores
Sobre aquellos incautos, y se lanza
Como el tigre feroz sobre la presa
Con puñal que en su diestra arroja llamas,
A traspasar á Celia;—mas Ramiro

Al ver la arma siniestra se levanta
Lleno de indignacion; el fiero golpe
Detiene con su brazo y lo desarma;
Y al punto Celia cae, con ay ! profundo
Con ay ! del corazon que á entrambos pasma.
Y entonce ¡ oh Dios ! cual si armonía oculta
Existiera entre Celia y su guitarra,
Reventaron las fibras con violencia,
Y fúnebre suspiro, queja infausta
A par de ella exhalaron. ¿ Se heló acaso
El afectuoso pecho que arrancaba
A su forma insensible acentos vivos,
Y de su dulce voz cesó la májia,
Cesó con la de Celia ? Así es la vida,
Delicado instrumento que derrama
Torrentes de armonía, ecos sublimes
Al soplo de pasiones inflamadas;
Mas si ellas no lo animan, enmudece,
O exalando un suspiro se quebranta.



SEGUNDA PARTE

I.

Hay á mas del esterno que los sentidos palpan
Un mundo misterioso sin forma ni color,
Mundo que presentimos y que sin duda existe
Porque nos cerca y mueve su infatigable accion.

Un muudo de armonias, de fuerzas que difunden,
Fluyendo de la vida, la actividad do quier,
De ocultas simpatías, magnéticas influencias
Que obran bajo el imperio de inescrutable ley.

Cadena imperceptible que el ser al no ser liga,
La materia al espíritu y la natura al *yo*,
Y uniendo de las almas los intimos afectos,
En relacion nos pone con lo animado y Dios.

Eléctrica sustancia que al universo abarca,
Emanacion divina, espíritu sutil;—
Misterios son de un mundo que el ojo no percibe,
Y la razon en vano pretende concebir.

La voz de la conciencia á veces nos lo anuncia,
A veces lo adivina profeta el corazon,
A veces el poéta columbra sus prodijios,
Les da visible forma su soplo enjendrador.

¿ Por qué al mirar la luna, surcando majestuosa
En carro de zafiros el firmamento azul,
Cuando el aura embalsama el lecho donde el Plata
Dormita bajo pálio de transparente luz,

Estáticos probamos deleite indefinible,
Gozamos de la calma que reina en derredor,
Los ecos escuchamos de música inefable,
Vivimos de la vida que anima la creacion ?

Mil lenguas ella tiene, mil voces que nos hablan
Vagamente de gloria, felicidad y amor;
Su vida es armonia, y cada eco que exhala
Despierta en nuestras almas sonora vibracion.

¿ Porqué cuando se goza nuestro ánimo tranquilo
Fatal presentimiento lo viene á atribular,

Y el jemido lejano del corazon que amamos
Llega à turbar del nuestro la solitaria paz?

¿Por qué al ver la hermosura en rostro de quince años,
La sonrisa inefable del virjinal pudor,
Purificada el alma sentimos como si ella
Emanaciones puras transpirase de Dios?

¿Por qué nos arrebata la inspiracion del jenio,
Un acto de heroismo, de amor ó de virtud,
Y la belleza tiene tan poderosa màjia
Que à la vejez helada palpitar hace aun?

La vida es la armonía; nuestra alma un instrumento
Que vibra unisonante con la obra del Creador;
Pero se rompe fràjil y disonantes ecos
Exhala destemplada su solitaria voz.

Del instrumento entónces las fibras enmudecen,
O al aire dan en vano su lànguido jemir;
La vida es como antorcha que en medio de un sepulcro
Sin pábulo arde mústia para estinguirse al fin.

Celia es esa antorcha que arde
En solitario sepulcro,
Ese instrumento que exhala
Solo acentos jemebundos.

No ha muerto porque palpita,
Inarmónico y convulso,
El corazon que la diera
Dios para tormento suyo;
Pero ha muerto para sí,
Para los otros y el mundo;—
Ha muerto para sus ansias,
Para sus deleites puros,
Para sus vanas quimeras
Y sus desengaños crudos.
Si vive aun, es su vida
Bajel náufrago sin rumbo,
Que vaga á merced del viento
Por el piélago profundo.
Si vive aun, es su vida
Como la de esos arbustos,
De hoja mústia y verdi-negra,
Que no dan ni flor ni fruto,
Porque su seca raiz
No encuentra en la tierra jugo.
Si vive aun, es su vida
Sueño febril y confuso
Con paroxismos de calma,
Letargo de un moribundo;
Luz que agoniza y se aviva
De aüra fugaz al impulso.

Su labio, donde sonrisa
Fascinadora Dios puso,
Y melodías tan tiernas,
Hoy inespresivo, mudo,
Lívido está; y del silencio
Parece el marmóreo busto.
Si articula, son palabras
Vagas sin sentido alguno
Que nadie entiende, algun nombre
Desconocido y oscuro;
O si tal vez en su mente
Pensamientos importunos
Brotan, pasan y revuelven,
Y allí luchan en tumulto,
Como las olas del Plata
Cuando se ajita iracundo,
Nadie lo sabe;—si ve
En sus delirios nocturnos,
Negras horribles visiones,
Hondos abismos desnudos,
Nadie lo sabe, porque ella
Nunca lo dijo á ninguno.
Nadie sabe las tormentas,
Los devaneos confusos,
Las congojas y pasiones,
Ni los martirios agudos

Que aquella alma de mujer
Desgarráran uno á uno.

Pero los que la rodean
Dan respeto á su infortunio;
Porque en los pechos humanos
La compasion es un culto;
Y solo ven que su rostro
Está blanquecino y mústio
Como el lirio que arrancaron
Frívolas manos por gusto;
Que desgreñados ahora
Flotan sus cabellos rubios
Por su nevada mejilla,
Espalda y hombros ebúrneos:
Que ya no hay galas para ella,
Vestidos, joyas de lujo,
Tocador ni pasatiempos,
Risas ni saraos del mundo.
Y que aquel airoso cuerpo,
Cabizbajo y taciturno,
De albo ropaje vestido,
Lleva alto é inseguro
Do quier el pié; y ora absorta
Clava la vista en un punto,
Y allí está como atraida

Por algun prestijio oculto;
Ora al cielo la levanta,
Remueve el cuello desnudo,
Y otra vez el lento paso
Mueve sin designio alguno.
Solo notan en sus ojos,
Antes tan bellos y puros,
Como chispas que relumbran
Mirar fijo y vagabundo:
Y que de ellos brota á veces
Como por violento impulso,
Una gota transparente
De lava del pecho suyo,—
Lágrima que en su mejilla
Deja al caer vivo surco.
Solo saben que su nombre
Anda en la boca del vulgo,
Y que lenguas femeniles,
Dardos que hieren ocultos,
Cuentan que el esposo airado
La ha condenado á repudio.
Solo ven que la señala
Como criminal al mundo.

Pobre Celia ! la deshonra
A mas de horrible infortunio !

Pobre Celia! haber sufrido
El destino que te cupo
Con resignacion virtuosa,
Consagrado el amor tuyo,
Y tu juvenil belleza
A un esposo, al hombre adusto,
Que para tí no creara
Sin duda Dios; y en tributo
Hoy desdicha y deshonor
Sobre tí descarga el mundo;
Sin piedad aniquilando
Tu porvenir en su orgullo.

Y sin embargo ese crímen
No fué tal vez crímen suyo.
Su alma pura é inocente
Firme en su fé se mantuvo.
Quizá allá su fantasía
Ardientes deliquios tuvo;
Tuvo sueños insensatos
Y pensamientos impuros;
Quizá allá su corazon,
Vírgen y tierno, no supo
Amurallarse á la lengua
Del seductor importuno;
Quizá amó; pero el secreto,

Para mal é infierno suyo,
En sus entrañas ardientes
Lo enterró como en sepulcro.

Y ese crímen de conciencia,
Que juez implacable y justo
Lleva en sí mismo el culpable,
Necio lo castiga el mundo.

II.

Ramiro es infeliz; en sus entrañas
Raices ha echado la pasion vivaz.
La pasion insensata que debia
Rastro indeleble en su ánimo dejar:—
Ella le roe, y le consume el pecho,
Atiza en él abrasador volcan,
Le hace olvidar deberes sacrosantos,
Absorbe su vivir y actividad.
Si ántes tranquilo y delicioso sueño
Encontraba y placer en el hogar,
Hoy su lecho es un potro de tormento,
Su albergue un calabozo sepulcral.
Si antes la risa de su amable labio
Era para las bellas talisman,

Y en tertulias, festines y paseos
Sabia voluntades conquistar,
Hoy solitario, taciturno y triste
Asombro inspira, ó compasion no mas.
Si ayer noble ambicion, sueños de gloria
Alimentó su pensamiento audaz,
Hoy la ciencia y los libros menosprecia
Que refrijerio á su pasion no dan.
Si oyendo las aéreas armonías,
Cuando la luna derramando va
Su luz benigna en la dormida tierra,
Idealizaba el bien y la verdad;
Hoy la vasta creacion para él no tiene
Sino ecos de presajio funeral,
Que el mundo suyo es la mujer que adora
Y de ese Eden no gozará jamás.
Pero ansioso la busca y no la encuentra,
Desde aquel dia á entrambos tan fatal;
Pregunta en vano y nadie satisface
Su devorante amor y su ansiedad.
Do quier en tanto ánte los ojos suyos
Hermosa, viva, encantadora está,
Do quier á Celia ve, y sobre su pecho
La hoja brillar de matador puñal:—
Hierve entónce su sangre, y la venganza
Se levanta en su pecho colosal,

«Muerte, grita, primero al asesino,
Yo soy de Celia el ánjel tutelar.
Era su esposo, sí, y deleite torpe
Beber pudo en su labio virjinal;
Pero por él no palpitó su pecho,
Ni su alma pura poseyó jamás.—
Ella es mia, lo sé. ¿Quién á mi anhelo,
Quién oponerse á mi pasion podrá?
Yo la quiero, ella me ama, muera el necio
Que nuestro amor pretenda separar.»

Y contra un imposible va á estrellarse
Este impulso de su alma criminal,
Como se estrellan en erguida roca
Gigantes olas de bravío mar.
Y frenético va, viene, se ajita,
Corre las calles de la gran ciudad,
Monta á caballo, é impresiones nuevas
Frenético dó quier buscando va.

Pero en vano procura el insensato
La fiebre de su espíritu calmar,
Envolverlo en el vértigo y fatiga
Del movimiento activo corporal,
Si dó quier, á toda hora, cada dia
Hierve en sus venas la pasion voraz,

Y su querer jigante va á estrellarse
Como en la roca el tempestuoso mar.

Y así de pasiones lleno
De deseos temerarios,
Para aturdirse un momento,
Monta una tarde á caballo.
Era una tarde de aquellas
Deliciosas de verano,
Cuando el viento de la Pampa
Templa del calor los rayos;
Y á las orillas del Plata
Trae las aromas del campo;—
Cuando el aire es tan vital
Tan transparente y liviano
Que espansion indefinida
Parece quiere elevarnos,
Y deseos infinitos
Brotan en la mente y vagos:—
Cuando la vida rebosa,
Hierve en todo lo animado,
Y fermentan las pasiones
En el corazon lozano.
Y en esa tarde Ramiro,
En un tordillo bizarro,

Por la calle de *Barracas* [1]
Cruzaba á galope largo,
Envuelto en nube de polvo
Que levantaban los cascos
Del animal que fogoso,
Impaciente como el amo,
Anchas narices abria
Para sorberse el espacio.
Grupos varios de jinetes,
Damas á pié ó cabalgando,
Arboledas, caserías,
Todo atrás iba dejando
Ramiro, sin que un momento
Nada pudiera distraerlo;
Porque en su mente hormiguea
Informe, pero animado,
Un mundo.—Lleva el sombrero
Sobre la vista inclinado,
Porque lastima la luz
Su ardiente pupila acaso,
O porque ella de la noche
De su espíritu es sarcasmo;
Pistoleras al arzon,

1. Barracas—Nombre de una vasta calle de paseo poblada de hermosas quintas, que conduce al riachuelo del mismo nombre, en cuya orilla hay desde tiempo inmemorial grandes almacenes para depósito de cueros, llamadas en el pais Barracas.

Frac azul, pantalon blanco
Lleva, y espuelas que dán
Jigante brio al caballo.
Pronto el puente de Barracas
Atravesó galopando;
Prendió al bruto las espuelas
Y tomó por suyo el campo,
Nada detiene la furia
De su correr, ni pantanos
Ni barrancas, ni bajíos;
Nada á su ardor pone espanto,
Que ciego va y al destino
Desafia temerario
Quien para luchar con él
Tiene voluntad de mármol.
Y así que sintió en los brios
Del noble bruto desmayo,
Llegó á una quinta cercana,
Sin designio meditado,
Cuando el sol plácidamente
Se escondia en el ocaso.
Ató al palenque [1] la brida
Del animal trasijado,
Y subió por escalones

1. Palenque – Pequeña estacada de gruesos maderos trabados horizontalmente, en la cual se ata la soga ó la brida del caballo. Los hay jeneralmente á la entrada de toda casa de campo.

Hasta el caserío vasto.
De alto cuerpo y bella vista,
Sobre un terraplen fundado,
Donde á la sazon no había,
Al parecer, sino criados.
Al pisar allí, un recuerdo
Atravesó como dardo
Por su mente; aquella quinta
Era, aquel sitio encantado
Donde por primera vez
Vió de Celia los encantos,
Donde la dicha perdió
De sus juvelines años,
Bajó el terraplen de nuevo
Y hácia un bosque de duraznos,
No muy distante de allí,
Se encaminó á lento paso;
Luego entró á una angosta calle
De álamos copudos y altos,
En cuyo estremo flameaban
Del sol los últimos rayos.
De hojas secas y de flores
El suelo estaba regado,
Y mezclando su fragancia
Las mosquetas y los nardos,
Y las rosas se mecian

En sus ramas y sus tallos.
Pensativo se detiene,
O camina á lento paso,
Que el aroma de las flores
Le tiene como embriagado.
Aquí ó allí despues nota
En el tronco de los álamos
Cifras de amor que amadores,
Felices tal vez grabaron,
Y algunas borradas ya
Por haber crecido el árbol.
« Frájiles memorias son
Que al pasar necios dejamos,
Creyendo vivirán mas
Que nuestros amores vanos.»
Dijo para sí y camina
Pensativo y ajitado
Hasta llegar al estremo
De la calle, por do manso
El Riachuelo [1] se desliza
Del gran Plata tributario.
Sombrean su fresca orilla
Viejos sauces agobiados,

1. Riachuelo—En español es nombre jenérico de todo pequeño rio; en Buenos Aires apelativo de la única corriente que por las cercanias de esta ciudad desagua en el Plata. Tambien le llaman riachuelo ó rio de Barracas.

Jóvenes retoños suyos,
Acacias, higueras y àlamos...
....
....
Allí en la grama se sienta,
Y sobre el codo apoyado
Vé delante que, al pasar
Las aguas remolineando
Pliegues y círculos forman
En la honda olla de un remanso;
Y que hojas, ramas y peces,
Cadavéricos y blancos,
Envuelve allí el remolino,
Se hunden y salen flotando,
Para volverse á perder
En el remolino manso,—
—«Asi son mis esperanzas,
Mis deseos insensatos,
Y las pasiones que bullen
En mi pecho temerario—
Hervidero de agua viva
Que hondo abismo vá tragando...»
Pensó Ramiro. Del sol,
En el horizonte claro,
Brillaba aun transparente
La diadema de topacios,

Y el crepúsculo en la tierra
Iba lento derramando
Aquella luz misteriosa,
Aquellos tintes opacos
Que á los objetos imprimen
Contorno indeciso y vago.
Las auras quietas dormian
En sus aéreos palacios,
Todo era calma y silencio,
Todo misterio aquel cuadro;
Todo armonía y reposo
En aquel sitio encantado,
Do solo á veces se oía
Del agua el murmullo blando,
De la tórtola el arullo
O el jemido solitario.....

III.

Ramiro entónces sintió
Bajar refrijerio á su alma,
Participó de la calma
Que reinaba en derredor;
Y por la primera vez

Miró serena su mente
Su desventura presente,
Lo insensato de su amor.

«Manso rio ! quién dichoso
De tu fortuna gozára !
Del animado reposo,
De tu amena soledad !
Quien viera correr su vida
Como la tuya serena,
Por una márjen florida,
Libre de la tempestad !»

«Yo tambien feliz vivia
Cuando Dios quiso, y creaba
Mi risueña fantasía
Sueños de felicidad:
Yo tambien gozaba ayer
De esa tù calma que envidio,
Porque hoy con la furia lidio
De jigante tempestad.»

«Sin duda Dios, en mal hora,
Me dió indómitas pasiones,
O de locas ambiciones
Jérmen fatal puso en mí;

Por que hoy abriga un infierno
Mi cabeza, donde lucha
Lo mundanal y lo eterno
Con ardiente frenesí.»

«¿Por qué la vi? Porqué al verla
Nació en mí un incendio al punto?
Por qué vi en ella un conjunto
De perfeccion ideal?
Por qué funesto destino
La puso ante mí tan bella,
Para que incauto por ella
Sintiese amor criminal?»

«Criminal sí, lo confieso,
Lo conozco, pero tarde;
Por que ¿quién la lava que arde
Puede apagar del volcan?
Quién desarraigar del pecho
Esta pasion que me absorbe,
Y de ella solo en el orbe
Hace centro de mi afan?»

«Harto pago mi delito,
Si fué delito el quererla,
Si ciego ingnoraba al verla
Fuese de otro la mujer;

Harto lo pago si doy
El reposo de mi vida
A una esperanza mentida
A un amor que no ha de ser. »

« ¡ Oh naturaleza bella !
Yo comprenderte sabia
Cuando entre tu alma y la mia
Vivo concierto existió;
Pero hoy instrumento mudo
Eres para mí, y no puedo,
Cuando de mí mismo dudo,
Concebir tu vida yo !

« Centro creador de armonía,
En el gran todo, y señor
El hombre me parecia
De este sublime jardin;
Pero hoy enigma sin nombre
Me parece el universo,
Donde en tinieblas el hombre
Marcha ignorando su fin.»

«Así yo incierto divago,
Sin una luz que me guie,
En pos de algo que sonrie
A mi ardiente corazon;

Y cuando sondo en mí mismo
Horrorizado y diluso,
Solo descubro un abismo
De muerte y tribulacion.»
Estos y otros pensamientos,
Como recuerdos amargos,
Por la mente de Ramiro
Rápidamente pasaron...
Era la noche; adios, dijo,
Adios al riachuelo manso,
Y se fué hasta el caserío
Pensativo y cabizbajo.

IV.

Serena estaba la noche,
El firmamento estrellado,
Y aromas puros traía
Fresca la brisa del campo.
Ramiro en el corredor
Del caserío, sentado
En un gran sillon vetusto
De gusto anterior á Mayo; [1]

[1] De gusto anterior á Mayo.

En Mayo de 1810 se inauguró en el Plata la revolucion de la Independencia. Antes de esa época muebles, trajes, modas, todo era de gusto severamente español; despues de ella, el comercio libre trajo al país objetos labrados al gusto de otros pueblos europeos, y el gusto del país en materia de cosas de ornato y comodidad se fué modificando y mejorando sucesivamente.

Puesta la mano en su frente,
Su codo firme en el brazo,
Cavilaba, revolvia
En su espíritu ajitado
Quizá planes de venganza,
Pensamientos temerarios.
Do quier su pasion hallaba
Invencible algun obstáculo,
Y crecia como crece
Torrente que no halla paso,
Y rebosa y se desploma
Todo en su furia arrasando.
Y veia desde allí,
Alzando la vista á ratos,
Brillar luces vagabundas
O eclipsarse en el espacio;
Y oía el ronco chillido
De los grillos y los sapos,
El graznido repentino
De los vijilantes gansos,
El balar de alguna oveja
O el relincho de un caballo,
Cuyos disonantes ecos
Confundidos y mezclados,
Una música formaban
Capaz de poner espanto

Al hombre ménos dispuesto
A sueños de visionario.
Y en esto que allí Ramiro
Proseguia cavilando,
Una criada de la casa
De pelo y rostro africano,
Que cariño le tenia,
Vino y le dijo despacio:

«Mi amito ¿qué no se acuesta?»
—No, todavia es temprano.—
«Temprano, y las once ya
En el Cabildo sonaron!»[1]
—¿Se han oido?—
«Si, señor,
El Norte está ahora soplando.»
—Si serán, pero yo estoy
Esta noche desvelado.—
«Mi amito; ha visto la luz?[2]

1 ¡Temprano, y las once ya
En el cabildo sonaron!

En la torre del edificio donde en otro tiempo se congregaba la municipalidad ó cabildo de Buenos Aires está el reló de la ciudad, cuya campana cuando sopla el viento del Norte se oye á mas de legua hácia el Sud. El viento Norte en el rio de la Plata produce conjestiones cerebrales y predispone el ánimo á los sueños y fantásticas visiones.

2 Mi amito, ¿ha visto la luz?

Amito—Espresion de cariño y respeto con que denominan los criados de color á los hijos de sus amos y en jeneral á toda persona jóven que no es de su clase.

Luz—Nombre que dan en el Plata á las exhalaciones fosfóricas ó fuegos fátuos. La gente vulgar y preocupada se imajinan que son ánimas en pena de personas asesinadas ó muertas sin confesion.

— ¿Qué luz ? —
« La que anda vagando
Allí en el potrero viejo [1]
En las noches de verano. »
— ¿ Que luz es esa ?—
Es el alma
De un hombre que allí matáron. »
—Vete, tonta, esos son cuentos
Que forjó algun visionario.—
« No, mi amito, es realidad.
El marido era hombre malo
Y allí dió de puñaladas,
Un dia que andaba arando,
Por celos de la mujer,
Al peon quintero del amo; [2]
Y desde entonces allí anda
La ánima suya penando;
A las once se aparece,
Y ya las once sonaron;
Por eso á esta hora ninguno

1 Allí en el potrero viejo

Potrero—Estension de campo zanjeada para encierro y pastoreo de caballos; cuando se destina á siembras ó se abandona se llama potrero viejo. Son lugares adonde naturalmente abundan luces ó fuegos fátuos.

2 Al peon quintero del amo

Peon quintero—Jornalero que trabaja en la labranza de la quinta. Amo—el dueño y señor de casa y servidumbre,

Se atreve á andar por los álamos.
Ni á mirar;—yo voy ahora
A rezarle mi rosario.»

Dijo y se fué, y en la silla
Quedó Ramiro abismado:
Que aquellas palabras eran
De su conciencia presajio,
Recuerdo horrible para él
De cosas que le pasaron.
Y en el cuento de la tia[2]
Siguió Ramiro cismando,
Y continuaba el chillido
De los grillos y los sapos,
Y las[3] linternas brillantes
En la oscuridad vagando.
La luz, ardiendo en la sala,
Vertia trémulos rayos
En el corredor oscuro,

Por eso á esta hora ninguno
Se atreve á andar por los álamos

La calle de álamos por donde Ramiro se paseó esa tarde pasaba contigua al potrero viejo, lugar donde aparecia la luz; por cuyo motivo ningun morador de la quinta se atrevia de noche á cruzarla ni mirar hácia ese rumbo.

2 Y en el cuento de la tia

Tia—Lo mismo que negra vieja.

3 Y las linternas brillantes

Linternas—Insectos fosfóricos de luz intermitente y alijeros que abundan en las noches serenas de verano. Son las luciérnagas de España.

Triste, silencioso y largo,
Donde Ramiro tan solo
Cavilaba desvelado.
Entró á ella, y una vihuela
Tomó allí de sobre el piano,
Volvió á su asiento y despues
De preludiar un buen rato,
Cantó aquella melodía,
Tierna y de eficaz halago,
Que llorar hace á las bellas,
Y en el alma deja rastro:
—El desamor, ó el jemido
De un corazon solitario—
Y se quedó pensativo,
Con la guitarra en la mano.

Oyó entónces un ruido
Aproximarse liviano;
Miró y vió ¡ horrible vision !
Al resplandor de los rayos
Que salian de la sala,
Acercarse un bulto blanco
De esbelto y airoso talle;
El cabello desgreñado
Y en trenzas por las mejillas
Y por los hombros ondeando.

Y Ramiro en el sillon
Se quedó petrificado.

Y el bulto llegó pasito,
Y se paró allí á mirarlo
Cara á cara, sonriendo;
Y en su bello rostro blanco
Sus ojos fascinadores
Brillaban como dos lámpos,
Que en los de Ramiro fijos
Poder ejercian májico.

Y Ramiro en el sillon
Lo via petrificado.

Y aquel bulto de mujer
Alzó su nevada mano;
Un dedo lleno de anillos
Puso en su marchito labio,
Y le dijo: «¡ Calla ! Calla !
Mira ! me han traido al campo,
Porque en él crecen las flores
Y las flores se han secado.»

Y Ramiro en el sillon
La oia petrificado.

—« Oye, la lechuza chilla,
Su grito es de mal presajio....
Dicen que ayer los amigos
Al cementerio llevaron
Su cadáver; pero su alma
Anda por aquí penando;
Porque hermana es de la mia:
Su voz me llama y su canto.—»

Y Ramiro en el sillon
Lo oia petrificado.

Rezále alguna oracion;
Los muertos no son ingratos;
Los muertos tienen memoria,
Los vivos olvido y llanto.

Yo me voy á recojer
Flores para él por el campo.»

Y aquel bulto de mujer
Todo vestido de blanco
Se perdió en la lobreguez
Del corredor solitario.

Y Ramiro en el sillon
Quedó inmoble y desmayado.

V.

[illegible] aquella noche
Fué [illegible] y [illegible]
[illegible] apariencia.
De [illegible] mujer que [illegible]:
[illegible] y [illegible]
Y [illegible] la [illegible] vez.
[illegible] los corazones
Que penetran misterios del amor.
Pero jamás de la memoria suya
El recuerdo terrible se borró
De aquella noche borrascosa y triste
De aquella vaga y funeral vision.

TERCERA PARTE.

I.

La vida del esposo es un misterio
Desde que á Celia sorprendió y Ramiro;
Nadie en las calles divisó su rostro,
Ni tampoco le vieron sus amigos.

Su casa ántes alegre y concurrida,
De la abundancia y de la paz asilo,
Que hacian mas risueño y agradable
De una bella mujer los atractivos,

Hoy solitaria está, siervos y criados,
De triste ceño y ademan esquivo
La habitan solo, y su esterior refleja
La tristeza que reina en su recinto.

Si alguno por sus amos les pregunta
Solo responden:—«para el campo han ido,»
A importunas preguntas dan silencio,
Su labio no revela lo que han visto.

Se eclipsó el sol de la morada aquella,
De ella por siempre se apartó el hechizo;
Cayó el Dios tutelar que la escudaba
Como un ánjel rebelde en el abismo.

Que la sonrisa de mujer hermosa,
De su voz tierna el singular prestijio,
Cuando el amor en él une las almas
Convierten el hogar en paraiso.

Pero en aquel hogar si hubo contento
No bajó al corazon enardecido
De la infeliz mujer que en torno suyo
Lo derramaba sin cesar benigno.

Todos allí gozaban; el esposo,
Los esclavos, los deudos, los amigos
Su simpático amor: todos la influencia
De su amable virtud y su cariño.

Solo ella era la víctima inocente
Condenada á perpetuo sacrificio;

Solo ella era infeliz porque no amaba
Al hombre á quien la uniera su destino.

Por eso pronto huyó de aquel albergue
A par de ella el contento fujitivo,
Y se alejó el esposo que en infierno
Lo encontró de repente convertido.

Aquel techo lo abruma, no respira
Sino ambiente letal en su recinto;
Parécele que jigantescas voces
« Huye, le gritan, de este hogar maldito. »

Y que escucha estruendosa carcajada
En las salas sonar del edificio,
Como si burla á su impotente rabia
Hiciese á su dolor jenio maligno.

Allí ve el nupcial lecho, viudo ahora,
Donde apuró deleite indefinido,
El sofá do con ella reposaba,
El tocador, sus joyas y vestidos.

Allí vé su retrato; do quier rastros
De la mujer que amó y ama ofendido;
El jardin donde juntos se recreaban,
Las flores que atraian su cariño.

Por eso huye de allí, que esos objetos
Hieren su corazon en lo mas vivo,
Su vergüenza le pintan é infortunio,
Le recuerdan la dicha que ha perdido.

Y á veces le parecia
Que del hogar doloridos
Se levantaban mil ecos
Agrios á reconvenirlo,
Y le decian «¿qué has hecho,
Insensato, en tu delirio,
De la mujer que fué siempre
Anjel de tu hogar benigno?
¿Porqué nos privaste de ella,
De su sonrisa y cariño,
Corazon de duro bronce,
Hombre del cielo maldito?»
Entónces á pesar suyo
Siente el pecho enternecido,
Y una lágrima de fuego
Brotar, y un hondo suspiro;
Porque pasion desbocada
Lo arrastró á ese precipicio,
Donde caerán despeñados
Celia tambien y Ramiro:

Que en una misma balanza
Pesó el cielo sus destinos.
Pero en las calles el rostro
Del esposo nadie ha visto,

Porque él en cada mirada
Creeria hallar un testigo,
Un juez en cada conciencia,
En cada lengua un indicio;
Que le increpasen tremendos
Su deshonra ó su delito.
Ni quiere dar que reir
A los corazones frívolos,
O que el sarcasmo lo aceche
Para lanzarle sus tiros,
O que al pasar por la calle
Levantándose maligno,
Algun dedo lo señale
Diciendo:— « allí va el marido. » —

Por eso se oculta y marcha,
Bajo el velo del sijilo,
Revolviendo en su cabeza
Mundo de ideas sombrío.
En tanto en el corazon
Lleva su dolor esquivo,
Y su impotente venganza,

Y su furor escondido;
Y no encontrará solaz,
Sueño en su almohada tranquilo,
Hasta que haciendo esplosion
Muerte fulmine ó castigo.

Que la pasion vivaz irrealizada,
Aunque vea delante horrible abismo,
Vela febril, infatigable marcha
Jigantesca y tenaz á su designio.

II.

Hay horas de silencio y de recojimiento
En que dormida el alma cansada de afanar,
En que la ardiente lucha del corazon se calma,
Y replega sus alas el pensamiento audaz.

En que ébrios los sentidos, la carne adormecida
De nuestro yo conciencia, ni del mundo esterior
Tenemos, ni las formas ni los colores vemos,
Ni los ayes oimos, ni el terrenal clamor.

Despiertos no sentimos, entónces, ni pensamos,
Tan solo vejetamos, vivimos sin vivir;

No hay ansias, ni deleites, ni locas ambiciones,
De las pasiones cesa la ajitacion febril,

Entónces no sufrimos, ni tampoco gozamos,
Porque latente yace la actividad del ser,
Porque si vuela el tiempo para nosostros raudo,
El peso de sus alas no abruma nuestra sien.

Dichosos, si durasen las horas de ese sueño
Como duran y vuelven las del sueño comun;
Pero ah! que ellas no tienen para curar el alma,
Ni darle refrigerio balsámica virtud.

Es el vértigo fatal
Que del ánimo se ampara
Cuando el corazon convulso
La sangre à torrentes lanza,
La embriaguez del sentimiento,
O aquella aparente calma
Que sigue á las convulsiones,
De la pasion desbocada.
Y en este estado Ramiro
Se mantuvo en su morada,
Horas felices para él,
Si una eternidad duráran.
Cayó rendido al embate

De impresiones tan estrañas,
De tan violentos afectos,
Su voluntad temeraria;
Pero despertando al fin
Mas robusta se levanta
Para oponer al destino
Su jigantesca pujanza.
Entónces en su memoria
Tomaron forma animada
Las escenas de la quinta,
Cuanto allí vió y escuchara.

«Ella era, ella era, se dijo,
Y no su apariencia vana
La que vi; de ella sin duda
Las misteriosas palabras.
Y la infeliz me cree muerto
A manos de la venganza
Del esposo, piensa en mí,
Me busca, me llora y me ama.—
Y por mi amor ha perdido
La razon, y voces vagas
Aquella boca divina
Solo inarmónica exhala.
¡Dios mio! Dios mio! otorga
El temple del bronce á mi alma,

Ilumina mi razon,
Porque la pasion me arastra.
¡ Ella infeliz por mi amor,
Y en el campo abandonada !
Su nombre en lengua del vulgo
Que al infortunio disfama !
Oh ! mi cabeza se pierde
De este mar en la borrasca:—
Muerte al esposo asesino !
Víctima inocente, aguarda.»

Y con estos pensamientos
Una noche de su casa
Salió Ramiro á deshora,
Envuelto en su oscura capa.
Tenebrosa era la noche
Como la noche de su alma,
Y alguna estrella divisa
Entre las nubes que pasan.
Iba ciego; una, otra calle
De la gran ciudad cruzaba,
Revolviendo en su cabeza,
Ora memorias amargas,
Presentimientos de muerte,
O colosales fantasmas:
Iba donde misterioso

Su destino lo llevaba;
A realizar el ensueño
Que persiguiera con ansia,
A descifrar el enigma
De sus locas esperanzas;
O á buscar la luz divina
De la estrella solitaria
Que entre las nubes sombrias
Se ocultó de la borrasca.
Tenebrosa era la noche
Como la noche de su alma,
Y con rapidez Ramiro
Cruzaba las calles largas;
Y al pasar, en la saliente
Reja de antigua ventana,
Tropezó, y lo distrajeron
Los sones de una guitarra.
Paró el oido:— una voz
Sonó dentro mustia y vaga
Que lo mas hondo y sensible
Conmovió de sus entrañas.
Era una voz de mujer,
De esas que salen del alma,
Y misterio ó infortunio
Al que las oyen presajian:
Y reclinado en la reja
Oyó que la voz cantaba.

Ayer habia
Flores muy bellas
Mas todas ellas
Mústias están;
Buscar es vano
Frescas ahora,
Porque en mi mano
Se secarán.
La brisa pura
Del campo es grata,
Y la natura
Bella es allí;
Mas se acabaron
Brisas y olores
De lindas flores,
¡ Pobre de mi !

Y al pronunciar la voz mústia
Estas últimas palabras,
Un hombre alto, que emponchado
Cerca de Ramiro estaba,
Clavando en él rato hacia
Ojos que relampagueaban,
Se acercó y le dijo adusto:
«—¿ Qué haces aquí ?—»
Una mirada

De sarcástico desprecio
Ramiro arrojó á su cara,
Diciendo; «quien atrevido
Hace pregunta insensata
Merece que le responda
Tan solo una bofetada.»

«—Defiéndete, seductor,
Que te busca mi venganza—»
Replicó el hombre, sus ojos
Despidieron viva llama;
Y sobre Ramiro al punto
Descargó una puñalada.
Este ya herido, hácia atras
Dió un salto, y lleno de rabia,
Para defenderse echó
Al brazo izquierdo su capa,
Y tiró un puñal que siempre
A la cintura llevaba,
Esclamando:—«yo tambien,
Asesino, te buscaba.»

Y ambos instintivamente
A media calle se lanzan,
Y en la oscuridad se buscan
Con fosfóricas miradas.
Ramiro ájil como jóven,

La hoja que brilla acerada,
De su enemigo desvía,
O envuelve diestro en la capa;
Y recula y se defiende,
Que de su sangre villana
Echar en su nombre puro
No quiere imborrable mancha;
Pero él lo acosa y lo estrecha,
Con infatigable saña,
Y su afan viendo burlado
Mas se irrita y se agiganta
Su furor, y el brazo alzando
Sobre Ramiro se lanza,
A tiempo què este en un poste [1]
De la vereda se traba;
Y el acero vengativo
El hombro izquierdo le alcanza.
Herido otra vez Ramiro,
Como la serpiente hollada,
Antes que el otro se mueva,
Con rapidez instantanea,
Va sobre él, y el puñal todo,
En la tetilla le clava...
Dá un ay! recula, vacila;

1. Postes--Maderos clavados verticalmente en el veril de las veredas de las calles de Buenos Aires.

Y se desploma de espaldas
El hombre aquel, esclamando,
Con voz ronca y destemplada:

«— Venciste, vil seductor,
Muestra á tu Celia adorada
Ese puñal donde escrita
Está mi muerte y su infamia;
Pero recuerda que fuiste
Tú el autor de su desgracia,
Y que hasta el infierno mismo
Te seguirá mi venganza.—»

III.

Y Ramiro al huir horrorizado
Sintió del morimundo las palabras
Resonar como trueno en sus oidos,
Y hacer eco una horrible carcajada,
Y allí entre las tinieblas parecióle
Divisar una forma sobrehumana,
Un ánjel ó demonio vengativo
Con voz tremenda repetir:—«Venganza!»
Y ciego y aterrado entró corriendo

Por la puerta fatal de aquella casa,
En cuya reja, seductor oyera
El sonido fugaz de una guitarra;
Y en medio de un salon se encontró luego
Que una luz vacilante iluminaba;

Y vió salir de lóbrego aposento
Una mujer con vestidura blanca,
Suelto el rubio cabello y estendido
Por el pecho de nieve y las espaldas,
De mirar vago, y macilento rostro,
Porte de noble reina destronada:
Ramiro quiso huir, pero no pudo;
Una fuerza invencible sus piés traba,
Un májico poder lo paraliza,
Y sus potencias todas avasalla:
Su corazon no late, no respira,
Inmoble está como marmórea estátua.
Y de aquella mujer la ardiente vista
Sobre la suya atónita se clava,
Y al mirarlo sonrie cariñosa;—
Se acerca mas y mas, la mano pasa
Por su frente y sus ojos, cual si entonce
De letárgico sueño despertára;—
Parece conocerle; en su faz bella
De íntimo gozo la espresion resalta,

Cual si la vida suya al estinguirse
Sus espíritus todos concentrara;—
Va á abrazarle, y al punto retrocede
Atónita , convulsa, horrorizada;—
Su inefable sonrisa se disipa,
Brota en sus bellos ojos una lágrima,
Palidez cadavérica en su rostro,
Agonizante brillo en su mirada;—
Y se desploma al suelo, así esclamando:
«¡ Sangre, Ramiro, criminal te mancha ! »
Y al mismo tiempo que cayó se oyeron
Las cuerdas reventar de una guitarra,
Y al eco disonante y moribundo
Respondió una estruendosa carcajada.

Lo que sintió Ramiro aquella noche,
Lo que pasó por su alma atribulada
Solo Dios lo sabrá; que á bosquejarlo
De labio humano la espresion no alcanza.

CUARTA PARTE

I.

En la gran capital del Argentino,
Donde arrulló su vida la fortuna
Lisonjera y feliz desde la cuna,
Nadie á Ramiro en adelante vió;
Nadíe supo si en climas estranjeros,
Léjos del bello y afamado Plata,
La estrella suya le sonriera grata,
Ni adonde el infortunio lo llevó.

Mucho se habló del crímen, la malicia
Tal vez por bajo pronunció su nombre,
Pero quedó la muerte de aquel hombre
Envuelta en misteriosa oscuridad:
Unos á error ó vengativa saña,
Otros á la maldad lo atribuyeron,

Y comentarios mil sobre él se hicieron,
Mas nadie descubrió la realidad.

Si el fin de Celia lamentable y triste
Alguna luz á la justicia diera;
O si el rastro de sangre descubriera,
La mano criminal no alcanzó á ver;
O si la vió, tal vez herir no pudo,
O pensó cuerdamente que el castigo
No es para el que luchando al enemigo
Alevoso y tenaz supo vencer.

Mucho se habló del crímen pero pronto
Se perdió su memoria; y el olvido,
De la esposa infeliz y del marido,
Los restos confundió en un ataud;
Tal vez alguno pronunció sus nombres,
Y una lágrima pura y elocuente
Dió ofrenda religiosa solamente
De Celia desdichada á la virtud.

Ramiro, en tanto, en estranjera nave
Las crespas ondas de la mar surcaba,
Y al destino fatal abandonaba
Resignado su vida y porvenir.
¿Que le importan las ansias de la tierra?
La embriaguez de su gozo y sus pasiones?

Qué le importan sus locas ambiciones?
Los combates y lauros del vivir?

¿Qué le importa el vivir, si ya la vida
De encantos juveniles vé desnuda,
Si ya en su mente jerminó la duda
Y se secó la flor de la ilusion?
Si ya à los diez y ocho años ha sentido
Lo mas acerbo del dolor mundano?
Si en sus raptos sublimes tocó ufano
El límite ideal de la pasion?

¿Si el demonio fatal del desengaño
El mundo cadavérico le muestra,
Y en premio al lidiador en la palestra
Solo ofrece dolor y un ataud?
Si en cada flor encontrará una espina,
En cada senda un hondo precipicio,
Si la vida es perpetuo sacrificio
Y un ensueño febril la juventud?

¿Si rayo de infortunio inesperado;
Aniquilando el jérmen de su dicha
A su atónita mente ha revelado
Abismo de pasmosa realidad?
Si su jóven, ilusa fantasía
De brillante, ideal, místico mundo

Deslumbrada cayó en el cieno inmundo
Donde tode es miseria y vanidad?

Allí sus esperanzas se estrellaron,
Sus bellas ilusiones se perdieron,
Y exhalando un jemido, en él se hundieron
Los partos de su hermosa juventud;
De esa feliz edad en que posible
Todo creemos, cuando el alma incauta
Se lanza en su espansion indefinible
A rejiones de gloria y beatitud.

Y el desengaño ahora con su soplo
Hiela el foco vital de su entusiasmo
Y hace burla con hórrido sarcasmo
De su imprudente y necia candidez;
Le echa en rostro su loco desvarío,
Los quiméricos raptos de su anhelo.
Y en su pecho de jóven vierte el hielo
De la impotente y mísera vejez.

Su corazon ardiente está cerrado
A las dulces y tiernas emociones;
Ya no exhala sonoras vibraciones,
Ya no siente, ó es mudo su sentir;
Indiferente al goze y la alegría
Parece por su rostro, donde asoma

Del triste desengaño la ironía,
Al traves de apacible sonreir.

Su corazon herido es un sepulcro
Donde yace por siempre sepultado
El recuerdo vivaz de lo pasado,
De su funesta, indómita pasion;
Si alguna vez sobre su jóven frente
Nubes esparce ó palidez sombría,
Vuelve, gusano de insaciable diente,
A devorarlo con igual teson.

II.

Del mar sublime, entre tanto,
La ajitacion ó la calma
Al penoso afan de su alma
Suelen alivio traer;
Y su jigantesca voz
Pasiones altas y vivas
Que dormian inactivas
Iba en su seno á mover.

Él, que la amó desde niño,
Viendo en toda su grandeza

Allí á la naturaleza
Grande tambien se sintió.
Y se dijo, meditando,
«Donde voy ? porqué camino ?
Cuál es del hombre el destino ?
Qué haré de la vida yo?»

« La vida ! sin duda, Dios
Con algun fin me la diera,
Pues á cuanto creó impusiera
Un destino y una ley;
Y grande y digno ser debe
Que concreta la natura
El de la noble creatura
En su cabeza de rey. »

« Pues que vivir es preciso,
Burlando al dolor, vivamos !
A nueva esperanza abramos
El corazon juvenil;
Tal vez hallemos la fuente
De refrijerio y de calma
Donde amortigue la mente
Su ambicion loca y febril. »

«Vivamos ! que es cobardía
Solo de ánimo mezquino

Doblar la frente al destino,
Y resignado jemir;
Luchemos, si hemos nacido
Para luchar en la tierra,
Si es perpetua y dura guerra
La condicion del vivir.»

« Animo, pues, adelante !
Corazon mio, marchemos !
Tal vez rayos columbremos
De bien y felicidad:
Que vencedor ó vencido,
En la terrenal palestra,
Es do el hombre ejerce y muestra
Su grandeza y dignidad. »

III.

Ramiro los dolores de la vida,
Los arcanos profundos no ha sondado
En toda su estension; bella y florida,
Vista al traves del prisma iluminado

De la edad juvenil le pereciera,
Cuando en amor y fé su pecho ardiente

Rebosaba dichoso y altanera
Todo allanaba su ambiciosa mente.

Cuando esplayando su voraz deseo
Por el vasto jardin de la natura,
Cada objeto anhelado era un trofeo,
Un manantial perenne de ventura.

Pero arancando el desengaño un dia
La venda misteriosa á su confianza
Le mostró con sarcástica ironía
La tumba de un amor y una esperanza.

Entónces vió las flores de la vida
Marchitarse y caer hoja por hoja,
Y su alma atribulába y confundida
Por la primera vez sintió congoja;

Sintió intenso dolor;—desnuda y fea
Columbró la espantosa realidad,
Y empezó á presentir su ilusa idea
Que todo bajo el sol es vanidad.

Porque la vida es intrincada ciencia
Que penetrar la juventud no puede;
Patrimonio fatal de la esperiencia
Al tiempo solo sus verdades cede.

O mas bien es un libro misterioso
Que revela al mortal en cada dia
Un desengaño amargo y doloroso,
Y su postrer arcano en la agonía.

De ese libro uua página leyera
Los ojos al abrir de la razon;
Por eso la esperanza renaciera
En su jóven y ardiente corazon.

Por eso audaz, aunque el dolor le oprime,
Ambiciones en sí sintiendo estrañas,
Vá á buscar esa incógnita sublime
Que encierra el porvenir en sus entrañas.

Mas no lo mueve amor de la belleza;
Yerta está esta pasion; otras mas hondas
Hierven confusamente en su cabeza
Como en el mar las incansables ondas.

Pasó para él ia edad de los amores,
De las frívolas ansias y placeres;
Porque apuró congoja y sinsabores
En el labio fatal de las mujeres.

Hoy anhela sondar su inteligencia
La natura, y el hombre y la verdad,

Y en las jigantes obras de su ciencia,
En su vida estudiar la humanidad;

Hoy si es vana la ciencia, ver procura,
Si el error es del hombre patrimonio,
Si del progreso suyo y su cultura
Ha dejado en los siglos testimonio.

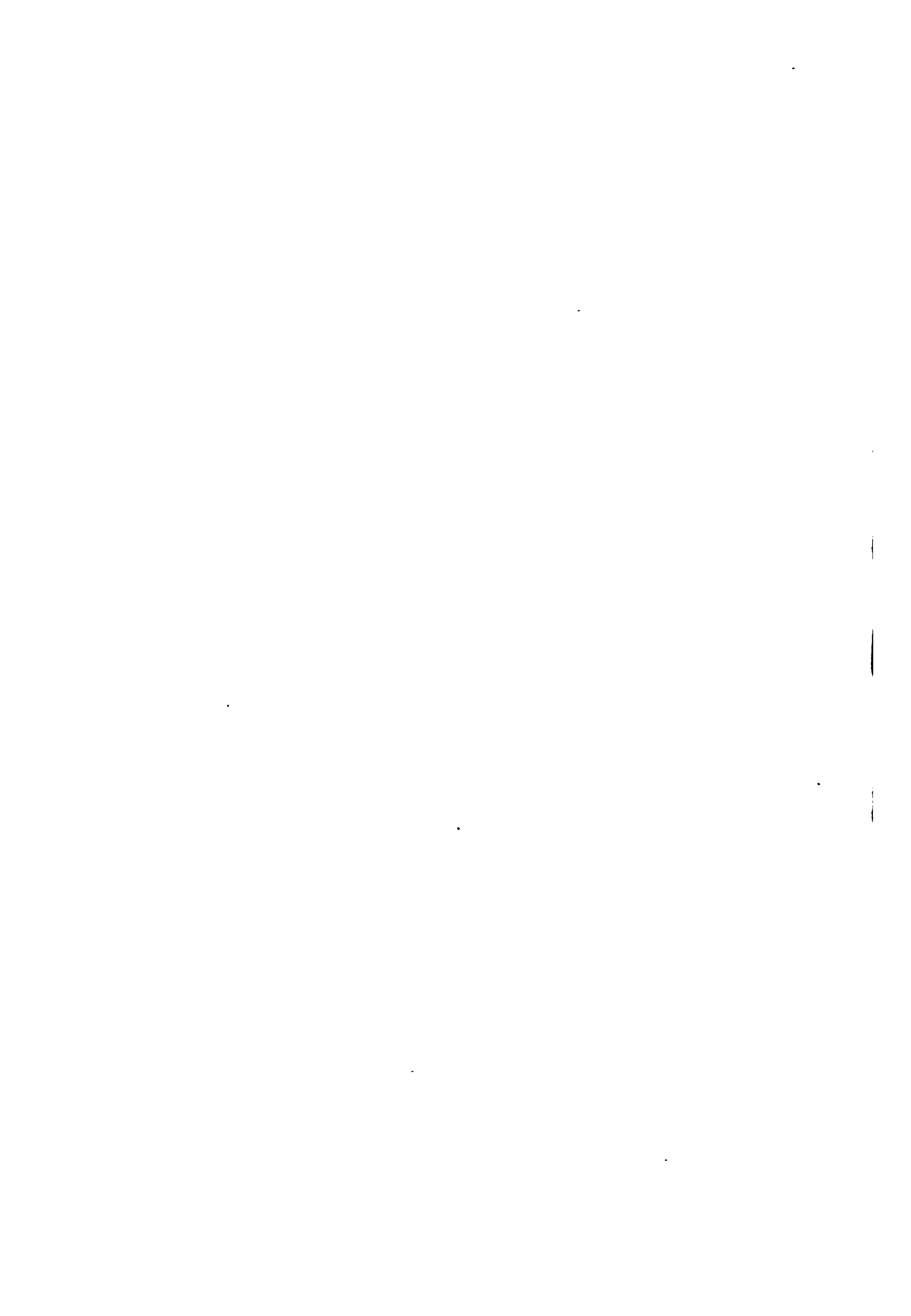
Si el àrbol de la ciencia es el de vida,
Y el fruto suyo el inefable bien;
O si la muerte en él está escondida
Como en el bello y tentador Eden.

Quién sabe si el bien alto encontraria,
La lumbre que buscaba su razon,
Si recobró la paz y la alegría
Su triste y borrascoso corazon.

Si en la rígida escuela de los años,
Del pensamiento noble en el labor
Otra cosa aprendió que desengaños,
Recogiera otro fruto que dolor.

O si ya libre de congoja y luto,
Al volver á su patria, rico en ciencia
De la ilustrada Europa y esperiencia
A ofrecerla su amor y su tributo,

Perdió toda esperanza; y lanzaria,
Viéndola agonizar entre las manos
De imbéciles y bárbaros tiranos,
Maldicion de despecho en su agonía,



INSURRECCION DEL SUD

DE LA

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

EN OCTUBRE DE 1839 (1)

A la memoria de **Castelli**, **Cramer**, **Rico**, **Marques**, **Lastra**, **Valdes**, **Ramos Mejia** y demas patriotas de la insurreccion del Sud que alcanzaron gloriosa muerte combatiendo por la libertad de su Patria, dedica este recuerdo

EL AUTOR.

Señor Editor del Comercio del Plata.

Me complaceria V. insertando en su Diario el adjunto Canto consagrado al mas notable y glorioso acontecimiento de la historia Argentina, despues de la revolucion de Mayo. Considero tal la insurreccion del Sud, porque en ella el sentimiento popular se sublevó espontáneamente contra la tiranía, sin que lo atizase ni esplotase el espíritu de partido: carácter de justicia y de legitimidad que no tuvo ninguno de los sacudimientos anárquicos que han despedazado y ensangrentado á nuestro pais hasta aquella época.

Escrito la mayor parte de él en mi estancia al norte de Buenos Aires, á medida que allí me llegaban las vagas relaciones del pueblo, mezcladas con los falsos rumores que Rosas hacia divulgar, hube de dejarlo inacabado hasta tanto adquiriese informaciones exatas sobre el suceso y me hallase en situacion de publicarlo.

En Septiembre de 1840, la retirada del Ejército libertador, habiéndome puesto en la necesidad de emigrar por el Paraná, con lo encapillado, quedó en un pueblo de campo este canto entre otros papeles; los que, gracias á la cintura de una señora muy patriota, lograron escapar de las rapaces uñas de los seides de Rosas y llegar á mis manos cuando los consideraba perdidos y los tenia olvidados.

Revisando poco ha el manuscrito, me pareció bosquejar con colores propios la situacion de Buenos Aires en aquel entónces y espresar algo del repentino entusiasmo y de la noble indignacion que produjo en los patriotas la nueva de la insurreccion y el funesto desenlace que le preparaban los traidores, por cuyo motivo me determiné á darlo á la prensa.

Solo hay de nuevo en él la descripcion del combate de Chascomús y el trozo final, que he colocado en lugar de otro relativo á mi posicion esepcional entonces, cuya publicacion no hallo oportuna. Todo lo demas, salvo algunas correciones, fué escrito en aquellos dias.

Hubiera deseado encabezar este Canto con una noticia histórica de la insurrecion, pero temiendo menoscabar por falta de datos positivos el interés y la importancia de aquel grande acontecimiento que tanto honra á nuestro pais, hallo por conveniente reservar ese trabajo para mejores tiempos, y agregarle por via de esclarecimiento algunas notas y los únicos documentos relativos que he podido encontrar en los periódicos del tiempo.[1]

Su servidor muy atento.

ESTEVAN ECHEVERRIA.

Montevideo, Enero 28 de 1849.

---

1. Los *Documentos* se incluirán en la parte de las obras en prosa del Señor Echeverria que formarán un volúmen separado. *Las notas* van al fin de este poema.

INSURRECCION DEL SUD.

I.

Llora, Patria querida; los soldados
Los héroes, los patriotas esforzados
Que independencia y libertad te dieron.
O con su espada conquistar supieron
El laurel inmortal en cien batallas
Hoy en tu desamparo no los hallas,
Al puñal asesino unos cayeron
O en el campo de honor, do tu tirano
Lema de muerte y de baldon ha inscrito;
Otros gimiendo por tu mengua en vano
Comen el pan amargo del proscrito,
Y el alto premio de alabanza y honra
Destinado por tí á los triunfadores
Los infames lo usurpan, los traidores
Que labran tu desdicha y tu deshonra.

De ellos el poder es, de ellos el fruto
De quince años de gloria y de combates;
Para ellos ¡ oh baldon ! diste tributo
De riqueza y de sangre, á los embates
Oponiendo del mal serena frente;
Y para ellos tambien libertadora
Su indomable bandera
Flameó sobre la helada Cordillera,
En el Norte y el Sud, y un Continente
La proclamó ante el otro vencedora.

Llora, Patria querida;
Huérfana, viuda estás y desvalida,
Esclava y sin honor; la mano impura
De un enjambre de bárbaros se goza
En destrozar tu rejia vestidura,
Tu corona de lauro,
Y en la torpe embriaguez que lo alboroza
De tus mejores hijos las cabezas
Corre á ofrecer al fiero Minotauro.

Oh destino fatal ! quién te diria,
Cuando á vista del mundo
La victoria ceñia
A tu jovén, robusta y bella frente
La corona de reina independiente,

Que al lado de tu trono
La tumba de tu honor se cavaria
Y que sierva otra vez se encontraria
La que enseñó á ser libre á un continente;

Eres reina destronada,
Eres madre desolada,
Lágrimas, oprobio y luto
Han sido el amargo fruto
De tu gloria y tu poder.
¿ Quién lavará la mancilla
Que te desdora y te humilla ?
Quién vengando tus injurias
Te salvará de las furias
Del mónstruo á quien diste ser ?

¿ Quién enjugando tu lloro
Te dará dicha y decoro ?
Los que á tu pecho se crearon,
Los que de Mayo heredaron
El patriotismo y valor;
Los que, si inermes el dia
De tu duelo y tu agonia
Libertarte no pudieron,
Ni traidores te vendieron
Ni mancillaron su honor.

Hélos, la infame librea
De sangre que los afea
De pie arrojando en Dolores,
Tus rozagantes colores,
Oh Patria ! alegres vestir;
Y desplegar altanera
Tu pisoteada bandera
Tan temible á los tiranos !
Jurando heróicos y ufanos
O libertarte ó morir.

Y con risueño semblante,
Con aliento de jigante,
Voz, potencia irresistible,
Dar á la trompa terrible
De la santa insurreccion;
Y de su heróica bravura
Retumbar por la llanura
El libertador estruendo,
Inflamando, conmoviendo
Todo noble corazon.

Helos, ¡ oh Patria ! en Dolores,
De pie á tus libertadores,
Rememorando la gloria
De los héroes de tu historia
Para emular su virtud;

Invocando el dogma mismo
Que predicó su heroismo
Entre el humo y la metralla
De los campos de batalla
Por las rejiones del Sud.

Buenos Aires, salud! llegó tu dia,
Alza la noble y orgullosa frente,
Que en su triunfo insolente
No logró quebrantar la tirania;
Alza y mira gozosa
Tu bandera gloriosa
Flameando por el sud; robusto el brazo
De tus mejores hijos la sustenta;
Prepárate á la lucha
Y el éco grande redentor escucha
De los qne vienen á vengar tu afrenta,

II.

El sol de otro Mayo brilló, compatriotas,
Llegó el dia grande de la Libertad;
No hay ya en nuestra tierra tiranos ni siervos;
Iguales y hermanos sus hijos serán.

Astuto el tirano sembró la discordia
Que darle debia renombre y poder;
Subió por el crimen, sacrílego hollando
Justicia, derechos y patricia ley.

¿Y acaso ser pueblo juró el Argentino
Ni en grandes batallas venció al español,
Prodigó su sangre, conquistó trofeos
Para ser juguete de oscuro opresor?

Bravos milicianos, que al poder lo alzasteis
Y en premio el azote de esclavos sufris;
Empuñad la lanza si quereis ser libres,
Si quereis vengaros nuestra voz oid.

Cinco mil patriotas nuestras filas cuentan,
Dó el rico y el pobre la mano se dan;
Todos como iguales, todos como hermanos
A una voz repiten «Patria y Libertad.»

Soldados ilusos, nobles veteranos
Que no habeis manchado vuestro nombre aun,
Arrancaos del pecho la infame librea,
Marca que revela vuestra esclavitud.

Venid donde os guarda laureles la gloria,
Venid donde os llama la voz del deber,

Donde el pueblo libre la patria bandera
Del polvo levanta por segunda vez.

¿ Dejareis hollarla por ese que quiere
Sus bellas conquistas usurpar traidor ?
Por ese que bruto las luces proscribe
Y enfrenar pretende la revolucion ?

¿ Por ese que acata los viejos errores
Do España fundaba su vano poder ?
Por ese tirano que á Mayo detesta
Por que nunca supo combatir por él ?

Nuestros nobles padres nos dieron un dia
Fecundo de gloria, rico en porvenir,
A los hijos nuestros legar hoy debemos
Otro que corone su grandioso fin.

Marchemos unidos á la gran conquista
De la bella patria que Mayo entrevió;
Su vasto programa contiene y señala
Del pueblo argentino la grande mision.

Marchemos unidos: del necio tirano,
La fábrica aérea de un soplo caerá;
No habrá mas esclavos; seremos un pueblo
Si jigante nace la fraternidad.

III.

La cautiva ciudad en su conflicto
Oye en silencio el grito
De redencion cruzar; y le parece
Sueño no mas, y duda y se estremece.
Pero impotente está; brazos ni lengua
Sus infames verdugos le han dejado;
Callar, sufrir y devorar su mengua
Y sus hierros morder solo le es dado.
Empero enajenada
Vuelve inquieta mirada
A los fecundos campos de Dolores
Donde sus hijos libres
Enarbolan de Mayo los colores.

Su marcha triunfal es, dó quier ardientes
Los saludan mil vivas elocuentes;
Dó quier revienta el anatema santo
Que hace temblar de espanto
Al tirano y los siervos que lo adoran;
Y libres los en antes oprimidos,
A caballo, en tropel por la llanura
Cruzando, á sus hermanos se incorporan

De un pensamiento salvador movidos.
Chascomus que debia[a]
Primero saludar su bizarría,
Los recibe tambien despedazando
La divisa sangrienta y los pendones
Simbolos de discordia y tirania,
Y al horizonte echando
Buenos Aires mirada lisonjera
Con ansia convulsiva los espera
Y les tiende los brazos
Por la verga y el hierro hechos pedazos.

Menguada Buenos Aires ! en tí el monstruo
Que abortó la anarquia,
Cebó diez años su implacable saña
Porque fuiste entre tantas escojida
Para dar á los pueblos nueva vida
Y vertiendo de luces un torrente
Brillabas como el sol en el Oriente:
Te odiaba como España,
Porque marchaste de la lucha al frente.
Empero sus esfuerzos no lograron
Eclipsar tu esplentor sino un momento
Y labrar el sepulcro
Del gótico edificio que en herencia
Los antiguos tiranos nos dejaron.

Ya asoma un astro de mejor fortuna
Y se levanta audaz el pensamiento
Derribando los ídolos caducos
Que exhumar quiso su impotente mano:
Tendrá en tus playas su gloriosa cuna
El progreso social americano.
Van á abrirse esas cárceles odiosas,
Inmundo receptáculo del crímen,
Donde tus hijos inocentes jimen
Y prueban cada dia la amargura
De una nueva tortura
De un suplicio infernal. Pero ah! que muchos
Allá en la oscuridad do los hundieron
A vista de los otros infelices
Alevemente asesinados fueron
Y sus míseros ayes
No hallaron compasion sino en las víctimas
Que igual destino sin cesar temieron—
En su hogar de repente ó en las calles,
De las armas mortíferas oian
El estruendo fatal tus ciudadanos,
Y temblando, *otra víctima*, decian,
Sin poder socorrer á sus hermanos.

Qué noble corazon no sufrió ultrajes!
Qué familia no llora

El bárbaro suplicio
De algun deudo ó amigo ó compatriota !
Cuánta madre del hijo sin ventura
No lamenta el horrible sacrificio !
Mil vidas que tuviera
El tirano feroz, no bastarian
A rescatar la sangre que vertiera,
La sangre de varones, blason tuyo,
Que mirabas ¡ oh Patria ! con orgullo.

¿ Quién evitar tu mísera caida,
Tu castigo ejemplar podrá, insensato ?
¿ Acaso esa caterva envilecida
A quien diste los premios y galones
Que reservó la Patria á sus campeones ?
¿ Acaso esos traidores de alto rango
Que necios ó cobardes prefirieron
La túnica de siervos, y en el fango
La corona del pueblo te pusieron ?

¿ Donde estan los soldados aguerridos
Que á oponer su valor y su pujanza
Irán hoy á la lanza
De los libres unidos ?
¿ No ves à tus satélites, transidos
Ya de terror, huyendo
Del rayo popular ante el estruendo ?

¿ Qué haces, tirano, que haces ?
De la oscura terrífica guarida
Donde siempre alimentas
Del crímen y el encono
Tu abominable vida,
Por qué no sales una vez y al frente
De tu tropa de esclavos te presentas
A conjurar la tempestad aciaga
Que tu cabeza amaga
Y vencer ó morir como valiente ?
Pero ah ! que eres cobarde, eres pequeño,
Pequeño aun para el crímen; como el lobo
Astuto espias de la presa el sueño,
O clavas de sus seides en el robo
Tu garra fiera ó tu iracundo ceño.

¿ Cuándo aquellos ilusos campesinos
Que á la suprema silla te encumbraron
Y hoy piden tu cabeza arrepentidos,
En la primera fila te encontraron ?
Siempre detrás te vieron,
Atizando la guerra que debia
Darte poder y aciaga nombradía.
¿ Dónde venciste á aquellos veteranos
Campeones de la Patria esclarecidos,
Cuya gloria mirabas con envidia,

Ni qué lauro ganaron tus villanos,
En el campo de honor siempre corridos?
¿Cuándo un triunfo debiste á tu coraje?
Nunca, infame, jamás; liga monstruosa
Hiciste con las hordas del salvaje
Para oprimir tu patria antes gloriosa:
Tus armas favoritas siempre fueron
El crímen, la perfidia, el vandalaje.

Baja, tirano, ya de ese tu trono
Do tienen solo asiento
La cobarde acechanza y el encono;
Sonó la hora fatal de tu castigo,
Llegó la hora fatal de tu escarmiento.

IV.

Confiada en su valor y su fortuna,
En tanto, á orillas campa
De la hermosa Laguna [3]
Que legó á Chascomus su nombre pampa,
Legion de mil patriotas, y allí espera
Se le unan como hermanos
De Tapalquen los tercios veteranos, [4]
Para llevar en triunfo su bandera

A Buenos Aires, donde
Su miedo y rabia el Minotauro esconde.
Oh confianza fatal ! ¿ quién les diria
Que su sepulcro alli se cavaría ?

¿ Que haceis ? ¡ Alerta, incautos ciudadanos ?
Audacia, sí, perseverante audacia
Os dará la victoria; hoy que el destino
De la Patria teneis en vuestras manos
No vacileis; osad; vuestro camino
Proseguid ¿ qué esperais ? ¿ cómo en balanza
De la patria poneis la causa hermosa
Con la palabra astuta y mentirosa
De esos que un dia abominable alianza
Con el tirano hicieron
Y á su oro inmundo el pundonor vendieron ?
¿ Cómo puede ligarse el lodo impuro
Con el diamante cristalino y puro ?
¿ Qué haceis, qué haceis, incautos ?
A caballo, á caballo y sin tardanza
Tirad del sable y empuñad la lanza;
Que esos que os prometieron
En fé de hombres de honor unir su diestra
Contra el tirano á la amistosa vuestra
Y que esperais vosotros como hermanos,
Ministros de su furia son villanos;

Alerta ya Patriotas vencedores,
Que escondido en el seno
Traen el fiero puñal de los traidores.

Pero ah ! que de los bravos la nobleza
Nunca temió ni pérfida impostura
Ni cobarde vileza.
Patriotas sin ventura,
Os perdió la confianza
En vuestro propio brio y fortaleza;
Os perdió el generoso pensamiento,
El patriotismo puro que os movia:
Pensasteis que no habria
Hombre sin corazon, alma traidora
A la causa del pueblo y que un esclavo
Ya no quedaba al opresor sangriento;
Se engañó vuestra noble bizarria,
Y crecieron los males de la Patria
Que hoy vuestra suerte y su infortunio llora.

V.

Era la noche y dormia
Sin temor ni sobresalto
A orillas de su laguna

Chascomus, pueblo afamado
Por sus fértiles llanuras
Y sus ricos hacendados.
Dormia, ebrio de emociones
De patriotismo exaltado,
De esperanzas y de ensueños
De libertad temerarios.
De banderas bicolores
Todavia engalanados
Se mostraba en la llanura
Como radiante palacio.
Donde el festin y la danza
De darse acaban la mano
Y el bullicio y la alegria
A su capricho reinaron.
Dormia quieto, las horas
De su sueño regalado
Con el recuerdo indeleble
De los sentimientos gratos
De las hondas emociones
Que poco ha lo enagenaron,
Cuando á sus libertadores
Diera el fraternal abrazo,
Y pisoteando ya libre
La divisa del tirano
Se engalanara soberbio

Con los colores de Mayo,
Sin sospechar que su gozo
Pudiera trocarse en llanto
Ni desparecer mañana
Sus sueños de hoy tan lozanos.
Duerme y no despiertes nunca,
Chascomus infortunado,
Si no quieres ver proscritos
Tus mejores ciudadanos,
Ni ultrajadas tus mujeres,
Ni tus hogares saqueados,
Ni tu laguna teñida
Con noble sangre de hermanos,

El sol de noviembre asoma[5],
Sol para la patria infausto
Y halla alegre como nunca
De los patriotas el campo.
Aqui gritos, allá voces
Se oyen ó algazara y cantos
O descompasadas risas,
O relinchos de caballos.
Unos van, los otros vienen,
A pie, al trote ó galopando,
Este ensilla, aquel enfrena,
Muchos arrojan el *lazo*

Sobre el bruto ó la tropilla
Que anda en derredor pastando.
Y entre las picas y lanzas
Enclavadas por el mango
Verticalmente en la tierra,
En cuyas cruces flameando
Se ven cintas, banderolas
Teñidas de azul y blanco,
Los mas sobre los *aperos* [6]
O la gramilla sentados
O de pié fuman, matean, [7]
Formando círculos varios
En torno de anchas fogatas,
Cuyos vapores opacos
Al remontarse en el aire
Espirales dibujando,
Cortan en varios matices
Del sol los primeros rayos.

El eco de los clarines,
En tanto, á ensillar tocando
Poco á poco se incorpora,
Se conmueve todo el campo;
Hierve á oladas, y bien pronto
La perspectiva variando,
Todo es alli movimiento,

Ruido de armas y caballos,
Tropel, tiros, esplosiones
De alegria y entusiasmo.
Vuelve á sonar el clari n.
¿ Que podrá ser ? ensillados
Los bridones todavia
No se ven; pero llamando
A formar linea el clarin
Infunde algun sobresalto.
Mal armados ó bisoños
A combatir preparados
No estan los mas, pero tienen
Aquel valor temerario
Que inspira el amor de patria
A corazones hidalgos.
Ni temen que haya enemigos
Que los esten acechando,
Ni traidores que los vendan,
Ni satélites esclavos,
Que el pundonor sacrifiquen
Y la patria á su tirano.

A medida que se alistan
Uno en pos de otro entre tanto,
Los escuadrones patriotas
Van á la línea llegando.

Allí está Olmos el valiente
Con sus diestros milicianos
Y Marquez con los jinetes
Que del pueblo libre trajo;
Y Castelli el escojido [9]
Del pueblo para mandarlos,
En un *parejero* altivo
De cuerpo y correr de gamo
Que en momentos de conflicto
Lo sabrá poner en salvo:
Y Cramer, frances de origen, [10]
Distinguido veterano
Que peleó con San Martin
Por la bandera de Mayo.
Y entonces, como si hubieran
Permanecido emboscados,
Por la espalda de los montes
De Chascomus asomaron
Grupos, filas, pelotones
De ginetes colorados,
Quienes en línea y al trote
Venian sobre su campo.
La alarma cunde al momento
Vuelan órdenes en vano
Para que á su puesto acudan
Los que no lo han ocupado.

Unos dudan, otros piensan
Sean libres milicianos,
Otros los de Tapalquen
Que estan con ansia esperando.
Ellos eran, mas siniestro
Amenazante presajio
Es que no haya voz alguna
Su aparicion anunciado.
Allí venia la Escolta,
Rejimiento veterano
Con su negruzca coraza,
Gorra en manga de azul paño,
Su tercerola y su lanza,
Su espuela y corcel bizarro,
Y por delante su gefe
Granada, el traidor villano[11],
Cuyo vil nombre quisiera
Dejar la musa olvidado
En el abismo de infamia
Del precito ó del esclavo,
Para no manchar con él
La pureza de su canto.
Tambien los carabineros
Vienen en brutos ufanos
Con su gorra y camiseta,
Su chiripá colorado.

Y detrás un grupo de Indios
De aspecto horrible y aciago
Con sus picas y melenas,
Su poncho grana flotando.[12]
Y otros hasta mil jinetes,
Cuyos bultos encarnados
Moviéndose al horizonte
Como nubarron infausto
Que luz rojiza destella,
Parecen al observarlos
O sayones del infierno
O verdugos de un tirano.

Silenciosos, en un cuerpo
Se adelantan, sin embargo,
Mas bien que como enemigos
Cual pacíficos heraldos.
Mas de repente en columna
Se escalonan á lo largo,
Guerrilla de tiradores
A su frente destacando.
Cramer entonce y Castelli
Que los estan observando,
A medida que al encuentro
Marchan los suyos al paso,
Ardiendo en ira y coraje

Con voz de trueno esclamaron:
« Traicion ! traicion, compañeros !
Siervos son del vil tirano:
Viva la patria !— à la carga:
Vencer ó morir matando.»
Y al frente de la columna
Que se conmueve, gritando
Viva la patria ! á una voz,
Uno y otro espada en mano
Contra el pérfido enemigo
A galope se lanzaron.

VI.

La tierra se estremece
Bajo los duros callos
De dos mil ajilísimos caballos,
Y su temblor retumba
Como trueno lejano
Azorando à los brutos por el llano,
De los sables y lanzas el crujido
Hiriendo el aire zumba,
Y à galope tendido
Las columnas se estrellan, vomitando

Vengador y terrífico alarido,
Como oleadas del mar que impele el viento
Se entrechocan coléricos bramando.
Rotas aqui y alli el choque violento,
Se detienen, se cruzan ó se enroscan
Como enormes serpientes
Que divide en cien partes el hachazo,
Y luchan y reluchan brazo á brazo,
Sacudiendo las armas relucientes.
Gritos, voces de mando,
Bufidos, manoteo de bridones,
Tropel, estridor de armas, maldiciones:—
Todo ruido se mezcla y se confunde
En uno atronador, que divagando
Por la inmensa llanura se difunde.
Mas, voces cien—«Victoria por la patria !
Viva la libertad ! Muera el tirano !»
Repiten, y cubriendo
Larga estension de llano,
Se ven á escape huyendo
Enjambres de jinetes colorados,
Dispersos y acosados
Por la enemiga lanza.
¿ Quiénes son ?—No lo veis ? Son los traidores!
Huyen de la venganza
De los nobles patriotas vencedores.

Delante va su gefe, el digno hermano
Del cobarde tirano;
Y la verguenza y la pavura viendo
Que su esterior denota,
Cien leguas van ante ellos esparciendo
El pánico terror de una derrota.[13]

Tiembla de Rosas como nunca entonce
El corazon, à la piedad de bronce
Pero al miedo de cera; y su cuadrilla
De chacales, temblando,
Con faz desencajada y amarilla
Cruza, como implorando
Compasivo perdon, toda teñida
De sangre fratricida;
Mientras con ansias batallando estrañas,
El entusiasmo patrio enardecido
Circula amenazante y comprimido
De la martir ciudad en las entrañas.

El campo de batalla silencioso
Y desierto ha quedado
En tanto, y lastimoso
Uno que otro jemido
Solo divaga en él de algun herido
O algun agonizante infortunado.
Pero, ah! que entre los muchos que han caido

Para no alzar jamás la noble frente,
Yace Cramer el jefe intelijente
Cuya pericia militar podia,
Subyugar la victoria en aquel dia,
Y Marquez el valiente miliciano
Qua la bandera maya
Levantó en Chascomús contra el tirano.
La izquierda de los libres, entre tanto,
Huye herida de espanto,
Muerto ya su caudillo, hácia Dolores,[14]
Donde bullendo cual volcan enhiesta
La insurreccion su formidable cresta,
Y creciendo en prestigio y en renombre
De Rico popular descuella el nombre:[15]
Mientras á opuesto lado
Los del centro y derecha vencedores
Persiguen con teson al destrozado
Enjambre de satélites traidores,
Quienes sembrando van en su pavura
Gorras, armas, dó quier por la llanura.

Tranquilo, sin embargo,
Un grupo de jinetes salamente
De blanquiazul divisa
Con aire ufano pisa
La arena del combate, mudamente

Pregonando victoria, y lanza alguna
De enemigo bizarro su fortuna
A disputar no viene ¿quién lo manda?
Funes el gaucho astuto, de nefanda
Triste recordacion.[16] Libertadores
Que volveis tan ufanos
El lauro á recojer de vencedores,
Alejaos, alejaos, que en vez de hermanos
Os esperan alli nuevos traidores;
Clavad la espuela al trashijado bruto,
Vano es lidiar y de la Patria el luto
Redoblar sucumbiendo.
Pero en fatal desórden pelotones
De libres escuadrones
Por diverso camino apareciendo
Se acercan á galope, ó lentamente
Llegan uno tras otro. Y de repente
Suena el clarin, nuevo tropel estalla
En el tranquillo campo de batalla
Do se cruza el fulgor de los aceros,
Rehecho un escuadron de coraceros
En triunfo vuelve á hallarlo; la cabeza,
Hiergue Funes traidora
Viva Rosas! gritando
Y los colores patrios arrojando,
Lo que imitan los suyos con presteza;
17

Al paso que en tumulto y con estruendo
Sus crines y sus picas sacudiendo,
Y lanzando salvajes alaridos,
Del tirano feroz dignos aliados,
Los hijos del desierto apercibidos
Cargan sobre los libres, que acosados
De improviso se ven como leones
Por enjambre de picas y bridones.

Entonces del dèbil el brazo desmaya,
Del fuerte revienta con furia el valor,
Y à hierro ancha via se traza de fuga
O matando muere con gloria y honor.

La derrota empieza; ginetes, caballos,
Por el verde llano cruzan en tropel,
Caen unos, caen otros, tras ellos relucen
Los sables y lanzas que no dan cuartel.

A la ancha laguna, que à espaldas estiende
Su orilla sembrada de verde juncal,
Grupos fujitivos à pié ó à caballo
Se arrojan luchando con ansia mortal.

Y alli los persigue la jauria de dogos
Que husmea su sangre con saña feroz,

Y allí en sus honduras se sepultan vivos
Por salvar su cuello de martirio atroz.

Los bravos, los fuertes con mala fortuna
Perecen luchando por la libertad,
Los otros huyendo llevan á Dolores
Presajios de muerte, viudez y orfandad.

¡ Oh dia nefasto ! Oh dia de gloria !
Oh dia de luto, de sangre y de horror !
¡ Cuán triste á la patria será tu memoria !
Cuántas esperanzas perdió ella en tu albor !

Fama es que Chascomus desde la orilla
De la vasta laguna horrorizado
Contempló la matanza y resignado
Tendió el cuello indefenso á la cuchilla.

Mísero pueblo ! nunca,
Cuando la horda salvaje
A nuestros campos sin defensa alguna
Desolacion traia,
Dió cebo en tus despojos
A su instinto rapaz ni á sus enojos;
Mas compelida al crímen y al pillaje
Por compatriota infame aliado suyo,
Como empresa segura, hoy con orgullo
Clava en ti ya sus avarientos ojos.

¡ Oh Chascomus, incauto y sin ventura !
Si te hallabas inerme en la llanura,
Armas debiste hacer de los ladrillos,
De los árboles, piedras y cuchillos,
De los endebles brazos
De tus hembras y niños y varones
Y caer combatiendo hecho pedazos
Entre escombros y llanto y maldiciones,
Antes que consentir que la lujuria
Del hijo de la pampa se cebase
En el honesto hijar de tus esposas
O el pudor de tus virgenes manchase;
Antes que su cuchillo y fiera lanza
Sirviendo de instrumento á la venganza
Del tirano y su turba de traidores,
Como mansos corderos degollase
A tus ricos y honrados moradores.

VII

La nueva á un tiempo, en tanto,
Del triunfo y la derrota
De la lejion patriota
Llega volando á la infernal guarida

Do se esconde el feroz liberticida
Rodeado de asesinos que hacen gala
Del premio que por sangre les regala,
Y entonce en sí del estupor volviendo
A su Sala de autómatas vendidos
Pide un decreto de esterminio horrendo,
En vez de perdonar á los vencidos."

¡ Oh santa libertad, cómo te ultrajan
Impúdicos esclavos ! Oh justicia
Cómo de tí se rie la malicia,
El crimen poderoso ¡ Cómo lo ajan
Oh patria ! ese tu honor que tanto invocan
Los que á tu ruina y deshonor provocan !
Oh inaudita maldad ! una cabeza
Que reclama el verdugo como suya,
Del jenio parodiando
La audacia y la grandeza,
Pretende defender asesinando
La libertad y honor del continente
Mancillado por él tan torpemente.
Cuatro esclavos sin fé, cuatro doctores
Sin poder ni mision ni investidura
Para dictar la ley, vociferando
Justicia y libertad con lengua impura,
A cinco mil patriotas que reclaman

Los sacrosantos fueros de hombres libres,
Hoy declaran rebeldes y traidores,
Los condenan sin juicio á la cuchilla
Y á la vista del mundo se proclaman
Ellos, el opresor y su gavilla,
De América y la patria defensores.

Sí, os titulais con orgullo
Sabios, profundos doctores,
Y eso sabeis, ser traidores,
Vender patria y libertad;
Contra el pueblo en el conflicto
Invocar bárbaras leyes
Que la maldad de los reyes,
Dictó en tenebrosa edad.[18]

¿Quién os ha dicho que ley
Que solo escuda y abona
El poder de una corona
Es la ley de la razon;
Ni que allí dó el pueblo reina
Pueden ser traidores otros
Que el vil tirano y vosotros,
Satélites sin mision?

Insensatos, impudentes,
¿ Ignorais que el sol de Mayo
Pulverizó con su rayo
El edificio español ?
Querer alzarlo es quimera
Faltándole el fundamento,
Porque ante el rayo violento
Se abismará de otro sol.

De la Independencia patria
Os titulais defensores,
¿ Y quién para tal, doctores,
Os confirió autoridad ?
El pueblo. ¿ Y no habeis vendido
Su sangre y fueros sagrados ?
Traficantes degradados
No sois de su libertad ?

¿ Acaso el pueblo á una turba
Deshonrada y sin valía
La defensa confiaria
De sus fueros de nacion ?
¿ Necesitó de vuestro amo
Cuando con el brazo suyo
La punjanza y el orgullo
Domó del hispano leon ?

No sabiamos que un bando
De esclavos viles pudiera
Al soberano que impera
Poner fuera de la ley.
¿ Reina vuestro amo, doctores,
Por el derecho divino,
Y á nombre de él asesino
Declarais al pueblo rey ?

Miserables ! honor, vida,
De padres, hijos y hermanos
¿ No pusisteis en las manos
De un monstruo de iniquidad ?
¿ Y no quedasteis vosotros,
Despues de hazaña tan bella,
Fuera de la ley por ella
De Dios y la humanidad ?

Bien claro os lo dijo el amo
Que os ultraja y bofetea,
Cuando alli á vuestra asamblea
Llevó su puñal feroz ; [19]
Y el horrible asesinato
En la tribuna aplaudisteis
Y por él ofrenda hicisteis
De sangre en el templo á Dios.

¡ Digno papel es el vuestro !
Para que os otorgue vida,
Traer la presa apetecida
Al tigre que hambriento está.
Cobardes ! vuestro servicio
Será bien recompensado;
El anatema lanzado
Sobre vosotros caerá.

VIII.

Vuestra ley de esterminio y de venganza
Ya se cumplió, lesjisladores sábios;
La justicia social por vuestros labios
Su augusto fallo pronunciar debía
Contra el pueblo á vuestro amo inobediente,
Y en vez de castigar al delincuente,
Autorizar, recompesar el crímen,
A fin que sobre un vasto cementerio
La inicua tirania
Afirme quieta su salvaje imperio.

Esa es y fué vuestra mision gloriosa,
Gozaos, gozaos en ella

Que es grande, digna y cual ningúna bella.
¿Qué os importa el jemido
De la madre, del huérfano y la esposa?
Con el deber de esclavo ya cumplisteis;
Parte, sí, en el botin apetecido
El vándalo os dará, con quien quisisteis,
Sin gozar del poder las emociones,
Partir la execracion y maldiciones.

¿Qué mas ambicionais, lejisladores?
Volved la vista, si lo osais, traidores,
A los fértiles campos que poco antes
Se encontraban poblados
De ricos é industriosos habitantes;
Tristes hoy los vereis y salpicados
De fratricida sangre;—la riqueza
Que atesoró la industria, al vandalaje
De una turba sin ley dada en pillaje;
Familias opulentas, doloridas,
Huérfanas hoy, huyendo y desvalidas
Y el llanto y la pobreza
Penetrar en la estancia
Do reinaba el contento y la abundancia;
El seno casto de la esposa tierna
Que llora triste su viudez eterna,
El de la vírjen pura mancillado

Por la brutal lascivia del soldado,
Y el estúpido pampa
Como nunca cebando
En esos senos su voraz deseo,
O en sus picas sacrílegos llevando
Cabezas de patriotas por trofeo.

Mirad y horrorizaos, ese holocausto
De sangre y crímen, de miseria y luto
Ofrecido en tributo
Al bárbaro deleite y al encono
Del ídolo bestial siempre inexhausto
A quien subisteis de la ley al trono.
Dolores, palpitante de heroismo,
Igual suerte sufriendo, igual ultraje
Que Chascomus, su hermano en patriotismo,
Entregado al cuchillo y al pillage;
Y condenado á ver horrible ahora
Sobre el palo de afrenta
Destinado otro tiempo al asesino,
La cabeza sangrienta
De Castelli inmortal. ¡ Quién tu destino,
Patriota infortunado no lamenta !
¡ En qué alma, contra el bárbaro verdugo
Que infama tu cadáver, no revienta
Hidalga indignacion, pidiendo al fallo
De cielo y tierra justiciero rayo !

Cuentan que al ver postrada
La bandera sagrada
Que el pueblo te confió, las turbaciones
Sintiendo de los nobles corazones,
Te hundiste en el desierto á la ventura;
Y que allí en la espesura
Te descubrió de un monte
La cuadrilla voraz que te rastreaba;
Y que al verla, terrible en sus enojos,
Se levantó jigante tu bravura,
Y el corazon cobarde les temblaba
Al brillar de tu acero y de tus ojos;
Pero cayendo al fin, te degollaron
Con bárbara fiereza
Y á regalar á su Señor volaron
Como esquisito plato tu cabeza.
Escojido del pueblo te perdiste
Porque valiente y generoso fuiste.[21]

En vuestra obra gozaos, lejisladores;
Ya la sangre del pueblo derramaron
Y el sudor de su rostro devoraron,
Ya el premio recibieron los traidores.
Con cinismo insolente,
Heróico, proclamad, gran ciudadano,
Salvador de la Patria, á su tirano,

O Campeon de la América valiente
A quien infama el nombre Americano
A la vista del nuevo y viejo mundo;
Y en seguida corred, corred reptiles
A revolcaros en el fango inmundo
Do hundir quisisteis la cobarde frente
Para gloria y honor del continente.
Quizá vuestro amo un dia,
Generoso y leal y justiciero,
Sonriendo con satánica ironia,
Por diversion os saque ó fantasía
Para enviaros tambien al Matadero.

IX

Mil eran los bravos, los nobles patriotas
Que huyeron salvando sin mancha el honor,
Llevando consigo la Patria bandera,
Buscando para ella fortuna mejor.

Hogares, familias, riqueza, cuanto aman
Dejaron en rehenes al tigre voraz;
Devorólo todo, mas no desmayaron,
Ni su patriotismo vaciló jamás.

Huyen de la tierra donde su cabeza,
Descansó á la sombra del espeso ombú;
Que allí las persiguen; piedad estrangera
Benigno hospedaje les dá en el Tuyú[22].

Navegan, el viento sacude las naves,
Bramando con furia los recibe el mar.
¡ Oh ! cuánto recuerdan la hermosa llanura,
Sus briosos caballos, su tranquilo hogar !

Corrientes heróico que el brazo adiestraba
Para la cruzada de la libertad,
Con júbilo intenso viendo á los proscritos
Les tiende el abrazo de fraternidad.

Unidos de entonce bajo una bandera,
Bandera que al soplo de Mayo nació,
Bandera que erguida sobre el Chimborazo
Pichincha y los Andes flameando se vió;

Llevando en el pecho grabado su dogma
La fé de sus padres, la fé de su honor,
Brillando á su frente la espada de un héroe,
Las huestes buscaron del usurpador.[23]

¡ Terrífica, grande, variada epopeya
La que ellos supieron por sí realizar !

Jamás pueblo alguno de jóven pujanza
Tan altos ejemplos logró presentar.

Batallas, victorias, desastres pasmosos,
Hazañas heróicas que anula un revés,
Valor indomable contrastando al número,
Todo en ella asombra, jigante todo és.

La historia algun dia contará esos hechos,
La musa animados los hará surjir,
Y el Pueblo Argentino que hoy lástima inspira
Su historia orgulloso podrá referir.

Silencio ! murieron los nobles patriotas
Luchando con brio por la libertad;
Faltóles acuerdo, contraria fortuna
Fué, como en Dolores, á su herocidad.

Murieron, de gloria dejando hondo rastro
Do quier estamparon su jigante pié;
Padron indeleble que hablará al futuro
De su patrotismo, de su ardiente fé.

Un dia de gloria dieron á la patria,
Grande como el dia que en Mayo lució,
Como él, preñada de esperanzas bellas,
Sublime del pueblo la voz reventó.

Ciudadanos eran, dejaron afectos,
Regalos de patria, familia y hogar;
Soldados se hicieron, trabajos, fatigas
O gloriosa muerte fueron á buscar.

La hallaron, sus huesos por montes y llanos
Del Plata á los Andes blanqueando se ven;
Cayeron peleando ó el cuchillo fiero
Su cabeza heróica dividió á cercen.

Los que sobreviven trasmontan los Andes
Que hollaron sus padres con pié vencedor,
Llevando consigo la patria bandera
Para ella esperando fortuna mejor.

Mentida esperanza! Nueve años proscritos!
Mejor combatiendo les fuera morir:
Cruzar á caballo sus verdes llanuras,
Ni á la sombra pueden del ombú dormir.

Silencio! Cayeron los nobles patriotas
Lidiando con brio por la Libertad:
La patria algun dia libre de tiranos
Les pondrá corona de inmortalidad.

Estancia de los Talas, Noviembre de 1839.

———

NOTAS.

---

1. La insurreccion del Sud estalló el 29 de Octubre de 1839, en Dolores, pueblo de tres mil quinientas á cuatro mil almas, situado á cincuenta leguas de Buenos Aires. Los hacendados patriotas que la encabezaron estendieron una Acta justificativa del movimiento, que he buscado inútilmente con la mira de insertarla aquí y de recordar á la patria futura y á la consideracion de los patriotas el nombre de los ciudadanos que la firmaron. Debo al señor Don Antonio Pillado, redactor de ella, que se halló en el combate de Chascomús en clase de secretario del general Castelli, algunos pormenores que me han servido para rectificar y formar estas notas.

El 30 de Octubre marchó de Dolores el comandante de milicias Zacarias Márquez con 400 hombres sobre Chascomús, á apoyar el pronunciamiento de ese pueblo y su campaña, el que se verificó con igual entusiasmo que en Dolores. Dias despues salieron Sotelo y Valdes con alguna fuerza menos para el Tandil, donde se manifestó tambien enérjica y unánimemente el sentimiento popular contra la tirania. En Chascomús se incorporaron á la division de Márquez algunas milicias del partido y de la Magdalena, y 300 hombres al mando del teniente coronel Don Francisco Olmos que estaban acantonados en la boca del Salado. Asi en pocos dias la insurreccion se estendió por la mayor parte del territorio mas rico y poblado de la provincia.

2. Chascomús, pueblo situado á 30 leguas al Sud de Buenos Aires.

3. La laguna de Chascomús tiene de circunferencia dos leguas, y braza y media de profundidad. Es la mayor que se conoce en la provincia.

4. Tapalquen, campo bañado por un arroyo de este nombre, 65 leguas al Sud-Oeste de Buenos Aires y 40 al oeste de Chascomús. Habia en él un acantonamiento de tropa de línea y de indios amigos, cuyo gefe era Granada, coronel de un regimiento llamado la Escolta. Segun buenos informes, los principales cabezas de la insurreccion estaban de inteligencia con la mayor parte de la oficialidad de este acantonamiento y con Granada mismo, quien les habia prometido cooperacion decidida en el momento oportuno.

Sea esto ó no cierto, nunca se lavará Granada de la mancha de traidor á la causa de la patria, porque estuvo en su mano salvarla sin derramamiento de sangre, adhiriéndose francamente al movimiento popular. Se dirá que entonces hubiera traicionado á Rosas y faltado á sus deberes de soldado. Estupidez ó sofisma. El soldado republicano se debe ante todo á la patria, y la patria está donde está el pueblo, la justicia y la libertad.

5. El combate de Chascomús sucedió el 7 de Noviembre de 1839, al amanecer. La jente de Olmos era la única bien armada y disciplinada que tenian los patriotas.

6. Apero, llámase asi en el Rio de la Plata á la montura ó recado del caballo.

7. Matear, lo mismo que tomar mate.

8. En el combate de Chascomús, Castelli y Cramer capitaneaban el centro, Márquez la izquierda y Olmos la derecha. Cramer y Márquez cayeron en la carga. La izquierda de los patriotas se dispersó por la repentina fuga de un capitan de milicias, Portillo, quien arrastrando á los suyos introdujo el desórden en las filas; pero el centro y la derecha arrollaron al

enemigo: Olmos se portó bizarramente persiguiéndolo por muchas leguas. Este Olmos era uno de esos tipos singulares que solo produce nuestra tierra. Morador de los campos, sin educacion alguna, tenia toda la nobleza y elevacion de sentimientos de un patricio ilustrado. Despues de la derrota, emigró en clase de segundo jefe con la division del Sud; hizo toda la campaña con el Ejército Libertador; anduvo errante como tantos patriotas por Bolivia; de allí, cruzando los desiertos, se trasladó al Brasil, y nueve años despues del combate de Chascomús cayó prisionero en la jornada de Vences, peleando por la misma causa y bajo la misma bandera. ¡ Admirable valor y perseverancia !

9. D. Pedro Castelli, era hijo del famoso revolucionario de Mayo Doctor Castelli, ganó el grado de teniente coronel en la guerra de la independencia, era rico hacendado y tenia mucha popularidad en la campaña del Sud, por cuyo motivo los patriotas lo aclamaron jeneral. Habia llegado el dia antes del combate al campamento de Chascomús y escapó á fuerza de brio en la derrota, de entre las lanzas enemigas y á uñas de un buen parejero.

Se le acusa de impericia y de atolondramiento. Para fallar sobre el valor de esta imputacion, es preciso fijarse en que el 7 se dió el combate, el 6 llegó al campamento y dos ó tres dias antes recibió la investidura de jeneral. El desastre de Chascomús mas que á impericia de los jefes patriotas debe atribuirse á la disciplina de la tropa de línea que las atacó. Castelli fué un mártir de la patria, como su padre un héroe.

10. Cramer era hacendado del partido de Chascomús. Obtuvo el grado de coronel en la guerra de la independencia, mandando el rejimiento N.° 7 en las batallas de Chacabuco y Maypú.

11. El jefe de la division de Rosas era su hermano Prudencio, y Granada su segundo.

12. Consta de los partes de Prudencio Rosas publicados en las Gacetas de Noviembre, que en su division traia indios de los acantonados en Tapalquen y el Azul, cuyo número no menciona. Véanse los documentos.

13. Prudencio Rosas fué el primero que huyó del campo dejando en él su galera.

Buscándolo los suyos para anunciarle la victoria, le encontraron en un rancho cinco leguas distante. Algunos dispersos de la division de este cobarde fueron á tirar la rienda á Buenos Aires y á Lujan, 40 leguas al Norte, sembrando en el camino gorras, corazas y cuanto pudiera revelar que eran soldados de Rosas.

14 Márquez. La muerte de este bizarro comandante contribuyó en mucho á la dispersion de la izquierda de la línea patriota.

15. D. Manuel Rico, hombre de campo, pero de corazon sano, patriota y valiente, fué el principal apoyo de la insurreccion, á cuyo servicio puso el rejimiento 5.° de milicias de campaña, del cual era comandante. Habia anteriormente sido Juez de paz de Dolores y gozaba del favor de Rosas. Despues del desastre de Chascomús, emigró á Corrientes capitaneando la division de patriotas que se embarcó en el Rincon de Ajó: se portó bizarramente en la campaña del Ejército Libertador, mandando la lejion de su nombre y murió en la sorpresa de Sancala, en Enero de 1841.

16. Funes, capitan de milicias perteneciente á la fuerza de Olmos, quien, segun me dicen, lo dejara encargado de la custodia del campo, inter perseguia á los dispersos. La victoria estuvo en manos de este traidor, que permaneció inmoble mientras volviendo al campo, se rehicieron algunos escuadrones enemigos.

17. El decreto de la sala de representantes de Rosas poniendo fuera de la ley á los revolucionarios del Sud, es de 9 de

Noviembre: de suerte que puede afirmarse que no fué dictado para contener los progresos de la insurreccion sino para esterminar legalmente á los vencidos el 7 del mismo mes en Chascomús. Los principales fautores y preconizadores de este decreto nefando fueron, los doctores Lahitte, Torres, Saenz Peña, Gonzalez Peña, Baldomero Garcia, Medrano, Campana, Irigoyen, y los no doctores cura Argerich, Mansilla y Garrigós oficial mayor con funciones de Ministro de gobierno del Restaurador. Véanse los documentos.

18. No hay ley patria que determine y castigue los crímenes de rebelion y traicion. Los representantes de Rosas debieron por esto invocar y fundarse en la ley española, á cuyo nombre el rey de España declaró rebeldes y traidores á los revolucionarios de Mayo. Pero esa ley no estatuia sino de vasallo á rey ó de amo á esclavo, cuando la soberania estaba en la majestad real, no en el pueblo; y no sabemos contra qué majestad de nuevo cuño federal atentaba el pueblo de Buenos Aires insurreccionándose contra su tirano en Dolores. Segun la doctrina de los publicistas federales, donde está el pueblo no está la soberania y la majestad, sino donde está Rosas.

¡ Prodijioso adelanto el que han hecho esos cráneos despues de la revolucion de Mayo !

Puede haber sin duda en una república crímen de traicion á la Patria y de rebelion contra las leyes. Pero la patria es el pueblo, y el pueblo no se traiciona á sí mismo. Los traidores sois vosotros que vendeis y sacrificais la patria á su tirano, decretando el esterminio del pueblo, porque no quiere ser esclavo como vosotros. El pueblo tampoco es rebelde cuando armándose en pro del derecho pide ser gobernado por leyes: ese es su derecho y su obligacion como pueblo libre. Los rebeldes sereis vosotros que hicisteis pedazos las leyes del pueblo y pusisteis á merced del capricho de Rosas la vida y la hacienda del ciudadano. El gran traidor y rebelde por la ley de la con-

ciencia pública, es el usurpador de la soberanía popular, el esterminador del pueblo y el conculcador de todas sus leyes, á quien disteis vosotros por antonomasia el título de Restaurador de las leyes.

19. El asesinato del Doctor Maza presidente de la Sala de Representantes, es un hecho muy conocido.

20. A mas de Chascomús y Dolores, los indios saquearon el Tandil y su campaña. Este hecho consta en los partes, publicados en la Gaceta, del jefe que fué á atacar aquel punto con 400 indios y alguna tropa. Véanse los documentos.

21. Estos versos no necesitan mas comentario que el siguiente, estraido de la Gaceta de Rosas N.° 4912.

«En marcha, en la estancia de Acosta en los Montes Grandes, Noviembre 15 de 1839—Al Señor Juez de Paz y comandante militar de Dolores D. Mariano Ramirez.

«Con la mas grande satisfaccion acompaño á V. la cabeza del traidor forajido unitario salvaje Pedro Castelli, jeneral en jefe titulado de los desnaturalizados sin patria, sin honor y leyes, sublevados, que ha sido muerto por nuestras partidas descubridoras, para que V. la coloque en el medio de la plaza à espectacion pública, para que sus còlegas vean el condigno castigo que reciben del cielo los motores de planes tan feroces.

«La colocacion de la cabeza debe ser en un palo bien alto; debiendo esta estar bien asegurada para que no se caiga, y permanecer asi mientras el superior gobierno disponga otra cosa, debiendo V. transcribir esta nota á S. E. nuestro ilustre Restaurador de las leyes para su satisfaccion. Felicito á V. por este suceso tan interesante para nuestra sagrada causa federal y para todo el continente americano. Dios guarde á V. muchos años.»

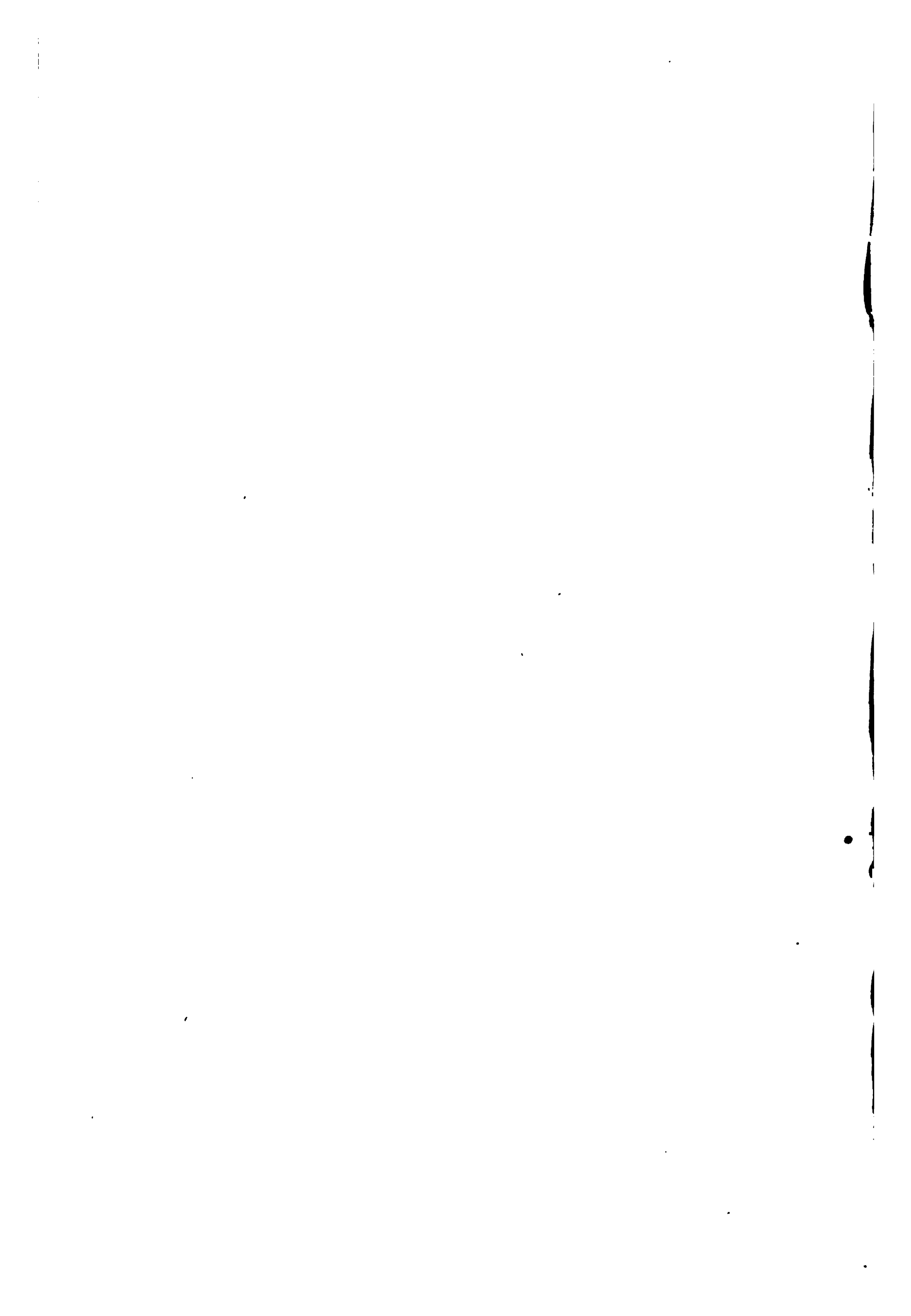
Prudencio O. de Rosas.

Parece el rujido de un estúpido canibal.

22. Despues de escrita esta estrofa me informan que los patriotas que pudieron reunirse en Dolores se embarcaron el 15 de Noviembre, no en el Tuyú precisamente, sino cuatro leguas mas abajo en la embocadura del riacho del Ajó, en buques particulares, de donde se trasbordaron á buques de guerra, franceses que fueron allí con el objeto de socorrerlos. Su número ascendia segun unos á novecientos, segun otros á mil hombres, la mayor parte campesinos del Sud. De allí fueron transportados á Corrientes tocando antes en Montevideo para proveerse de víveres, y se incorporaron al ejército del jeneral Lavalle, en el cual formaron las Lejiones Rico y Mayo. Por el motivo antedicho agrego esta variante:

Huyen de la tierra donde su cabeza,
Del ombú á la sombra feliz descansó;
Que allí los persiguen; piedad estranjera
Benigno hospedaje les dá en el Ajó.

23. La campaña del Ejército Libertador al mando del jeneral Lavalle se abrió, puede decirse, el 10 de Abril de 1840 con la batalla de D. Cristóbal. Continuó con las batallas y combates del Sauce Grande, Arrecifes, las Matanzas, Navarro, San Pedro, Santa-fè, Quebrachito, Sancala, la Rioja, Angaco, San Juan etc; y se cerró con los desastres de Famaillá en Tucuman el 19 de Setiembre de 1841, y del Rodeo del medio en Mendoza el 24 del mismo. Duró esta campaña diez y ocho meses.



AVELLANEDA.

A D. Juan Bautista Alberdi dedica este poéma su amigo y compatriota

EL AUTOR.

AVELLANEDA.

CANTO PRIMERO.

I.

¿ Conoceis esa tierra bendecida
Por la fecunda mano del Creador,
De cuyo vírgen seno sin medida
Fluye como el aroma de la flor
La balsámica esencia de la vida,
Y se palpa su espíritu y su aliento
En la tierra, en la atmósfera, en el viento,
En el cielo, en la luz, en la hermosura
De su varia y magnífica natura ?

Tierra de los naranjos y las flores,
De las selvas y pájaros cantores
Que el Inca poseyera, hermosa joya
De su corona réjia, donde crece
El camote y la rica chirimoya,
Y el naranjero sin cesar florece,
Entre bosques de mirtos y de aromas,
Brindando al gusto sus dorados pomos.
Donde el sacro laurel, ambicionado
Galardon del Poéta y del Soldado,
Al rayo desafía entre la nube
A par del cedro que gallardo sube,
Y el *pacará* que al viajador asombra [1]
Cien ginetes cobija con su sombra.
Donde el Zorzal y Ruiseñor, artistas
De ingenua inspiracion sin hondas vistas,
En las serenas tardes de verano,
Cuando reina sin par melancolía
En la natura, el premio soberano
Se disputan del canto y la armonía.

Sus casas son verjeles [2]
Donde habitó la paz y la abundancia
En tiempos mas felices, cuando fieles,
A la costumbre y fé de sus mayores,
O avenidos talvez con su ignorancia,

Vivian sus tranquilos moradores.
Pero hoy ya no es así; de esos hogares
La paz huyó ante la civil contienda
Y quedaron el llanto y los pesares,
De las pasiones viles triste ofrenda.

¡ Cómo admirarla lograreis sin verla,
Ni por bosquejo alguno conocerla
De pluma ó de pincel ! Cuando el Invierno
Con el soplo glacial de sus montañas
Viene el raudal eterno
De vida á amortiguar en sus entrañas,
Una vírgen parece adormecida
Sobre cama de céspedes florida
Con las galas de ayer en torno suyo,
Medio marchitas ya, pero olorosas,
Flamantes y vistosas;—
Duerme y no duerme, sueña;
Oye soñando el plácido murmullo
Del festin y la danza, el alborozo
Del espansivo y hechicero gozo,
Y el recuerdo de todo en la sonrisa
De su plácido rostro se diseña,
Como si el fresco animador volviera
A respirar de perfumada brisa.
Despues la primavera

Con su templado sol y sus rumores,
Su concierto de pájaros cantores
A electrizar sus miembros adormidos
Llega y bañar en lumbre sus sentidos;—
Y la virjen despierta
De su sueño fugaz y se levanta
Radiante de alegria y de frescura
De gracia y de hermosura;
Y á engalanar empieza
Con corona de mirtos y arrayanes
Su espléndida cabeza,
Y su seno con ramos de mil flores
De distintos matices y colores,
Y á perfumarse con esencias puras,
Derramando por montes y llanuras
De su eterna beldad los resplandores:—
Hasta que el sol de la estacion ardiente
Subir hace á su frente
Todo el intenso ardor, toda la vida
Que entre su seno inmaculado anida,
Revistiendo de pompa y de grandeza
Su jóven y magnífica belleza.

Tierra de promision y de renombre
Enjendra en sus entrañas virjinales
Cuanto apetece y necesita el hombre

Para vivir feliz;— en animales,
En frutas y productos tropicales,
En colosal vejetacion.— En vano
El adusto verano
La quema con su sol; el Aconquija
Que entre las nubes fija
La nevada cerviz, de sus raudales
El tesoro derrama y la fecunda,
La baña con sus frígidos alientos
Y sus campos sedientos
De fresca lluvia y de vigor inunda.
Entónce ella de lumbre
Y de brillantes galas revestida,
Bajo la azul techumbre,
Cual magnífico templo se presenta
Del infinito ser que la dió vida
Y su eternal espíritu alimenta.[3]

¡Cuán bella entónces es! al pensamiento
Cuánto inspira de luz y arrobamiento!
Cuánto de eterna nutricion le ofrece!
La mirada de Dios bañar parece
Sus selvas virjinales y sus montes,
Sus campiñas y claros horizontes
Y transformar con su inefable hechizo
Aquella tierra en otro paraiso,

Paraiso de gloria y de esperanza,
De pura, ingotable bienandanza.

¡Cuán bella entónces es! cuánto de calma
De aspiracion sublime infunde al alma!
Encantado jardin, valle florido
Del Eden desprendido
Para adornar el argentino suelo;
Sus aires son aromas
Que parece fluir entre azul velo
Del seno de redomas
Inmensas de azahar y de azucena,
De *poleo*, cedron y yerbabuena;—
Brisas que dulcemente
Los sentidos embriagan y la mente
Y el corazon llenando de alegria
Dán alas á la inquieta fantasía.

II.

Pero ah! que en esa tierra
Destinada por Dios para recréo
Del humano deseo,
Para mansion de paz y de ventura,
Treinta años el demonio de la guerra

Sembró sangre, dolor y desventura.
Triste fatalidad! Dios la bendijo
Para entregarla al hombre en patrimonio
Y el hombre en su delirio la maldijo
Poseido del demonio,
Del error y del mal.—De su natura
La rica y rozagante vestidura,
Como inmenso sudario,
Solo cubre el *Osario*
De dos jeneraciones
Diezmadas en la aurora de la vida
Por el plomo y el hierro fratricida
De bárbaras y estúpidas pasiones.
Y llevando la vista
De la natura al hombre,
El corazon se oprime y se contrista
Viendo en la obra infernal de su locura
Soledad y tristura,
Ruinas, vestigios yertos
De su implacable saña, cuyo nombre
Nadie recuerda ya, medio cubiertos,
Cual sepulcro de antiguos moradores,
Por las silvestres plantas y las flores.

«Empero en esa tierra
Que estrago tanto y maravilla encierra,

Aunque tristes derruidos, hay padrones
Gloriosos de los tiempos que pasaron,
Que á las generaciones
De aquellos que con sangre de sus venas
Para bien de la patria los labraron,
Darán lecciones de elocuencia llenas;
Hay manes cuya sombra,
El sueño alguna vez de los tiranos
Con presájios terríficos asombra,
Hay reliquias que el pueblo
Con pavor relijioso acaso nombra.

No siempre en ella el jénio de la guerrra
Sembró devastacion; tambien fecundo
Su espíritu soplando en esa tierra
Hizo brotar los gérmenes de un mundo,
Y al ruido atronador de los cañones
En tropel congregarse los campeones
De la hermosa bandera
Que inauguró en el Plata una nueva Era
De luz y redencion;—y allí Belgrano,
El varon inmortal cuya noble alma
De todas las virtudes participa,
Adiestra á combatir al Tucumano,[5]
Y á manejar el hierro que emancipa.

Y allí vino á la vida Monteagudo,
El de gran corazon é injénio agudo,
Del porvenir apóstol elocuente,
Que entre las pompas del marcial estruendo
Fué desde el Plata hasta el Rimac virtiendo
La fé viva y la lumbre de su mente.[6]
Mas que al jénio, al coraje y á la suerte
Confiando su destino,
La bicolor bandera
Lid de vida ó de muerte
Trabó con los pendones castellanos;[7]
Y allí el *sepulcro* está de los *tiranos*
En el *campo de honor*, do el fuego no arde
De los bivaques ya, ni triunfadores
Vivas de guerra el morador escucha,
Ni al son de las trompetas y atambores
Pompas se ven de militar alarde.
De esa tierna brotaron
Los tercios y escuadrones que humillaron
En Tucuman y Salta el altanero
Orgullo del Leon de las Españas,
Y cruzando asperezas y montañas
Mas allá del fatal Desaguadero
Colérico y bramando lo arrojaron:
Y allí el pueblo Argentino á las naciones,
Que ántes siervo lo vieron del Hispano,

Mostrando sus trofeos y blasones
Les dijo, libre soy y soberano.*

Mas ay! pronto para ella
De tanta gloria se borró la huella!
Y en sus montes y valles,
Cuyo histórico nombre reverencio,
En sus plazas y calles,
Todo es hoy soledad, todo silencio
Que infunde al corazon tristeza y pasmo.
Pasaron esos dias
De esperanza feliz y de entusiasmo,
De inmensas alegrias;
El poder Español cayó vencido
Y á las pompas y víctores del triunfo
Las lágrimas y el luto sucedieron;
De la discordia el infernal rujido
Y sus campos de sangre se tiñeron,
Hoy solo como helado
De ese suelo fecundo
Parece desprenderse vagabundo
Como un eco jigante del pasado,
Que habla de *patria y libertad* al hombre,
Infunde á su alma inspiracion de gloria
Y las grandes hazañas y el renombre
De aquel tiempo bosqueja su memoria.

Pero ese éco de Mayo
Que al traves de los tiempos como un rayo
De luz y de esperanza
A reanimar del patriotismo alcanza
La fé ya vacilante y la energía,
Es un éco inmortal—la profecía
Perpetua é insondable
Del porvenir magnífico y fecundo
De un pueblo americano sin segundo
En gloria y en desdicha;—es la trompeta
Del ángel redentor que allá en los siglos
Circuido de tinieblas y vestiglos,
Regocijado oyó el género humano,
Y cruzando los mares de repente,
Del viejo continente
El génesis moral del nuevo mundo
Vino á anunciar al génio Americano.
Y asi como en el Plata
Toda una prole oyera,
Allá en los tiempos de memoria grata,
Ese éco grande anunciador de una Era;
Unas y otras sin fin jeneraciones
A oirlo volverán y su doctrina
Se encarnará en robustos corazones,
Y ellos cumpliendo su mision divina,
Como el profeta místico de oriente,

De sus hermanos marcharán al frente,
Mostrándoles en horizonte oscuro
Los claros y serenos resplandores
De la Patria ideal de sus mayores.

III.

Y en la noche callada,
Poseido de fatal melancolía,
Cavilando en la nada
De las obras del hombre,
Un jóven tucumano
Ambicioso de nombre, [10]
Como buscando los escombros tristes
De la que fué morada de Belgrano,
Por el *Campo de honor* el pié movia,
Campo santo teñido
Con la sangre de dos generaciones,
Mártires de la Patria en el olvido,
Monumento de gloria
Del patriotismo heróico y la victoria,
Y al pié de la pirámide de Mayo [11]
Que baña de la luna el mústio rayo,
Donde la yerba crece

Y rastro de pié humano no aparece,
Sin querer se detiene;—un sentimiento
Hondo y tenaz el corazon le oprime,
Una idea sublime
Le persigue do quier y lo desvela.
Por ventura aquel eco del pasado
Que vaga entre las ruinas jemebundo
Su jóven corazon ha electrizado,
O acaso en la derruida *Ciudadela*
La corneta sonando, ha removido
De su alma de poéta en lo profundo
Lo pensado, lo ideado, lo sentido ?
Ello es que como rápida corriente
Imájenes, ideas mil pasaron
Por su cabeza ardiente,
Y con el ojo largo tiempo fijo
En aquel monumento,
Rechazando uno y otro pensamiento
Que se agolpa tenaz, para sí dijo:
« En vano nuestra mente enardecida
Quiere sondar las leyes de la vida,
Los misterios del mundo y del Creador,
Y engolfada en oscuro laberinto,
Sin ver nada cual es, claro y distinto
Rastrear en su locura
Despechada procura

De la verdad suprema un resplandor.
En vano de la ciencia
Invoca los oráculos mentidos,
O pide á la esperiencia
El enigma del ser;—de sus sentidos
La claridad se ofusca,
Su razon desfallece bajo el peso
De la duda mortal: en vano busca
Satisfacer su aspiracion sublime
De luz y de verdad, si un muro espeso
De error y de tiniebla la comprime.»
« Qué es el hombre? Do vá? Cuál su destino?
Donde está el hacedor de tantos mundos?
Quién es el suyo? De que ser provino?
De que senos fecundos
Brota el raudal de vida que alimenta
La vida universal y la hermosura
Siempre viva, eternal de la natura?
Porqué la muerte unida
Nace siempre á la vida?
Por qué el mal y el dolor contínuamente
Toda criatura hacen jemir, y eterno,
Cual la vida infinita, omnipotente
Es su imperio infernal sobre la tierra?
Por qué hay mal necesario y los hermanos
Como tigres feroces

Al antojo de barbaros tiranos,
Se despedazan en perpetua guerra ?
Por qué si hay Dios omnipotente y sabio
Consiente que abra el hombre
Para quejarse ó blasfemar el labio
En vez de grato bendecir su nombre ?
Arcanos ! siempre arcanos !
Do quier abismo do se pierde loca
La razon impotente
Y el aliento del alma se sofoca !
No hay, no, felicidad para la mente
Que anhele conocer, ni luz, ni puerto
A su incansable aspiracion abierto».

«Y despues de la mente,
Otro enigma sin nombre,
El corazon del hombre,
Sediento é insaciable
Cual las arenas de la mar, é instable,
Voluble cual las ondas,
Pide felicidad eterna y pura
Sin dejos de dolor ni de amargura;
Y al asir lo que busca, lo que adora
Lleno de fé en un rapto de delirio,
Como humo entre sus manos se evapora,
Dejándole pegado en las entrañas

El ardiente escozor de su martirio.
Ama y desecha necio
Lo que ayer fué á su gusto
De inestimable precio!
Lo bueno, lo ideal, lo bello y justo
Cuanto anhela sediento,
Imagina ó concibe el sentimiento,
Lo apetece, lo goza en esperanza,
Mas nunca lo halla, y siempre lo desea,
Y jamás satisfecho, nunca alcanza
Esa sombra de bien que lo recrea.

«La verdad, la justicia,
El bien, la dicha que el mortal codicia,
¿Entes son producidos
Por los sueños mentidos
De la imaginacion y condenado
Está el hombre á vivir siempre engañado?
Horrible decepcion! Horrible duda!
Solo hay para él una verdad desnuda—
La muerte y el dolor:—pero entre tanto,
De la muerte la vida
Brota y se reproduce sin medida.
Y la muerte alimenta
La vida engendradora que fermenta
En toda la creacion:—luego la muerte

Es la ley de la vida irrevocable.[12]
Y el dolor? El dolor!.... inexorable
Gusano asido á la materia viva
Imposible es que nadie te conciba!

«La vida es un combate
Perpetuo contra el mal que nos circunda,
Mísero lidiador el que se abate!
Para sufrír nacimos; ser nos diera,
Nos sacó de la nada el ser increado,
El que es lo que es, el que será lo que era.
Cada ser ó criatura
Incorporada trae en su natura
Su condicion de vida y de existencia,
Su ley de inescrutable Providencia.
La ley del hombre es progresar contino,
Para llegar á incógnito destino,
Y devorando del dolor la angustia
Proseguir su camino
Al traves del caos con alma mústia.
Quién le impuso esa ley irrevocable?
Quién á su imperio crudo
Sometiera su espíritu indomable?—
Se la dió quien lo quiso y quien lo pudo,
Y maldecirla es vano, aborrecerla
Si es fuerza resignado obedecerla:

Fuerza no, sí deber, deber sagrado
Pues que le fuere dado
Al hombre descubrirla y conocerla
Y con libre y veraz conocimiento
De esa ley someterse al cumplimiento.

« Grande es el hombre, sí, pues su flaqueza
Su miseria conoce y su grandeza
Y concibe lo grande y lo ambiciona
Y al deber se somete en pleno juicio,
Al dolor, á la muerte, al sacrificio
Como rey de sí mismo, y se corona.
La humanidad se educa y perfecciona
Progresando sin fin, como sus hijos,
Los hombres y los pueblos, tras prolijos
Años de error y afanes,
De luchas, de tinieblas y huracanes,
Aprenden en su escuela
Si ella como madre les revela,
De Dios, de la creacion, de las verdades
Que el jenio ha descubierto en las edades,
De las leyes del mundo y de la ciencia
Que al abismarse en el no ser los siglos
Van legando á los siglos en herencia.
Y á la luz de su *verbo* los vestigios,
Los errores que ofuscan de la muerte

La aspiracion sublime se evaporan;
Caen á su pié los ídolos que adoran
Los pueblos obcecados de repente;
El hombre ve lo que es; el mal su imperio
Pierde á medida que la mente humana
Creciendo en perfecciones un misterio
Nuevo de la creacion columbra ufana;
El bien nace do el mal solo estendia
Su noche de dolor y de agonia,
Y el hombre recibiendo el don divino
Lo bendice y se goza, porque alcanza
A ver en misteriosa lontananza
El enigma ideal de su destino,
La tierra prometida á su esperanza.

«Perspectiva sublime!
Consoladora idea,
Que el ánimo redime
De desesperacion, y la tarea
Llevadera nos hace, y la fatiga
De la carne mitiga!
Idea cuyos bellos resplandores
Como hoy entre tinieblas la diviso,
Columbraron quizá nuestros mayores
Cuando aqui en esta tierra que yo piso,
La semilla feraz del bien plantaron

Y con la sangre suya la regaron.
Reinar, confusos como yo ellos vieron
El mal en rededor, la tiranía,
Y su poder jigante no temieron
Porque tuvieron fé, porque quisieron,
Dando la vida suya en sacrificio,
Dejarnos de una Patria el beneficio.
Su obra efímera fué y aquestas ruinas,
Donde crece la yerba y las espinas,
Atestiguando están que otros tiranos
La obra pulverizaron de sus manos.
Bien de Moreno el grande lo decia
La veraz pero infausta profesia ! [13]
Mas su bárbara saña no ha podido
Borrar de nuestra historia
El rastro de lo grande
Que su jigante genio ha producido;
Ni condenar á olvido su memoria !
Y tù aunque humilde, solitario y mudo
Ante mí de pié estás ¡ oh monumento !
Para infundirnos varonil aliento.
De los héroes de Mayo siempre hablamos
Y sus altas virtudes enseñamos.
Pirámide inmortal ! Yo te saludo:
Yo que allá en mis niñeces
Mezclado tantas veces

Al vívido murmullo
De armas, pueblo, soldados y atambores
Salté regocigado en torno tuyo,
Vivas dando á la patria triunfadores
Con infantil orgullo;—
Hoy á pedirte solitario y triste
Vengo en hora sombria
La inspiracion vivaz y la enerjia
De las grandes acciones,
O á lo menos un rayo
Del jenio de los ínclitos varones
Que enjendraron á Mayo
Y estamparon con hierro independiente
Su dogma salvador sobre tu frente,
Para que hablando siempre á la memoria
De sus jeneraciones les marcase
La senda del deber y de la gloria.
Pirámide inmortal, yo te saludo
A nombre de Belgrano y Monteagudo.

«Pero ah! la Patria libre
Que en hora de fortuna
Sacará de la nada
Su soplo enjendrador,
Esclava es nuevamente
De bárbaros tiranos,

Que llevan sobre tumbas
La ensaña del error. »

« Un bando de egoistas
La puso en almoneda,
Despues de ensangrentarla
Por ambicion vulgar;
Y para escarnio suyo
Un idólo monstruoso,
Sin jénio ni virtudes,
Pusieron en su altar.

« El pueblo era ignorante,
Los viles le engañaron
De sus pasiones malas
Cebando la embriaguez;
Y el pueblo se hizo esclavo
De los tiranos mismos,
Que ajaron de su nombre
La hermosa brillantéz.

« Los padres de la Patria
Proscriptos, sin amparo
O de dolor murieron,
O al filo del puñal;
Llorando su destino,
De su obra renegando,

Del despotismo viendo
La exaltacion brutal.

« Pero su voz nos llama,
Su voz desde la tumba
A nosotros sus hijos
Nos dice —«despertad;
« Para que pueblos haya,
« Preciso es que haya mártires
« Que luchen y sucumban
« Por la fraternidad.»

IV.

Abrumado aquel jóven, entre tanto,
De cansancio y vijilia
Sobre la grama se reclina un tanto,
Al pie de aquel humilde monumento
Emblema de un grandioso pensamiento;
Y brotando del pecho enternecido
El recuerdo querido
De sus hijos, su esposa y su familia
Viene á asaltar su acalorada mente,
Y á doblar la funesta incertidumbre
Que ajitado le trae continuamente.

El astro de Endimion claro y sereno,
Como lámpara inmensa de topacio
Suspendida de Dios en el palacio,
Resplandecia lleno
En el azul espacio;
Los insectos hablaban en su idioma,
Y la nocturna brisa,
Perfumada de esencias
De azahar y de aroma,
Se mecia en sus alas con dulzura
Derramando balsámica frescura;
Y embriagado por ellas ó adormido
Quedó el cuerpo del jóven y el sentido.
Entónces como en sueño parecióle
Ver alzarse las sombras de Belgrano,
Monteagudo, Balcarce y otros héroes
Que ilustraron el nombre tucumano,
Y en sus valles dejaron y montañas
La huella varonil de sus hazañas:
Y despues parecióle
Ver la Patria querida,
Libre y feliz, sobre su jóven frente
Acercarse á poner agradecida
Una corona de laurel lucida:
Y despues como henchido y palpitante
Sintió en su pecho aliento de gigante,

Y oyó, como llevados por los vientos,
Cruzar estos fatídicos acentos,
Quizá ecos del pasado ó profecías
Del porvenir gloriosas y sombrias:

Alma noble despierta
Del juvenil letargo,
La tierra está cubierta
De sombras para tí;
Del bien y de la vida
La lumbre no está léjos
Que buscas poseído
De ansioso frenesí.

Despierta y toma el vüelo,
Erguida y temeraria,
Por la region del mundo
Como águila réal;
La realidad te llama,
Te brinda tus tesoros;
El aire que respiras
Es para tí mortal.

La vida es corto viaje,
¡ Cuitado el peregrino,
Que falto de coraje
Se echa pronto á dormir !

De los ignotos mundos
Para él las maravillas
No son, ni los profundos
Arcanos del vivir.

Coraje, pues, y marcha
Si quieres ser dichosa,
Si anhelas de tus sueños
La realidad palpar;
Si el bien amas de veras
Y á realizarlo aspiras,
Si quieres la potencia
De tu ambicion probar.

La gloria te reserva
Laureles inmortales
Que del cobarde nunca
La sien coronarán:
Ya suenan los clarines,
A conquistarlos corre
En la sangrienta arena
Do vivos brotarán.

Belgrano, Monteagudo,
Los héroes de tu Patria
Te marcan el sendero
De la inmortalidad;

La tirania intrusa,
Robando sus conquistas,
Pide nuevos campeones
Para la libertad.

Ya vino el nuevo Mayo:
Libertadoras lanzas
Se templarán al rayo
De su brillante sol;
Y el hierro enmohecido
Descolgarán los héroes
Cuyo pujante brazo
Dió grima al español.

Alma noble, despierta!
La gloria te convida,
La Patria desdichada
Te impone ese deber:
De sangre ya están tintos
El Paraná y el Plata,
De sangre que el tirano
Feroz hizo correr.

Coraje, pues, y marcha
Si quieres ser dichosa,
Si anhelas de tus sueños
La realidad palpar;

Si el bien amas deveras
Y á realizarlo aspiras,
Si quieres la potencia
De tu ambicion probar.

V.

Y despertando el jóven de repente,
Como armado de fuerza omnipotente
Sintió su corazon; la incertidumbre,
Las cavilosas ansias de su mente
Huyeron cual vapor ante la lumbre
De alta revelacion, y á su caballo
Clavando las espuelas,
Despareció cual rayo
De aquel campo tristísimo de gloria
Para el alma fecundo y la memoria.

Allí el éco jigante del pasado
Habia en sus entrañas resonado;
Y el ayer jóven de existencia oscura,
Sin nombre ni prestijio,
Se levantó jigante en estatura
Para dejar de gloria hondo vestijio;
Y su potente voz, reproduciendo

El éco animador, en las entrañas
Retumbó de los cerros y montañas,
Como trompa de alarma y de combate
Desde Jujuy á la Rioja y Sinsacate.[15]

Y el pueblo tucumano estremecido
El éco grande y redentor ha oido.
¿No lo veis como en Mayo
Arder todo en espíritu guerrero,
Y calentar al rayo
De la fragua el acero,
Y preparar bridones
Y lanzas y fusiles y cañones?
¿Por qué se vuelve á armar? es que la guerra
Civil tala otra vez su hermosa tierra?
¿Es que otra vez la estraña tirania,
Triunfante como un dia,
Vuelve el *sepulcro* á hollar de los tiranos,
Y removiendo su sangriento lodo
Temeraria procura
Se lo labren los hierros tucumanos
Junto al osario del soberbio godo?
No, no; pero en el Plata,
Dominador y fuerte y orgulloso,
Un tirano monstruoso
Sobre monton de craneos de patriotas

El bárbaro pendon del egoismo
Sacrílego levanta; el pendon mismo
Que ante el fulgente rayo
De los soles de Mayo
El polvo agonizando allí mordiera;
El que con saña fiera
Pasearon los anárquicos caudillos,
Como plaga infernal por las ciudades
Donde el jérmen de Mayo produjera
Luz, progreso, prestijio y libertades
Y ambicionando el cetro y el dominio
Arrancando á los godos visoreyes,
Ese intruso tirano,
Conculcador de las patricias leyes,
Su dogma de barbarie y de esterminio
Desde el Plata á los Andes
Pretende propagar torciendo insano
De un pueblo heróico los destinos grandes.

Pero campeon primero
De la honra y libertad del Argentino,
El pueblo Correntino
En la arena se lanza,
A contrastar la bárbara pujanza
Del tirano feroz con su heroismo,
Oponiendo á la fiera

Enseña de terror y barbarismo,
La gloriosa bandera,
De Salta y de Maipú; y en Pagolargo,
Nombre fatal y de recuerdo amargo,[16]
La sangre correntina corre á rios
Bajo el cuchillo atroz de sus sayones,
Sin que perdiendo los heróicos brios
Desmayen tan robustos corazones.
Chascomus en seguida
Vé á la bandera de la Patria erguida
Cáer á manos de traicion odiosa
Entre lagos de sangre generosa.[17]
Mas luego, la legion Libertadora
En el Yeruá la planta vencedora;[18]
Y Corrientes, batiendo
Las palmas con estruendo,
Otra vez la saluda;
Las cadenas rompiendo
Para emprender la lucha brazo á brazo,
Cayendo y levantando como Antéo,
Con el feroz demonio que quisiera
Cercenar su cabeza de un hachazo,
Para hacer de ella espléndido troféo.
Y en Don Cristóval de feliz memoria,
Entre sus mismas lanzas y cañones,
Presajiando á su patria la victoria,

Vieron despues flameando esa bandera,
Conturbando las bárbaras lejiones.
Y héla tambien, sobre la cana frente
Que en las nubes esconde el Aconquija
Como en Julio mostrar de sus colores
Los blancos y celestes resplandores;
Y á la potente voz de Avellaneda,
Cuya mirada lo profundo abarca,
Tucuman y la Rioja y Catamarca
Y Salta con Jujuí, ya en torno suyo
Agolparse con júbilo y murmullo,
Para oponer, unidos como hermanos,
Al pendon federal y los villanos
Que sostienen su inicuo poderio
En Santiago y en Córdova y en Cuyo,
El hiero destructor de los tiranos.

De pié en el Norte está la liga santa,
Para salvar la patria de Belgrano
De tanto mónstruo y de desdicha tanta,
Y á su frente el gran pueblo Tucumano,
De pié está y formidable. Avellaneda,
Que el patriotismo y la virtud hereda
De los héroes de Mayo,
La inspira y la calienta con el rayo
De su elocuencia, espíritu y bravura.—

Veinte y cinco años cuenta
El jóven Tucumano, y su figura
Descuella sobre todas,
Como el *Tarco* descuella en estatura
De su patria en las selvas; la potencia
Dióle Dios de robusta inteligencia,
Voluntad eficaz, jenio y audacia
Para elevarse al mando de repente
Y á todos imponer por su ascendiente.
A par de otros ilustres en renombre,
Querido ya es y popular su nombre,
Porque la luz divina
Que el jenio esparce en rededor fascina,
Subyuga sin querer los corazones,
Cuando en hora oportuna apareciendo
Sabe herir en lo vivo las pasiones
Que están opresas en su seno hirviendo.
Su estatura arrogante, aunque pequeña,
En los grandes concursos se diseña
Por el rostro lampiño y la ancha frente,
El ojo grande y la mirada ardiente;
El arco de su pecho fortaleza
Revela varonil, y su cabeza,
Poblada de cabellos renegridos,
Honda penetracion y pensamientos
Que en tumulto se ajitan combatidos

Por choque de contrarios elementos;
Su nariz aguileña el aire aspira
Con anhelante ardor, mientras su labio
Grueso, elocuencia y persuacion respira,
Cuando sereno y grave en él asoma
Solo el consejo y la razon del sabio
O de negocios árduos el idioma.

Tal es Avellaneda, alma potente
De la liga del Norte, á cuyo impulso
Los jefes se conmueven, obediente,
Entusiasta, convulso,
De Catamarca el pueblo y el Riojano,
El de Salta y Jujuy y el Tucumano,
Hierve, corre y armado se levanta
Para lidiar con fé en la guerra santa.
Acha, el jóven terrible cual su nombre,
Madrid, el incansable veterano.
De los heróicos tiempos de Belgrano,
Pedernera, soldado de renombre;
El Chacho, de la Rioja audaz *llanero*,
Lo llevan al combate, atravesando
Rios y montes y el terror sembrando,
Donde relumbra su temible acero.
No hay armas ni dinero
Pero soldados sí para la guerra,

Almas de temple estoico
Y patriótismo heroico;
Y el plomo, el hierro de labrar la tierra,
El de templos y hogares
Muy luego en proyectiles
Se trasforman y lanzas;
Y la miseria misma, varoniles
Animos produciendo,
Patriotas y soldados á millares
Hace trotar contra el tirano horrendo.

En vano, rico en infernales tramas
A los patriotas dividir procuras
Que honra y escudo son del Argentino;
En vano el oro ¡ Oh vándolo ! derramas
Robado al pueblo mismo
Que se postra á adorarte,
Y al veneno, al puñal del asesino
Acudes y al terror para salvarte:
Armas dignas de tí, pero impotentes
Son para el patriotismo,
Esas que usa tu bárbaro egoismo.
Ya Córdoba de pié, tomando alientos,
Grito libertador lanzó á los vientos,
Y abrazando á Madrid y sus tucumanos
Selló el pacto feliz con sus hermanos.[19]

Ya en el sauce el cañon de la batalla
Te anuncia que tremendo
Cerca de tí el estruendo
Del trueno libre y vengador estalla.[20]

Desde Córdoba á Salta y Famatina
Arde todo el país; do quier el hierro,
Que al castigo de vándalos destina,
Libre se afila al pedernal del cerro
Como en tiempos de Mayo; do quier zumba
El plomo del fusil, y jigantesco
El grito *Patria* y *Libertad* retumba
Por los floridos valles y montañas
Que vieron de sus hijos las hazañas.
De una jóven cabeza
Por el jénio inspirada de la patria,
Preñada de terrífica grandeza,
Brota la chispa del voraz incendio
Que raudales de sangre generosa
Solo apagar podrán.... sangre de hermanos !
« ¡ Oh Dios ! ¿ Por qué ominosa
« Como plaga infernal, siempre en la tierra
« La discordia y la guerra ?
« ¿ Por qué caudillos hay, porque hay tiranos
« Cuyo infausto poder, cuyo egoismo
« Convierten en infierno

« La mansion bella que tú diste al hombre
« Para dichoso bendecir tu nombre ?
« ¿ Por qué el mal es eterno,
« Y el jenio, la virtud y el patriotismo
« Contra su férrea potestad se estrellan ?
« Porqué no llegan nunca
« Las terrestres plegarias á tu oido,
« Y las generaciones
« Ante tu trono helado se querellan
« Con eternal jemido ?
« ¿ Por qué libres, dichosas las naciones
« No son, y su destino es un problema ?
« ¡ Qué ley pesa sobre ellas ! ¡ qué anatema ! »

Esto, animado de heroismo santo,
Presintiendo quizá fatal destino,
Piensa y revuelve Avellaneda, en tanto,
Que el fuego de su espíritu divino
Circula de su patria en las entrañas
Acciones grandes produciendo estrañas;
En tanto que del éxito insegura
Su fé vacila, entre tinieblas, pura,
Y su noble alma herida se subleva
Ante la sangre y lágrimas que lleva
La guerra en pos de sí, ante los dolores,
Que en su patria querida,
Vencidos sembrarán y vencedores.

VI.

Entre tanto ¿ no veis ? de Buenos Aires
En los campos del Norte, ya altanera,
Burlando de la suerte los desaires
La gloriosa bandera
De los libertadores
Despliega sus simpáticos colores.
¿ Qué será del tirano,
Imborrable baldon del Argentino,
Si el pueblo se alza á sacudir el yugo ?
En vano su cabeza de asèsino
Querrá sustraer á el hacha del verdugo.
¡ Pero ah ! que la ciudad grande en la historia
De tantos héroes y patriotas cuna,
Perdiendo la memoria
De lo que fuera en horas de fortuna,
De lepra de egoismo carcomida,
Pasmada de terror, casi sin vida,
Brio no tiene en las heladas venas
Para romper de un soplo sus cadenas;
Y á sus hermanos libres y altaneros
Vé alejarse con cjos de cadáver
Destinado á los buitres carniceros.

¡ Mísera Buenos Aires ! cuán menguado
Destino te ha tocado !
¡ Cuán bajo, Buenos Aires, has caido !
Ayer reina del Plata
Te proclamaba el mundo,
Hoy de tirano inmundo
Eres la esclava vil. ¡ Oh cuán ingrata
La estrella tuya ha sido !
¡ Qué mengua para tí, pueblo argentino !
¡ Romper audaz el cétro de los reyes,
Que acataste tres siglos por divino,
Para morder despues cual potro fiero
El freno de oro de tus propias leyes,
Y delirando insano,
Postrado de fatiga
Doblar la espalda al látigo villano
De un oscuro y cobarde ganadero !
¡ Qué méngua para tí, pueblo argentino !
De la burla de innobles corazones
Gangrenados de lepra y de inmundicia,
Y consentir que escupan tus blasones
Y que la vieja Europa
Bárbaro te apllide con justicia !
Qué mengua para tí ! pasar primero
De esclavo á rey para sufrir que un dia
Un tirano sin nombre ni valia

De tu sien la corona arrebatase
Y como vil gusano te pisase !

Pero ah ! de tu mal hado
No fuera ese el funesto resultado.
Para los pueblos grandes no hay destino
Fatal y necesario; no, en la historia
Hondo rastro dejando, ancho camino
Ellos se trazan de grandeza y gloria.—
Mal que pese á tu orgullo
(No te quiero adular) hijo es el tuyo
De tu ciega ignorancia y egoismo.
Se heló en tu corazon el patriotismo;
Porque mas que á la patria, los placeres,
El oro idolatraste,— y esclavo eres
De cuerpo y de alma,—adorador villano
De otro Midas bestial, cuando pudiste
Aniquilar de un soplo á tu tirano
Y volver á ser pueblo como fuiste.

Llora, pueblo, ¿ no ves ? del Quebrachito
En los desiertos campos
Yace postrado el lábaro bendito,
La bandera inmortal que en tu agonia
Redencion, nueva vida te traia.
Llora pueblo por tí; ya los bridones
De sus nobles campeones,

Soplo aspirando de inflamados vientos,
Doblaron la rodilla allí sedientos;
Y azorados los vieron las lejiones
Del tirano lidiar, con alma fuerte
Desafiando al destino y á la muerte.
Los que no caen al golpe de la lanza
Los degüella el cuchido inexorable,
Y do quier la venganza
Acosa á los dispersos implacable.
Córdoba, libre ayer y todavia
Convulsa, palpitante de alegría,
Con corazon de sobresalto lleno
Los recibe en su seno,
Para entregar despues, en convulsiones,
El noble cuello al bárbaro cuchillo
Del verdugo caudillo,
Y sus hembras, y su oro á sus sayones.

El ejército libre se retira
Desecho y en desorden,
Y las esclavas huestes
Que acaudilla el precito
En la sierra de Córdoba aparecen,
Todo entonce es conflito.
Los pueblos de la liga se estremecen
Heridos de estupor como si viesen

Horda ínmensa de crímenes preñada
Por el infierno mismo vomitada.
Pero á la voz impávida y severa
De Avellaneda, Cubas, Pedernera;
Al májico prestijio de Lavalle,
De Salas, Acha, Lamadrid y el Chacho,[22]
Recobrando su indómita enerjía,
Corren á reparar con bizarria
El desastre ominoso del Quebracho.

Pero ¡ ah ! que divididos por montes y desiertos,
Sin oro ni recursos, sin unidad de accion,
No bastan á salvarlos del enemigo fuerte
Ni indómita bravura, ni heróica abnegacion.

En San-Calá dormidos para morir sin gloria
El silbo los despierta del plomo federal:[23]
Allí sucumbe Rico como tambien Gijena,
Con muchos de sus bravos á lanza y á puñal !

Y su cabeza noble sobre picota infame
El sanguinario seide de la brutalidad,
Clavar hace en la plaza do electrizando á Córdoba
Gritó con voz de trueno: ¡ viva la libertad !

La Rioja que nutriera del *tigre de los llanos*
La bárbara, la fiera, la horrible intrepidez;[24]

La Rioja, libre ahora, da asilo á los que llegan
Desnudos refiriendo de San-Calá el revés.

Allí con sus cuyanos alarde otra vez hace
El apóstata fraile de su impiedad feróz,
Y encuentra su deleite en ver de los rendid os
La convulsiva muerte tras el martirio atróz.

En Tucuman, en tanto, la liga reconcentra
Para cobrar alientos sus fuerzas y poder,
Como leon batido por carniceros dogos
Indómito y luchando suele retroceder.

¿Baluarte de la Patria como en los tiempos mayos,
Sepulcro de tiranos á ser va Tucuman?
¿Lo aclamará ella libre, ó mártir de sus dogmas
Los pueblos argentinos llorarlo deberán?

Dios sabe de su suerte: ello es que en la palestra
Donde destinos grandes á decidirse van,
Confiando en su derecho, de pié como un solo hombre
Sublime de heroismo provoca al huracan.

Avellaneda es su alma, su pensamiento vivo,
Su patriotismo puro, su santa inspiracion:
Su jénio reconcentra la aspiracion de Patria,
Los dogmas y esperanzas de una generacion.

CANTO SEGUNDO.

I.

La ciudad placentera
De la gótica ciencia y los doctores,
Córdoba la altanera,
Por mano del verdugo
Que á Rosas marcar plugo
Para la obra infernal de su deseo,
Ha sufrido el martirio y el saqueo.
Rebelde ha poco, por la vez primera
A su antigna bandera
De bárbaro y local federalismo,
Ha pagado ese crímen con usura
Bajo el golpe mortal del hierro mismo

Del ídolo que hiciera en sú locura.
Y ahi le teneis postrada,
Examine y callada
Al pié de los sayones
De rojizas libreas y pendones.
Las calles como nunca están desiertas,
Han huido sus mejores ciudadanos,
Lloran sus hembras, por horrible gala
En su plaza se ven cabezas yertas;
Y de toda ella como de un sepulcro
Un olor cadáverico se exhala
Que en veneno la atmosfera convierte,
Y al caminante anuncia
Del patriotismo cordobes la muerte.

Entanto su verdugo, el fiero jefe
De las huestes de Rosas
Desde la Cruz del Eje [1]
A Tucuman otéa
Como buitre voraz, y sus miradas
Echa desalentadas
Tambien sobre los llanos de La Rioja,
Donde Acha con un grupo de valientes
Sobre el cuyano ejército se arroja,
Lo aterra, lo deslumbra y como un rayo
Lo hiende con su lanza y su caballo. [2]

La alma feroz del oriental caudillo
Ha comenzado ya de sus rencores
La hambre á saciar por medio del cuchillo,
Degollando inocentes moradores.
No ha olvidado que allí entre los contrarios
Los proscriptos estan que combatieron
En su patria contra él, y á derribarlo
Del supremo poder contribuyeron;
Y ébrio de sangre ya, vengar intenta
Los implacables odios que alimenta
Cubriendo de cadáveres y duelo
El que no puede amar, estraño suelo.

Y ahí lo teneis, escuálido, amarillo
Por el gusano roedor chupado
Que nace en la conciencia del malvado,
Semejante al fantasma de la muerte
Pasando su guadaña ó su cuchillo
Por la tierra argentina
Y haciendo de ella un páramo de ruina.
Su deleite esquisito
Es oir de las víctimas el grito
Y sonriendo mirar sus convulsiones,
Y sarcasmos decir cuando en la garra
Forcejean brutal de sus sayones.
Pero ah! de cada víctima inocente

Cae en su impío seno
Una gota de sangre
Convertida en veneno
Y se lo quema como pez ardiente,
Y en esqueleto horrible
De carnívora hiena lo transforma
Borrando de su faz la humana forma:
Y al ver aquel fantasma del infierno,
Heridas de terror las poblaciones,
Lanzan un grito de dolor eterno
Preñado de estupendas maldiciones.

Y ahi lo teneis desde la Cruz del Eje
Acechando voraz la rica presa
De carne de argentinos
Que á su augusto señor y Soberano
Regalar le interesa
Para alcanzar el premio de su mano.
Mientras Madrid camina
Con dos mil tucumanos y salteños
En busca de Lavalle á Famatina[3]
Para invadir á Cuyo, y solo queda,
Confiando en su destino y su bravura,
Tucuman con su heróico Avellaneda,
Quien en hora fatal ha recibido
Del supremo poder la investidura,

Empeñando por santo juraramento
Nuevamente á su Patria
Brazo, vida, fortuna y pensamiento.

II.

Amanece; la cumbre
Del nevado Aconquija[1]
Asoma á la vislumbre
De una aurora de Mayo,
Y al traves de los de diáfanos vapores
Que la atmósfera empañan
Reproduce del prisma los colores.
Como aereo palacio
De nieve y de topacio,
El pico colosal del cano monte,
Cortado y suspendido,
A veces se dibuja al horizonte;
Otras veces circuido
De diadema flamante
Diverso aspecto toma,
Remedando á un jigante
De blanquisca melena
Que la cabeza asoma

Entre la nube, y con asombro mira
La sanguinosa, terrenal arena.

La media luz, en tanto,
Del crepúsculo baña,
Los flancos en redor de la montaña,
Y como blanca espuma
Deja entrever el manto
De nieve que la cubre,
Y una que otra cabaña
Pajiza aparecer entre la bruma
De los cerros y faldas
Que al venir la lujosa primavera
Le visten de guirnaldas
De flores y arrayan. Naturaleza,
Del sol con la venida
A despertar empieza
Del sueño de la noche conmovida;
Los pájaros sus nidos
Dejan soltando armónicos quejidos;
Las manadas relinchan ó retozan,
Los animales todos se alborozan
Mezclando la espresion del gozo suyo
Al sonoro murmullo
De las limpias cascadas y torrentes
Que buscan de los valles las vertientes,

Para dar á una voz la bienvenida
Al astro de la lumbre y de la vida.
Naturaleza yerta
De frio se despierta
Y palpitar se siente
Ante el rayo solar, y su alegria,
Brotando de repente,
En concierto se funde de armonia.

Y en esa hora tan bella, en la Esplanada
De campestre morada,
Sita sobre una cuesta
Del Tafí, hijo pigmeo
Del monte jiganteo
Cuya nevada cresta
Suavemente ilumina
La lumbre matutina,
Ajitacion estraña
Se nota bulliciosa;
Y do quier la tristeza
Como jimiendo asoma la cabeza,
Alli como en el rancho ó la cabaña
Del peon menesterosa.
En la entrada hay un coche y postillones
Y ensillados bridones,
Y escolta de soldadados

A marchar preparados:
Todo aquel aparato una partida
Anuncia y una triste despedida.

Penetrando, entre tanto, en una sala
De la mansion áquella,
Paseándose por ella
A lo largo y con pausa, se descubre
A un jóven y á un anciano;
Y en un sofá sentada
A una mujer de pelo renegrido,
Cuya siniestra mano
Con pañuelo de holan su seno encubre;
Al paso que dos niños
Sobre su muelle falda reclinados
Buscan como jimiendo la mirada
De la madre que esquiva sus cariños.
Aquella mujer llora, pero oculta
Sus lágrimas talvez, porque prefiere
Sola sufrir, y de los que ama tanto
Herir con ellas el ámor no quiere.
El jóven y el anciano hablan, en tanto,
De Patria y libertad con ardor santo,
De Mayo y su magnífico, programa
Y deteniendo el paso, el viejo esclama:

La causa de Patria está perdida.
Esta guerra fatal, la poca vida
Que ha quedado á los pueblos miserables
Va á consumir, en las feroces manos
Sin aliento caerán de sus tiranos

EL JÓVEN.

Treinta años ha que dura,
Que ensangrienta y devora nuestra tierra
Esta implacable y fratricida guerra;
Ustedes, padre mio, la empezaron
Cuando una patria libre ambicionaron,
Y en leyes de razon y de justicia
Quisieron, combatiendo, cimentarla;
Nuestro triste deber es continuarla,
Mientras la fuerza bruta y la injusticia,
El error, la ignorancia y los tiranos
Quieran, reinando, aniquilar insanos
El principio del bien santo y fecundo
Que Dios, la humanidad para su dicha
Regalaron en Mayo al Nuevo Mundo.
Pero guerra fatal y necesaria
De la causa del bien y su contraria
Del insociable y bárbaro egoismo
Contra el derecho santo de los hombres
Y la union fraternal del cristianismo;—

Faz segunda, preciso corolario
De la lumbre de Mayo, que la historia
Del pasado completa y solo esplica; —
Guerra civil que nutre y fortifica
Nuestra vida social y en prueba cara
Para ser pueblo libre nos prepara.—
Durará, no dudeis, mientras la lumbre
No descubre del bien la muchedumbre
Y del yugo del mal no se rescate;
Mientras la pura luz del cristianismo,
Que une y da fortaleza á un tiempo mismo
Y toda inícua potestad abate,
No le enseñe á ser pueblo y lo liberte
Del mal que lo estravia y lo pervierte;
Y al culto de la ley y del derecho
No se incline toda alma y todo pecho.

Rosas es, porque el pueblo lo ha enjendrado,
Porque el pueblo lo sufre así malvado,
Y Rosas es el hombre
Que con sangre del pueblo que lo alienta
Guerra hace al bien y tiraniza en nombre
Del principio del mal que representa.
Quitadle al pueblo si podeis mañana,
O la mitad del pueblo á quien engaña
Porque engañar é intimidar se deja,

Como el niño escuchando una conseja,
Y nada Rosas es, sino un mal hombre,
Un gaucho oscuro, sin poder ni nombre.
Si ha deslucido la patricia gloria,
Si es el Neron fatal de nuestra historia,
Ved al pueblo; pues si algo significa
De Rosas el poder, solo él lo esplica,
Como esplica esa série de caudillos
Que desde Mayo acá en nuestras campañas
Sus enseñas de sangre y sus cuchillos
Pasearon como fieras alimañas.
Pronto otra vez á nuestra hermosa tierra
Traerá esa enseña asoladora guerra.
Oribe con su ejército ha venido
A sofocar con sangre de patriotas
Los polluelos del águila en su nido;
Lavalle á sus espaldas le ha traido,
Lavalle el precursor de las derrotas.... [5]
Oh Lavalle! Lavalle! muy chico era
Para echar sobre sí cosas tan grandes;
Sin él, sin su derrota hasta los Andes
Se estendieran los férreos eslabones
De la liga del Norte redentora,
Y su lanza, talvez, y su bandera,
Al pié de la pirámide de Mayo,
Clavarian triunfantes sus lejiones.

EL ANCIANO.

Suerte guarda á la patria bien sombria,
Bien triste el porvenir !

EL JÓVEN.

No es creencia mia
Aunque de Rosas la victoria fuera.

EL ANCIANO

Te alucina esperanza lisonjera.
Rosas de las conciencias ha borrado
Las nociones morales
De derecho y deber, justicia y orden,
Y en la masa del pueblo inoculado
El principio del mal y del desorden.
La sociedad no existe, moralmente
Rosas la ha asesinado, y la simiente
Plantada por su mano en nuestra tierra
Producir solo puede en lo futuro
Fruto de muerte y corrupcion impura.

EL JÓVEN.

Sin duda ese legado
Rosas nos dejará, pero al pasado

Mucha parte debemos. Rosas vino
Al cabo de tremendas convulsiones
Con la lepra de su alma y sus pasiones
A poner fin á la obra entre nosotros
De corrupcion y anárquico desquicio
Continuada por unos y por otros,
Que ha sido nuestra herencia, utilizando
De ella el logro fatal y el beneficio.
Creis que en tierra nutrida
De sustancia benéfica de vida
Prende el jérmen del mal tan de repente
Que ahogar pueda la vivida simiente
Productora del bien ? No, padre mio,
Rosas en nuestra tierra
Esclavos pudo hallar, hallar sayones
Y seides, asesinos y ladrones
Para formar su bárbara gavilla,
Porque no habia en ella, sino en pocos,
A quien la turba apellidaba locos,
Patriotismo y virtudes. Sin embargo
Por mas que sea su dominio largo,
Algo alimenta la esperanza mia.
La sociedad no muere
Roida por carcoma
De lepra, corrupcion y tirania......

EL ANCIANO.

Y te olvidas de Atenas y de Roma ?

EL JÓVEN.

Las sociedades esas perecieron
Bajo el aire letal del paganismo;
Rejenerar su sangre no pudieron
De la cristiana ley con el bautismo.
La sociedad cristiana que en sí anida
Un principio divino
De inagotable vida,
Como la tierra en cada primavera
A su influjo vital se rejenera.
Ese principio de moral fecundo
Vivo arde en el hogar de la familia
Como el fuego vestal de los romanos,
Y á sofocarlo con su aliento inmundo
No alcanza ni el poder de los tiranos.
Por eso yo del porvenir aguardo,
Aunque tambien á veces desespero,
Y en esta grande y desigual contienda
Alientos vivos y constancia guardo
Para hacer por el bien mi pobre ofrenda.
Por mas que Rosas haga, ese fecundo
Espíritu de vida y de progreso

Que circula invisible por el mundo
No podrá contener, ni la memoria
Los recuerdos borrar de nuestra historia
Que en herencia nosotros recibimos;
Y pienso que si ahora sucumbimos,
Nuestro ejemplo ha de hallar imitadores
Que à la patria darán dias mejores.....
Esta es mi fé, mas tarde ó mas temprano
Renacerá la Patria
Aniquilando al bárbaro tirano
Que tanto la humilló:

EL ANCIANO.

Tu eres creyente,
Marco, de cuándo aca? me ha sorprendido
De tu fé viva la esperanza ardiente.

EL JÓVEN.

Creyente soy no ha mucho convertido.
Allá en la capital de Buenos Aires
A dudar me enseñaron los doctores
De Dios, de la virtud, del heroismo,
Del bien, de la justicia y de mí mismo;
Me enseñaron como hábiles conquistas
Del espíritu humano en las edades
Esos dogmas falaces y egoistas

Que como hedionda lepra se pegaron
En el cuerpo social, y de la patria
La servidumbre y muerte prepararon.[6]
Sofistas ó sectarios sin criterio
De una filosofia
Cuya vasta sintesis su ignorancia
Comprender no podia,
El influjo moral no calcularon
De la doctrina misma que enseñaron.
Muy pronto, aniquilando
Las virtudes sociales,
Ellas, sonriendo, al despotismo bruto
De homenaje servil dieron tributo.
La corrupcion que invade y envenena
Las entrañas del pais como gangrena,
La anarquia moral, ese egoismo
Tan cobarde y audaz á un tiempo mismo,
Tan único y feroz en sus exesos
Fruto son de sus rápidos progresos.
Interrogad la clase pensadora,
La mas que en oro en egoismo rica,
Al pueblo que se diezma y se devora
Por sostener sus amos que venera
Porque azote le dan y él los hiciera;
Observad sus costumbres, sus acciones,
Sus vicios, sentimientos y pasiones—

Comprendereis muy pronto el resultado
De los supuestos dogmas difundidos
Por los sabios de entonce pretendidos.
Vereis que ahora entre la docta jente
La rica, la ilustrada y la decente
Creencia es comnn—que el hombre
Es un ser destinado
En la série normal de las creaciones
A idolatrar su yo y vivir aislado
Nutriendo sus instintos y pasiones;
Que no hay entre hombre y hombre
Lazo alguno de union y simpatia
Ni principio moral reconocido
Que regle de sus actos la harmonía,
Porque cada hombre es libre como el viento
Para ser lo que cuadre á su capricho,
A su egoista ó depravado intento;
Que la patria es quimera y por lo mismo
Una palabra hueca el patriotismo,
Y lo que todos sociedad llamamos
Una arena sangrienta donde á muerte
Como fieras estùpidas luchamos,
Siendo el triunfo el poder y el beneficio
Del mas astuto ó depravado ó fuerte;
Y el deber, la virtud, el sacrificio
Juguetes con que engañan á los tontos

Los malvados, los hábiles ó hiprócritas
Para medrar ó devorar la presa
Como aves de rapiña siempre prontos.

Largo tiempo agitado
Como la onda en un mar de incertidumbres
Mi espíritu ha vagado,
Sin comprender la causa ni lo horrendo
De la lucha civil que estamos viendo,
La sociedad, ni el hombre, ni sus actos,
Ni su destino oscuro acá en la tierra;
Y toda la creacion me parecia
El caos de la muerte y de la guerra.
Largo tiempo en molesta incertidumbre
Permanecí perplejo como hombre
Que vacila al morir:—si obrar queria
En sentido del bien, móvil no hallaba,
Obligatoria ley, norma ni objeto
Que á la accion por el bien me estimulase
Y á mis actos un círculo trazase.
Pero al fin, estudiando y meditando,
Un mundo para mí desconocido,
Que solia entrever como soñando,
Se reveló á mi mente, y he aprendido
A no dudar de todo, y á nociones,

A principios que juzgo verdaderos
Ajustar en la vida mis acciones.

Creo en un ser eterno y absoluto,
Creador increado, animador fecundo
Del universo mundo;
Cuya infinita, inagotable vida
Llena de cuanto existe en la medida,
Cuya omniciencia diera
Una ley de existencia y un destino
A cada cosa y ser que produjera.
Ese Dios está en todo y es el *todo*,
Porque causa y substancia siempre activa
Se revela inmanente,
Como en el hombre, la natura viva
Que vive de su vida, y de su seno
Infinito surjiera de repente.

Y asi como en el mundo, en la natura
En su esfera de accion cada criatura,
Cada ser, cada cosa producida
Su ley suprema y condicion de vida,
Realiza en el tiempo y el espacio;
La ley de Dios la realiza el hombre
Con el virtual poder que Dios le diera
En sociedad viviendo,
Y de una en otra prole, de Era en Era,

De nacion á nacion, el patrimonio
De su vida continua trasmitiendo.
Pero el hombre social, ciego, ignorante
Como el pequeño y aturdido infante
Cuyos pasos no guia
La madre cariñosa, se estravia;
Esa ley divinal ó su natúra
Desconoce, no acata, en infrinjirla
Muchas veces se goza en su locura:
Su gloria es conocerla y observarla,
Su grandeza en la tierra descubrirla
Y á los homdres y pueblos revelarla.

La ley de Dios el jenio la revela
A la ignorante humanidad que vela
En medio del santuario tenebroso,
Buscando del enigma misterioso
La palabra benéfica y fecunda;
Y esa vivaz revelacion profunda,
Que recibiendo van como legado
Un siglo y otro siglo del pasado,
Es la ley humanal, viva, inmanente
Del gran lejislador del Universo
Que iluminando al hombre, lo encamina
Por la senda del bien continuamente
Hácia un ideal de perfeccion divina.

La ley del hombre es adquirir conciencia
Por medio del espíritu y la ciencia
De lo bueno, lo justo y verdadero,
De lo ideal y lo real perecedero,
Y consagrar su accion á realizarlo
En la vida social, y á venerarlo.
El que no lo hace asi, necia criatura
O desconoce ó viola con malicia
La ley providencial de su natura.

La ley de Dios es ver en los humanos
Otros tantos hermanos
Iguales en derechos y en deberes,
Por el Padre comun creados todos
Para gozar los bienes de la vida
Que derramó en el mundo sin medida,
Viviendo en sociedad bajo el imperio
De libres, justas y comunes leyes.
La ley de Dios es realizar el órden,
El bien y la harmonia,
Guerra al error haciendo y al desorden,
Como á toda opresion y tirania.

Para cumplir la ley de su natura
Y ejercer como rey sus facultades,
Cual perfectible y racional criatura,
El hombre en sociedad libre ser debe;

Pero acatando y sin violar aleve
La libertad de ajenas voluntades:
Y libre debe unirse como hermano
Al hombre de su patria, al ciudadano
Para enjendrar el bien y la justicia,
La libertad, el órden y el progreso,
Disipando el error y la ignorancia,
Principios de discordia y retroceso.

Esta es la ley de Dios, *verbo* que un dia
Reveló la humanal sabiduria,
Y se encarnó en el Cristo, y como un éco
Misterioso y profundo
Resonó en las alturas del calvario
Su salvacion profetizando al mundo.
—No hay esclavos, ni procéres, ni dueños,
Dijo el Cristo,—los hombres son hermanos,
Iguales ante Dios su comun padre
Que á todos mide con igual medida;
Y llamó á los humildes y pequeños
A sentarse al banquete de la vida
Donde solo se holgaban sus tiranos.
Y á su voz redentora alzó la frente
Esclava, embrutecida y febriciente
La humanidad; y entonces empezaron
A tener fé en su Dios los oprimidos,

Y á levantar al cielo sus jemidos,
Y á confortar su espíritu buscando
Los bienes por el Cristo prometidos.

Y los tiempos pasaron, y otros jenios
Despues de la palabra redentora
Sembraron en la tierra
La semilla del bien enjendradora;
Y los antiguos ídolos cayeron
Que acatara el error, y se rompieron
Los hierros de las viejas tiranias,
Y para hombres y pueblos se cumplieron
Del Cristo las divinas profecías.
Mas la razon humana, ébria de orgullo
Y de ciencia y poder que creyó suyo,
Quiso endiosar sus propias concepciones,
Y se abismó en el caos, porque de vista
Perdió las luminosas tradiciones
Que revelara el jenio en el pasado;
Pero la ley de Dios, la ley del Cristo,
Mejor interpretada y comprendida,
Volvió á poner al hombre descarriado
En la senda del bien y de la vida.

Yo creo en esa ley; por eso brio
Siento en el corazon ¡oh padre mio!
Para imitar vuestro glorioso ejemplo

Y hacer á los tiranos
Que ensangrientan y manchan nuestra tierra,
Atizando discordia entre hermanos,
Continua, audaz, perseverante guerra.
Y á la patria comun por la que lidian
Tantos patriotas con heróica alteza
O entregan al cuchillo su cabeza,
La vida qne me diste he consagrado.
Regocíjate padre; hijos que envidian
De los héroes de Mayo la grandeza
El pensamiento suyo han heredado,
Y morirán por él, ó vencedores
Libertarán como ellos nuestra patria
Del yugo de tiranos y traidores.

EL ANCIANO.

Bella y consoladora es, hijo mio,
Esa fé que dá aliento á tu albedrio;
Bendita es tu ambicion, y noble gloria
Te granjeara el reves ó la victoria.
Persevera, mi Marco, persevera
En esa lucha santa
De patria y libertad, por la que tanta
Sangre ha corrido ya, que si vosotros
Llegais á sucumbir, patriotas otros,
Prosiguiendo la pájina de Mayo,

Levantarán la indómita bandera
Que como emblema de destinos grandes
Flameó en el Chimborazo y en los Andes.

EL JOVEN.

Si, padre mio, mi esperanza es esa.
La libertad no morirá en el Plata,
Aunque caiga rendido
El patriotismo heróico en esta empresa.
El enemigo es vencedor, es fuerte
Porque de todo abunda,
Y el terror y la muerte
Por do quiera llevando
Prosélitos se atrae intimidando.
Nosotros que de todo carecemos,
Por mezquinas pasiones divididos,
No queremos unirnos, no sabemos
Quebrantar su salvaje alevosia
Por lo grande en la audacia y la energia,
Ni en la accion levantarnos á la altura
Del principio social que defendemos.
Para vencer no basta la bravura:
La guerra es desigual, y mas que todo
Nos falta quien la iguale de ese modo;
Nos falta un gefe que dotado se halle
De prestijio y valor, y que comprenda

El modo de triunfar en la contienda,
De guerrear y de unirnos.

EL ANCIANO.

¿Y Lavalle?

EL JOVEN.

Todo estaba en su mano y lo ha perdido:
Lavalle es una espada sin cabeza:
Sobre nosotros, entre tanto, pesa
Su prestijio fatál, y obrando inerte.
Nos lleva á la derrota y á la muerte.
Madrid como valiente es conocido....
Acha, el héroe ser pudo que la tierra
De tiranos purgase en esta guerra,
Pero mas jóven es, y harto modesto
No ha querido ocupar el primer puesto.
Nuestras tristes derrotas al orgullo
Del estúpido Oribe y de sus jefes
Han dado harta insolencia; á pesar de esto
No hay que desesperar: si al pais de Cuyo
Al fraile derrotando
Nuestras tropas ocupan,
Armas y oro de Chile los patriotas
Nos enviarán para seguir luchando.

EL ANCIANO.

Tú entretanto ¿ que harás ? algo has resuelto ?

EL JOVEN.

Tucuman está exhausto como Salta,
Catamarca y Jujui; todo nos falta;
No podemos vivir en pie de guerra:
Fuerza es salir de aqui, llevar su estrago
Antes que venga á la enemiga tierra.
Muy pronto marcharé con mil jinetes
A sorprender, si puedo, en su guarida
Al cacique indolente de Santiago; [7]
Pero no tardaré.

Tú, Lola mia,
Prepárate á partir, porque ya el dia
Ilumina los valles y los montes.

EL ANCIANO.

Bien claros ya se ven los horizontes.

III.

Y la mujer aquella, descubriendo
Su bello rostro de color de leche,

De pie se pone, oyendo
Del esposo la voz que le convida
A triste y dolorosa despedida.
Y asidos de su mano,
Con infantil asombro, sus dos hijos
Llevan la vista al padre,
Miéntras llorosa la aflijida madre,
Mirada suplicante de cariño
Sobre el marido echando y el anciano,
Se espresa así con el candor de un niño:

DOLORES.

Partir, esposo mio! asesinarme
Fuera mejor....

EL JOVEN.

No estaba ya resuelto?

DOLORES.

No puedo aunque quisiera, separarme
De tí y de mi familia; lo he revuelto
Bastante en mi cabeza, y sin coraje
Se siente el corazon para este viaje,
Desde que sé, mi Marco, que á la guerra
Tú muy pronto te vas.

EL JOVEN.

Es necesario.

DOLORES.

Quién te obliga á pelear? soldado no eres.
Tu oficio es el gobierno ¿ por qué quieres
Esponerte al peligro?

EL JOVEN.

Deber mio
Es dar ejemplo de constancia y brio,
Y en busca del pendon de los tiranos
Por delante marchar de mis paisanos.

DOLORES.

Y si á matarte llegan?

EL JOVEN.

Bien venida
Será entonces la muerte, mi querida.
Conquistaré una palma que codicio
Dando todo á la patria en sacrificio.

DOLORES.

El amor de la patria en tal esceso
Te hace hasta cruel; no piensas lo que dices,
Y tus hijos, y yo?

EL JOVEN.

No hables de eso,
Lola mia, por Dios: pobres criaturas!
Un rocio de amor son para mi alma:
Piénsalo bien;—para que seais felices,
Y sin temor que os vengan desventuras,
Tranquilo el corazon al menos pueda
Consagrarse á su patria Avellaneda,
Fuerza es que os alejeis.

DOLORES.

Si no amaseis
Algo mas que á la patria, Avellaneda,
Si en mas que nuestro amor tú no estimases
Los lauros de una gloria
Que ingrata suerte el conquistar te veda,
Hoy buscarias como lo hacen otros
Un asilo seguro con nosotros.
Huyamos, Marco mio,
Porque desdicha grande

Mi corazon presiente en esta guerra.
Pronto, quizá mañana, nuestra tierra
Talarán esas furias infernales
Que siguen los pendones federales
Del tirano del Plata, y el saqueo
Trae consigo, el terror y la matanza,
Y será, como Córdoba, trofeo
Sangriento Tucuman de su venganza.
Antes que vengan de su furia huyamos,
Salvemos nuestros hijos, Marco mio:
¿No los ves como lloran?
Ellos y yo por Dios te lo rogamos.
Qué aguardas de esa lucha? Una victoria?
Esa esperanza es para mi ilusoria;
Peleareis como bravos;
Pero triples en fuerza, los esclavos
Triunfarán del tirano; y si de Oribe
Caes en la garra tú— de ese caribe
De la sangre Argentina tan sediento;
Qué hará de tí?—me abisma el pensamiento.

EL JOVEN.

Calla, por Dios, mi Lola; no mas quejas.
El deshonor, la infamia me aconsejas.
¿Has podido olvidar por un momento
Que en Tucuman naciste y que la esposa

Eres de Avellaneda?
¿No sabes que el primero
Ser debe en sacrificio
El que mas alto se halla,
Y el primero tambien en la batalla
Como en la rota el adalid postrero?
Tus temores son vanos....

EL ANCIANO.

Si, hija mia;
El amor de tus hijos te estravia.
Mancillaria el nombre tucumano,
Un infame seria y un villano
El primer majistrado de tu patria
Sí del peligro huyese:—deber suyo
Es combatir con indomable orgullo,
Y conservar sin mancha lo que hereda,
El nombre de su padre Avellaneda.

DOLORES

Si tu deber es arrostrar la muerte,
Padre mio, el deber tambien me veda
De mi esposo y de Marco separarme
En tan aciagos dias, en momentos
De peligro, de afan y sufrimientos;
Tambien correr su suerte

La voz del corazon á mí me ordena,
Partiendo de su dicha ó de su pena,
Y á su lado morir.

AVELLANEDA.

Harto elocuentes
Son las palabras tuyas, Lola mia,
Para llenarme el alma de alegria.
¿Pero acaso imajinas que me aparte
Gustoso yo de tí y de mis hijitos
Que sois de mis entrañas una parte?
Por vuestro propio bien, de pesar lleno
A sufrir solitario me condeno.
Todo lo he calculado; nuestra tierra
Será bien pronto el teatro de la guerra;
Yo á campaña saldré, y mientra avive,
Organice el ardor de mis paisanos,
Ocupar puede Oribe
Nuestra inerme ciudad con sus villanos,
Y descargar sus sañas inclementes
Sobre tí y nuestros hijos inocentes,
Degollarlos quizá......

DOLORES.

¡Que horror! huyamos.....,
Mis hijitos, que horror!

EL ANCIANO.

Dolores, vamos;
Todo está listo, el coche nos espera.

DOLORES.

Desearia ya estar en la frontera.

EL JOVEN.

Pronto estarás; mi padre compañia
Te hará á Bolivia y te dará consuelo;
Yo te hablaré de mí, dia por dia,
Como tú, mi Dolores, y si el cielo
Quiere que en esta lucha
Sucumban los campeones de la Patria,
A llevaros mi amargo desconsuelo,
Iré, y cual tantos otros
A sufrir el destierro con vosotros.

Y al decir esto, á el uno de sus hijos
Sobre el izquierdo brazo levantando,
Y al de su esposa el diestro entrelazando,
Mientras su viejo padre conmovido
Conduce de la mano al mas crecido,
En silencio y caida la mirada
Se dirijen los tres á la esplanada.

El sol apareciendo
Por cima de la sierra.
Bañaba ya la tierra
De los naranjos verdes y los montes,
Y en sus límpios y azules horizontes
Se dibujaba la estatura erguida
Del Aconquija audaz, como vestida
De una túnica leve
De lucia, blanca y vaporosa nieve;
Y á los pies del jigante,
Como un niño de marmol que de hinojos
Tiene en su viejo padre
Siempre fijos los ojos,
El bulto del Tafí, como otras crestas
De monte, en cuyas cuestas
Resaltaban desnudos de follaje.
Como esqueletos que de pié quedáran,
Contemplando los tiempos que pasáran.
Con su tortuoso y sin igual ramaje,
Su tronco carcomido
El pacará, el quebracho,
El cedro y el lapacho,
El tarco, el lanza y el obeso Tipa, [8]
Gnomo del bosque que al viajero espanta
Con su forma estrambótica de pipa;
Y otros mas que se burlan de los vientos,

Monarcas de las selvas corpulentos.
Mas abajo en los cerros, en los valles,
En las tortuosas y multiples calles
Que los árboles forman y torrentes
Los rios, las quebradas y vertientes;—
Los naranjos se ven, los arrayanes,
Los laureles y mirtos,
Y los pajizos ranchos ó cabañas
Del gaucho morador de las campañas,
Donde no entran del mundo los afanes.

Desde la alta esplanada
De la mansion campestre,
Dolores y su esposo Avellaneda
Junto al anciano padre y ambos niños,
Con vista enajenada,
Estáticos contemplan
El magnífico y vasto panorama
Que á concentrar fuera de sí los llama
La mente y los sentidos,
En instantes para ellos
Tan llenos de amargura y doloridos;
Y contemplándolo olvidar parecen
Las ansias que padecen
O admirar en silencio la natura
De aquel sitio natal, como si fuera

Por ilusion de su alma prematura,
Aquella su visita la postrera.

Dolores, sobretodo, absorta y fija
En aquel espectáculo tan bello,
Dar el último adios al Aconquija
En silencio parece, y á los campos
Y á los valles hermosos
Que riega y fertiliza con sus ámpos
El monte colosal;— y en lastimosos
Suspiros despedirse
Del Tafí, do su infancia
Creció entre los naranjos y las flores,
Ebria de regocijo y de fragancia,
Y sin triste zozobras ni amarguras
Saboreó las dulzuras
De la luna de miel de sus amores.
Su corazon simpático se alegra
Rememorando allí lo que ha sentido,
Lo que ha gozado en el hogar querido,
Cuando latiera de contento ufano.
En su rostro de tipo tucumano
Viva resalta la pupila negra
Sobre el óvalo nacar; renegrido
Sobre su tez de leche se dibuja
El arco de su céja y el sedoso

Perfil de su pestaña,
Sombreando con finura
De sus rasgados ojos
La lánguida y tiernísima hermosura.
Su gallarda estatura,
Su fino, airoso talle
Cubre un traje de viso de esmeralda
Y una manta de raso, cuyos pliegues
Dejan ver la blancura
De su torneado seno y de su espalda.

Gran rato circundados
De peones y soldados,
Que los miran con rostros doloridos,
Permanecen los tres embebecidos
En tal contemplacion; mas de repente,
El tétrico silencio interrumpiendo,
Dolores cabizbaja é impaciente
Se dirije hácia el coche, así diciendo:
Presentimiento triste
Al separarme llevo.

AVELLANEDA

Por qué, Dolores mia?

DOLORES

No verte otra vez temo.

AVELLANEDA

Temores son mi amada
De tu cariño tierno;
El corazon me dice
Que á vernos volveremos
En mas felices dias.

DOLORES

Lo crees?

AVELLANEDA

Así lo creo.

DOLORES

Mis votos y los tuyos
Quiera escuchar el cielo.

Las espuelas sonar y los aceros
De la escolta que llevan los viajeros
Se oyen, como aquietando á los bridones
Impacientes aguardan
En zaga de partir los postillones:
Y aquel grupo de seres desgraciados
El abrazo postrero
Se dan, mudos jimiendo, y estrechados

Un doloroso instante permanecen;
En su labio el adios último espira;
Suben al coche, la cuatrega tira,
Y pronto los viajeros desparecen
Por la ansiosa mirada acompañados
De la turba de peones y soldados
Que han visto la partida entristecidos,
Y por la honda y vivaz de Avellaneda
Que sin las prendas de su amor se queda.

IV.

Libre su alma por fin de los prolijos
Cuidados y temores,
Que asaltarla solian por sus hijos,
Por su querido padre y su Dolores,
Puede por vez primera
Consagrarse á su patria toda entera.
Tranquila está por ellos; mas lo agita
Otro afan, otra duda;
Sobre su frente impávida gravita
La suerte de su país, y harto desnuda
La realidad se muestra.
Como sustraerlo á la feroz venganza

De Oribe y sus traidores tucumanos,
Con bisoños é inermes milicianos?
La voluntad y el jenio á eso no alcanza.

Su alma no ha mucho tiempo tan henchida
De fé vírgen, de ardor y de entusiasmo,
Por el fatal impúlso combatida
De imprevistos sucesos,
Abriga el desencanto prematuro
Que en el rápido curso de los años
Producen los funestos desengaños;
Desencanto fatal, gusano impuro
Que corroe la fé, el convencimiento,
Dejando sin arraigo el pensamiento
Languidecer, morir en parosismo
De solitario y tétrico egoismo:—
Gusano que se chupa de la vida
La sustancia vivaz, y amortecida
La deja marchitarse como planta
Que en salitrosa tierra se levanta.
En poco tiempo lo profundo ha visto
Del corazon humano y sus miserias,
Y sus hediondas llagas ha tocado
Con tédio y con disgusto;
Y en su alma tan robusta se ha entiviado
El amor por lo bueno y por lo justo:—

Concepcion racional—bella quimera
Donde la fuerza y la ignorancia impera,
Y pululan mezquinas ambiciones,
Egoismo voraz, viles pasiones.

Sin embargo, cien planes combinando,
Escribiendo y mensajes despachando
Dia y noche ha pasado Avellaneda,
Nada que hacer ni disponer le queda,
Todo lo ha calculado y lo ha previsto;
Para encarar el golpe está sereno,
Porque el valor le sobra y el orgullo
De su alta posicion, si ya esperanza
De salvacion y de éxito no alcanza.

Torna el sol con sus rubios resplandores
La cumbre á arrebolar de las montañas,
Vistiendo de matices y colores
Valles, cuestas, y cerros y campañas.
Los caballos lo esperan; va á alejarse
De la que fué morada de su esposa,
Del sitio donde ayer al separarse
La estrechó entre su brazos tan llorosa,
Donde besó sus ternezuelos niños,
Sonriendo de placer á sus cariños
Y olvidando importunos sinsabores;
Donde á su anciano padre adios dijera;

Y congojoso está porque Dios sabe
Si á verlos tornará en dias mejores.

En tanto se detiene en la esplanada
Atraido por la májica belleza
De la naturaleza,
Y clavando en los montes su mirada:—
«Aconquija, esclamó; pronto el destino
De los pueblos del Plata
Va á jugarse á tu vista.
El pendon escarlata
Del tirano arjentino
A disputarnos viene la conquista
De los héroes de Mayo,
Y á sus fieras lejiones
Su indómito coraje
Van á oponer sus hijos
Y algunos de sus ínclitos campeones.»

« Para ver cosas grandes,
Retoño jigantesco de los Andes,
Dios te puso en la tierra tucumana,
Y ser heraldo eterno
De la grandeza y pequeñez humana.
Cuántas revoluciones
Has presenciado tú, cuántos sucesos!

Cuántas jeneraciones
Dejaron junto á tí sus blancos huesos!
Cuánta sangre en tus valles ha corrido!
Cuántos ayes llegaron á tu oido!

«De los hijos del sol las muchedumbres
Pasaron junto á tí como vislumbres,
Como sombras de raza ya decrépita
Sin dejar hondo rastro en su carrera;
Pasaron, cual las formas colosales
De los árboles, plantas y animales
De la creacion primera,
Con sus ídolos vanos y sus leyes,
Con su oro, sus esclavos y sus reyes.

«Despues cuando Colon, de los arcanos
De Dios revelador, al viejo mundo
Mostró desde el confin de los oceanos
De otro en prodijios y en beldad fecundo
La sonrisa inmortal, tus soledades
La misteriosa trompa
Del porvenir oyeron
La venida á anunciar de otras edades,
De otra raza de pueblos que no vieron.

«Y pasaron los godos con tres siglos
De insociable y fanática arrogancia,

Acosados por sombras y vestiglos
Que fraguó delirande su ignorancia,
Y los castillos rejios y leones
Con sus necios, altivos infanzones;
Y no lejos de aqui quebrantó el cetro
De su poder el rayo
Que de la nube reventó de Mayo.

«Tú, entretanto, inmovible en tu cimiento
Estás de la creacion como portento
Con tu cabeza cana, á las edades
Viendo hundirse del tiempo en los abismos
Y rujir las humanas tempestades.

«Nuestra historia es de ayer, y sin embargo
Cuántas vicisitudes,
Sufrió la Patria, cuántos padecieron,
Ricos de porvenir y de virtudes,
Del martirio por ella las afrentas !
Y hénos aqui, cual ellos combatieron,
Luchar hoy sin fortuna
Bajo la misma indómita bandera
Cuya sombra cubriera
De nuestra patria la gloriosa cuna;
Luchar contra el error y la injusticia
Y la fuerza brutal de los tiranos,

Para fundar en leyes de justicia
Una Patria de libres ciudadanos.

« Tú, Aconquija, que ves en torno tuyo
Con hórrido murmullo
Hervir como en un cráter las pasiones,
Y hoy correr como en tiempos ya pasados
El lloro con la sangre entremezclados; —
Tú, reinar algun dia
Verás en tus rejiones
La paz y la abundancia y la alegria,
Y crecer grande y florecer fecundo,
Con perpetuo verdor como tus selvas,
El principio del bien porque luchamos
Y vida y bienestar sacrificamos.
Y á su sombra verás las muchedumbres
Del europeo mundo
Fraternizando con las proles nuestras,
Libres ya de oprobiosas servidumbres,
Agitarse y sudar gozosamente
Por la bella y pacifica conquista
Del Eden prometido acá en la tierra
Al trabajo del hombre y á la mente.
Veráz testigo, en tanto
Si en este empeño santo
Por la fuerza abrumados sucumbimos,

A las generaciones
Tú contarás del Plata
Lo que nosotros por la Patria hicimos:
Porque el tirano astuto
Ambicionando singular renombre,
Borrará de la historia nuestros hechos
Y cubrirá de infamia nuestro nombre. »

V.

Tucuman está triste; los soldados
Mas diestros en la guerra y esforzados,
Cuyo potente brazo era su escudo,
Adios á las montañas
Han dicho de su tierra
Para llevar la guerra
A comarcas estrañas.
¡ Quién sabe si ese adios de mal agüero
Ha sido el postrimero,
Si al hogar volverán de sus mayores,
Si vencidos serán ó vencedores !

Mas ¿ no veis ? en sus calles de repente
Se difunden rumores de alegria

¿Porqué ensanchado el corazon se siente
La ciudad que tan triste parecia?
Lavalle con seiscientos veteranos
De la Rioja ha llegado, en Catamarca
Dejando á los valientes tucumanos
Que buscando la muerte ó la victoria
Ván á escribir en Cuyo con su lanza
Una pájina mas de luto y gloria.
Pero aquella alegria
Del patriotismo suyo no debía
La última ser. Cuando Acha,
El jénio de la audacia y la victoria,
En Angáco lidiando un dia entero,
Con cuatrocientos bravos
Despedace el ejército de esclavos
Del apóstata fraile,
Saltará Tucuman de regocijo
Y tocarán á vuelo sus campanas,
Y el jénio que venturas le predijo
Coronas, á su sien pondrá lozanas:—
Coronas ah! que trocará la suerte
Pronto en crespones de dolor y muerte
Cuando en San Juan, albergue de enemigos,
Caiga el héroe de Angáco y sus amigos,
Y se vayan con ellos
Todos sus sueños de victoria bellos.[9]

Meses pasan, en tanto y cada dia
Se aumentan los conflictos y penurias
De aquel pueblo entusiasta y denodado
Que su sangre y riqueza ha consumido
Y descubre entre sombras estenuado
Cielo amenazador enrojecido:
A manera del náufrago que solo
Entre abismo sin fin buscando el polo,
Concentrando de su alma la enerjía
Exausto lucha con la mar bravía.
Pero hay una alma allí cuyos alientos
Se dilatan sin fin como los vientos
Cuando arrecia bramando la tormenta;
Y serena, indomable en el conflicto
Esa alma grande á Tucuman alienta.

¿Lo veis, el jóven de mirada ardiente,
Fugaz como el relámpago que al frente
Sale de mil jinetes á campaña?
Avellaneda es ese; lo acompaña
Lavalle el veterano sin estrella
Que de la gloria ya perdió la huella.
¿Dónde van? A arrojar los Santiagueños
De la tierra que habitan los Salteños.
Pueblo heróico y leal que como hermano
Uniera su destino al Tucumano,

Y su sangre prodiga y su riqueza
Con hildalga y patriótica firmeza.[10]

Con tres mil de toda arma Oribe, en tanto
Invade á Tucuman, y desde el Tala,[11]
Halconeando la presa apetecida,
Sus instintos carnívoros regala,
Se regocija ya, cual si la viera
Revolcarse convulsa y dolorida:
A manera del tigre ya cebado
Cuando otéa durmiendo á un desdichado,
Y con ojo voráz y enrojecido,
Suelta la lengua, el lomo recojido
Se acerca, se desliza lentamente
A clavarle su garra y feroz diente.

La nueva al punto aciaga
Por ciudades y campos se propaga,
Y Avellaneda con Lavalle junto,
Libre á Salta dejando
Del santiagueño bando,
Retroceden al punto
Trayendo de la Patria
Los destinos consigo;
Y muy luego, trotando amenazantes,
Mil doscientos caballos

Hacen sonar sus callos
En torno del ejército enemigo.
Entre ellos está Murga, el miliciano
Caudillo del gauchage tucumano,
Hornos el entrerriano y Pedernera,
Y Salas, cuyo nombre [12]
Fué en el Tio un pendon; el Correntino
Que en el raudal del Paranà bebiera
Y hasta los Andes combatiendo vino;
Y un grupo de patriotas cordobeses
Heróicos como nadie en los reveses.[13]

Pero el combate evita,
Por mas que el enemigo la concita,
La Lejion Tucumana,
Moviéndose liviana,
Ora ataque, ora fuga simulando;
Cual suele hacerlo el cazador astuto
Con el tigre feroz, cuando soltando
La traílla de dogos carniceros
Que lo estigan, lo muerden y atolondran
Con sus ladridos fieros,
Desde el lugar donde seguro acecha
Verlo espera postrado de fatiga
Para arrojarle la acerada flecha.

Corriendo en tanto dias, dos traidores
Anuncian que los crudos invasores
Su fuerza han dividido
Y en rumbo á la ciudad parte ha salido;
Y al asomar la aurora, los contrarios
En la orilla se encaran
Del Famallá, á la vista
Del selvático monte
Que cubre con su cuerpo el horizonte.

Los jinetes de Oribe, colorados
Cual lejion infernal, ámbos costados
Ocupan de una línea, en cuyo centro
Los cañones se vén y los infantes
Con sus vestes rojizas y flamantes:
Su número era inmenso, armipotente
Ante la blanca línea que arrogantes
Despliegan los patriotas á su frente.

En aquel sitio solo se oia
Del ruiseñor el canto;
O del arroyo el plácido murmullo
Unido de la tórtola al arrullo,
O el rumor de los árboles erguidos
Por el viento y la brisa sacudidos;
Y hoy en lucha terrible las pasiones

Lo atruenan las blasfemias,
Gritos de sangre, horribles maldiciones.

En pos de las guerrillas, cuyo fuego
Estimula el valor y la venganza,
Al encuentro se lanza
La derecha patriota;
Truena el cañon, terribles alaridos
Se mezclan al estruendo y los silbidos;
Y se traba el combate,
Y en el aire certeros
Relumbran culebreando los aceros,
Y se cruzan y caen con los jinetes
Bajo el golpe mortal que los abate.
Y la lustrosa crin de los bridones,
Las cabezas, los brazos y escuadrones
Se ajitan con furor, como las ondas
Sus crestas angulares y redondas
Cuando en opuesto rumbo las impulsa
La tempestad frenética y convulsa.

Empero, la pujanza
De la línea patriota
A quebrantar no alcanza
El simultáneo empuje
De la masa enemiga; y de repente
Por su flanco revienta

Del plomo silbador una corriente,
Y conturbada y rota
Retrocede en confuso remolino,
Envolviendo, arrastrando,
A manera de negro torbellino
Que empuja atronadora la tormenta,
Cuanto en la órbita suya vá encontrando.
Y todo es confusion; los derrotados
Huyen despavoridos
Por la enemiga lanza perseguidos,
Y el golpe de los callos
Del inmenso tropel de los caballos
De los cerros retumba en las entrañas.
Y gritos, mueras se oyen,
Voces de angustias y de dolor estrañas
Y caen unos tras otros, sin que ablande,
Sin que mueva á piedad clamor alguno
El corazon de vencedor ninguno.
Empero, el Monte-grande
Refrena los furores
De los perseguidores,
Porque allí en su espesura,
Como en honda caverna,
Culebrando se interna
La fujitiva tropa en su pavura.

VI.

Dueño es el fiero Oribe
Del campo de batalla,
Donde lidiando en vano el patriotismo
Hace el postrer esfuerzo de heroismo,
Donde el triunfo la música festeja,
Mientras su lúmbre pálida refleja
El sol sobre su sangre, y donde estalla
Un grito á veces uniforme, inmenso,
Que al orgullo consagra de su jefe
Una turva de esclavos como incienso.

Y ahí lo teneis al vencedor en medio
De los ínclitos jefes federales
Y de su fiel escolta de orientales,
Cuya blanca y de púrpura divisa
Su doble vasallaje simboliza;
Ahí lo teneis, ufano saboreando
Del triunfo las brutales ovaciones,
Y la vista esplayando
Con infernal sonrisa
Por el campo de sangre y de matanza,
Como si en su alma estúpida de fiera,

Sintiese la embriaguez de la venganza.
Goza, goza, verdugo,
De tu obra de esterminio;
No en vano á tu amo plugo
Señalarte para ella; ese holocausto
De cráneos de patriotas y osamentas
Que de nuevo gozoso le presentas
Te asegura su amor y patrocinio.
Goza, Oribe, y mañana,
Como manjar que á su apetito place
Nutre su sangre y su rencor engorda
Con hidalgo y devoto pensamiento,
Las orejas en sal del traidor Borda
Manda en ofrenda á tu idolo sangriento.[15]

———



CANTO TERCERO

I.

De Tucuman á Salta los dispersos
De la batalla, en grupos divididos,
Por caminos fragosos y diversos,
Los bosques orillando,
Y cerros y quebradas
A lomo de bridon atravesando,
Huyen, huyen veloces:
Por que oir á sus espaldas se imajinan
El casco sonador de los caballos
De las turvas feroces
Que al vencido degüellan ó asesinan:
Y entre esos que á Bolivia se encaminan
Por la cuesta de Salta

Paralelos y próximos trotean
Dos grupos bien montados
De lanza, sable ó tercerola armados.

En el uno, llevando
Vista ansiosa y fugáz de cuando en cuando
Hácia el linde lejano de la tierra
Que los objetos de su amor encierra
Avellaneda vá; pensando triste
De su patria en la suerte, en el destierro,
Y en la vida de afán y de conflicto
Que es la herencia maldita del proscrito.
Capitaneado el otro por un hombre
De figura siniestra
A quien diera Lavalle algun renombre, [1]
Ajitacion demuestra,
Al paso que camina
Y al primero indolente se avecina.
Tristes, al parecer, desesperados
Van perdiendo de vista los collados
De la argentina tierra;
Se alejan de los campos y lugares
Donde están sus domésticos hogares,
Mirando con horror la perspectiva
Del destierro fatal, ó revolviendo,
De sus oscuras almas en el fondo

Trama horrible y siniestra cual ninguna;
O al infierno pidiendo
Tal vez la luz de inspiracion alguna
Que abrir pueda á sus ojos
El rumbo claro de mejor fortuna.

Almas de las tinieblas, no comprenden
Lo bello, lo ideal de su infortunio;
Almas brutas sin guia, solo atienden
Al material impulso del instinto
Que les muestra palpable ó bien distinto
El objeto real què las provoca
Y corren en pos de él con ánsia loca.
Y en medio de ellos, Sandoval su jefe,
Que el estado de su ánimo columbra,
Cual si nefanda sujestion oyese
Del demonio del crímen
La voz alza y les dice: « Compañeros,
Muy duro es alejarse
De la patria querida en la miseria,
Muy triste mendigar como estranjeros
Pan y techo de abrigo.
Despues de tantos desengaños crudos
¿Qué vamos andrajosos y desnudos
A Bolivia á buscar? mejor sería
Combatiendo morir en nuestra tierra,

O el perdon implorar del enemigo
Para volver al seno de la patria
Sin probar los afanes ó el mendigo.
Pero á fin que su gracia nos conceda
El presidente Oribe
Preciso es que algo en su servicio hagamos:
Llevemos al traidor Avellaneda
Y á Videla y demás que lo acompañan,
Bien cerca de nosotros los tenemos;
Y á poca costa, no dudeis, amigos,
Perdon y recompensas obtendremos. »

Un silencio profundo
La nefanda propuesta
De Sandoval obtuvo por respuesta.
Algunos, aun que débiles, sintieron
De indignacion arranques, por que vieron
Era el perdon comprar con villanía
A precio de una infame alevosía,
Pero el lábio á mover no se atrevieron.

Quedando iba la trama sin efecto,
Cuando uno que iniciado
Se hallaba en el diabólico proyecto,
Preguntó muy tranquilo,
Como si el hecho aquel en su conciencia

La inspiracion no fuera de un malvado,
— ¿Y si hacernos pretenden resistencia? —
« A los mas obstinados mataremos,
Y á Avellaneda y otros copetudos
Como prenda de paz conservaremos, »
Replicó Sandoval—
Y otro dijo alto:
—Sublime plan ! los flojos y los rudos
Que concurrir no quieran al asalto,
Que se vayan de aqui á vuelo tendido,
O den un bote con su lanza al frente:
Tenemos triple fuerza, ellos son veinte.
—A ellos ! al punto esclamó atrevido
Sandoval, espoleando su caballo.
A ellos ! gritaron otros
Poco antes indecisos,
Arrastrando á cobardes y remisos
Con la májica fuerza y enerjía
Que les dá de su crímen la osadia.

Y trotando veloz, muy luego alcanza
Aquel grupo de aleves salteadores
A el grupo incauto que tranquilo avanza;
Y gritando con fuerza desmedida
La ronca voz de Sandoval— « Traidores !
Las armas ó la vida» —

Por la espalda les caen súbitamente,
Dejando de ellos la mitad tendida
Bajo el golpe del sable ó de la lanza.
Los que á caballo quedan, indignados
Súbito frente dán á los malvados
Tirando de la vaina los aceros;
Pero pronto en la lucha solo queda
Desarmado y con vída Avellaneda
Con cinco de sus leales compañeros. [2]

La traicion ha triunfando y la perfidia.
De sus ropas de abrigo despojados,
En silencio, á caballo y maniatados,
En medio de la bárbara gavilla
Los seis mártires ván al sacrificio;
Los llevan en ofrenda á la cuchilla
Del ídolo de sangre
Para hallarlo benévolo y propicio.
Los llevan, convertidos en sayones,
Los que ayer á su lado combatieron
Por la patria comun, y las fatigas
Los peligros, el hambre se partieron.
De Avellaneda, el jóven desdichado,
El martirio ha empezado:
Un judas ha vendido á los verdugos,
Quizá por vil salario,

Esa noble alma cuyo sueño fuera
Destruir las servidumbres y los yugos
En su patria infeliz, y ya sereno
Como el justo, camina á su calvario.

II.

Oribe con su ejército en la orilla
Del Metan sus blanquiscos pabellones [8]
Ha plantado recien; las banderolas
De su tropa de siervos, los pendones
Flamean en su campo, como colas
De serpientes de fuego; los fusiles
En pabellon relumbran
A los rayos del sol que ya supera
Las cumbres de los cerros y los bosques,
Y la rojiza y federal bandera
Sobre su asta de pié, como señora
Con sus primeras luces se colora.
Los soldados en grupos esparcidos,
Con sus rojos vestidos,
O fuman ó matean
Bullendo en rededor de las fogatas,
Cuyas columnas de vapor ondean
Vibrando como lenguas escarlatas:

Oribe está en su tienda, pero duerme
Sobre un lecho tendido,
Porque de negras sómbras perseguido
En la noche callada
De mármol es para su sien la almohada;
Y piensa en aquella hora
Blanda y consoladora
Para su sueño hallarla.—
Pero horrible y convulsa
Su cabeza maldita
Sobre la almohada de solaz se ajita,
Y su mano parece que repulsa
Y su ceño tambien como lejiones
De estupendas visiones
Que le hielan el tuétano en los huesos
O le hacen como lava hervir los sesos.

Y de repente su cabeza cana
Vé erizadas de Sierpes
Cuyo áspero silbido
Le atolondra la mente y el sentido,
Y dormir no le deja; y se le enroscan
Como anillos de fierro en su garganta
Y le ahogan — y luego de su diente
La picadura siente
Erizado de horror, y su veneno

Se inocula en su sangre,
Y corre por su seno
Corrosivo y voráz, y lentamente
Llega á su corazon en agonía,
Agonia infernal, larga, sombria.

Y luego, en cada pelo
De su cabeza brota
Como sudor de sangre,
Y fluye gota á gota
Por la piel de su cuerpo enflaquecido,
Y se la quema y roe
Cual plomo derretido,
Y horadando sus carnes punzadora
En sus huesos se pega y los devora.

Y luego vé millares de cabezas
Del tronco separadas á cuchillo,
Chorreando sangre aun, en torno suyo
Como un muro erizarse, de amarillo
Y negruzco color; y todas ellas,
Clavando en él pupila
Cavernosa y luciente que vacila,
A su oido gritar con voz profunda:—
« Duerme, duerme, maldito;
Nosotros no dormimos, vijilamos,
Y la hora tremebunda

De la venganza junto á tí aguardamos.
Tu cuchillo ha pasado y repasado....
¿ Ois esos gritos hondos que angustiado
Dejan el corazon ?—Son los jemidos
De las tiernas esposas y las madres,
Y de los pobres niños desvalídos
A quien dejaste, bárbaro, sin padres.»

Y luego horripilado de pavura
Vió una vasta llanura
Toda cubierta de vapor muy denso,
Y en medio de ella humeante
De sangre un lago inmenso;
Y se sintió al momento devorado
De sed inestinguible
Y á beber corrió sangre despechado;
Y una mano invisible
Lo empujó de la orilla, y al impulso
Cayó dentro del lago
Y á manotear convulso
Empezó en él, porque la sangre espesa
Llenaba su pulmon de condenado,
Pesando como azogue en su cabeza:—
Y aquel lago de sangre en que se ahogaba.
La sangre era de un pueblo degollado.

Y oyó una voz entonce
Gritar atronadora:—
«Chacal feroz del Uruguayo cerro,
Toda esa sangre que vertistes á hierro
Caerá sobre tu raza maldecida;
Por que esclavo y verdugo solo fuiste,
Ejecutor de los sangrientos planes
Del tirano del Plata ó del demonio
A quien en cuerpo y alma te vendiste.»

Y vió luego á un Demonio y á un Espectro
Osamenta de Fuina en forma de hombre
Corriendo por la faz de una llanura
Despoblada y oscura;
Y el espectro voráz iba delante
Con un puñal en la huesosa diestra,
Y ajitando flamante
Una enseña rojiza en la siniestra;
Y el demonio detras que lo impelía
Gritando le decia:—
«Hiere, verdugo, hiere;
Esclavo, no te pares, adelante!
Bruto, obedece al látigo estallante,
Lleva tu carga, ó blasfemando muere.»

Y Oribe se despierta á tiempo mismo
Que penetra en la tienda el Secretario;

Su cara de un espectro del abismo
La imájen parecía;
Por ella á gotas el sudor corria,
Y de su honda pupila el estravismo
Revelaba el desórden de su mente.
«¿Qué me quieres?» le dice como airado;
«¿Qué hay de nuevo?»
«—Perdon, mi Presidente;[1]
Centenar de salvajes degollados,
Y Avellaneda con Vilela y otros
Que á almorzar han venido con nosotros.—»
«¿Como? qué dices? salió bien la trama?»
Y saltando al momento de la cama
De pié se pone Oribe,
Y en su flaco semblante
Asoma el regocijo delirante.

«—A Vuexelencia Sandoval escribe
Que sus órdenes todas ha cumplido,
El prémio reclamando prometido.—»
«Lo ha hecho bien el malvado;
Largamente será recompensado;
Pero despues veremos.»
«—Carta, además, de Jujuí tenemos,
Anuncia que el traidor, el asesino
Lavalle ha sido muerto....»

—« ¿ Dónde ? cómo ? »
— « En un lugar á la ciudad vecino,
Por partida de gauchos federales
Que siempre fueron á la causa leales. »

Y el gozo transfigura del caudillo
El rostro de cadáver amarillo,
Y frenético esclama:—« ¿ y la cabeza ?
¿ Donde está su cabeza ? »
—«Se han llevado
Los suyos el cadáver.»
—« Gran proeza
Han hecho los imbéciles—matarle !
¿ No pudieron acaso degollarle ?
Que busquen el cadáver:—enterrado
Los bandidos, sin duda lo han dejado:
Que arranquen su cabeza del sepulcro,
Yo quiero verla, verla.
¿ Entiendes lo que digo ? hedionda, horrible
Quiero verla ante mí, reconocerla.
Pisotearla, escupirla
Y de regalo á Rosas remitirla»,[5]

III.

Sandoval, entretanto, al campamento
Con los suyos penetra á paso lento

Sus víctimas trayendo maniatadas:
Los soldados de Oribe sus miradas
Echan sobre ellos al pasar sonriendo,
Y burlescos ultrajes
Les dirijen, en alto repitiendo
Con sardónica risa:—«Estos salvajes
Se han venido en camisa y calzoncillos.
Camiseta de cuero les pondremos.
Y descalzos tambien—
Un par de grillos
Para que marchen bien les calzaremos.»

¿ Cuál será el gobernador ?
El mas viejo ó mas muchacho ?
El de la barba sin flor.
Lástima es; parece un guacho
Con los aires de señor.

Y oyen cantar en redor:
Salud al gobernador
Del rebelde Tucuman;
No quiere ya ser traidor,
Y se aparece en Metan
Sin bonete de Doctor.

Le jugaron una treta
Los de la federacion;

Y perdiendo la chaveta,
Como perdiera el baston,
Viene en desnudez completa.

Y oyen cantar en redor,
¡ Salud al gobernador !

Buena acojida le harán
Los federales aquí;
Otro baston le darán;
Camiseta le pondrán
Con bonete carmesí.

Y á zapatear con primor
Aprenderá fácilmente
La *resvalosa* de amor,
Que hace federal ardiente
Al salvaje mas traidor.

Y oyen cantar en redor
¡ Salud al gobernador ! [6]

Así insultan á aquellos desdichados
Por órden de su jefe los soldados.
Ellos, empero, no oyen, ó aparentan
No oir de aquella turva
Los bárbaros ladridos;
Y mudos, cabizbajos, absorvidos

En su propio infortunio,
Donde los llevan ván.—Lo inesperado,
Lo grande, lo fatal de su desdicha
Resignacion y fuerza les ha dado
Para arrostrarlo todo—De su suerte
La misteriosa pájina han leido,
Y en ella han visto...muerte,
Martirio sin igual, lenta agonía.
¡De qué airarse, ó quejarse les valdría!

Para uno, sin embargo,
De entre ellos mas amargo
Debe ser aquel trance:
Para medirlo y comprenderlo, alcance
No hay en ojo mortal;—tan solo él mismo
Sondar puede de su alma en el abismo.
Jóven, esposo y padre:
¡Qué pena hay mundanal que no taladre
Su corazon allí!... Patriota heróico
El destino fatal con la corona
Del martirio su frente galardona;
Jóven lleno de vida y fortaleza,
De inteligencia y porvenir fecundo,
Con embrionario mundo en su cabeza,
Sin nada realizar se vá del mundo:—
Esposo tierno, de la esposa cara

La mano del verdugo lo separa:
Padre, deja á sus hijos desterrados.
Pobres, en la horfandad desamparados
Y esta idea terrible que á su mente
Pegada vá, como insaciable diente,
Le abisma la razon, y entre su boca
Espira á veces la blasfemia loca.
¿ Qué es la virtud, gran Dios, con su heroismo
Si la abandonas tú, y aniquilada
Cae al golpe del bárbaro egoismo
Por acatar tu ley que vé ultrajada ?
¿ Para que la potencia
Diste á la intelijencia
De concebir lo bueno en esperanza
Si á realizar su concepcion no alcanza ?

¡ Morir en los albores de la vida !
Cuando está el alma de ambicion henchida,
Cuando en triunfo se huelgan los tiranos,
Cuando la hermosa patria de sus sueños
Agonizante gime entre sus manos !
¡ Morir, sin poder antes,
Manifestando alientos varoniles
Pisotear en el fango á esos reptiles
Que el egoismo rudo hizo jigantes ?
¡ Al acercarse al suelo

Que à su esposa querida
Y à sus hijos hospeda,
Caer por injusto fallo de un destino,
Misterioso para él, entre las garras
De inexorable y bárbaro asesino !—
Terrible situacion de Avellaneda.
Con faz serena empero,
Él afronta lo horrendo de aquel trance
Sin esperanza alguna ni asidero,
Cuyo acerbo afanar nada mitiga.
Si algo en su rostro varonil resalta
De estraño abatimiento
Es de la carne el largo sufrimiento,
La palidéz del hambre y la fatiga,
Y el dolor de las fuertes ligaduras
Que sus hinchados puños
Van corroyendo duras.

A medida que al campo ellos se internan
Por algunos traidores escoltados,
La brutal soldadesca se amontona
Curiosa en torno suyo,
Y crecen los insultos despiadados,
Crece el procaz murmullo,
Como suelen las aves de rapiña
Importunar con su àspero graznido

Las orejas del leon agonizante
Que entre pérfidas redes ha caído...
Murmullo que remeda
El mujido de la onda
Que la peña redonda
Embiste sin cesar;...y Avellaneda
Acosado por él, de cuando en cuando
El noble cuello alzando,
Echa sobre la turba una mirada
De menosprecio y compasion preñada:
Cantar oyendo en derredor,
¡ Salud al gobernador !

IV.

Mediodia ha pasado; el campamento
De gala está vestido; los tambores,
Los pífanos anuncian silbadores
Holganzas y festejos,
Y la sonora música á lo lejos
La *resvalosa* toca,
Sonata federal que al regocijo
Y al degüello de víctimas provoca.
Avellaneda oyendo

La ruidosa alegria
Con que celebra el bárbaro enemigo
La victoria tan facil de aquel dia,
Está desde el lugar que por abrigo
A su cabeza han dado.
Por asiento y por cama
Tiene la verde grama,
Y por techo de amparo una carreta,
Entre cuyo rodado
Cabizbajo medita:—dos lanceros,
Paseándose al redor con gran cautela,
Hacen al desdichado centinela:—
Oribe su verdugo ha separado
Los que fueron sus fieles compañeros,
Para que no halle el eco en su agonía
De conocidas voces,
Ni mirada fugaz de simpatía
Entre ceños salvajes y feroces.
Cabizbajo medita en su destino,
Devorando de maiz algunos grano s
Que alguien le dió al pasar como limosna,
Y que á su hambriento lábio á duras penas
Pueden llevar sus comprimidas manos.

Resignado ya está, pero su mente
Con ánsia convulsiva lo presente

Sondea de su horror; y luego abraza
La fujitiva traza
Que ha dejado en su rápida carrera,
Y en sus queridos hijos, cariñosa
Se abisma y en su padre y en su esposa.
Les prometió en la triste despedida
Volver pronto á abrazarlos
O en el destierro acerbo acompañarlos,
Y al pisar fujitivo la frontera
Se frustró esa esperanza lisonjera
Por que quiso el destino condenarlos
A perdicion comun.—Pero si aprende
Cuán frájil y quimérica es la dicha,
De cuán poco depende
Su pérdida ó fruicion; nada comprende
De ese oculto y terrífico destino
Que desventuras tantas le previno.
¿ Será la providencia ?—es imposible.
¿ Será el jénio del mal ?—no alcanza á verlo.
Providencia, destino, ley terrible
O númen infernal ¿ como saberlo ?

Y su espíritu audáz convulsamente
Se hunde de lo infinito en la corriente,
Como en caos eternal chispa liviana.
Pero un demonio de figura humana

A interrogarlo llega de repente,
Con benigna sonrisa solapando
De su alma lo feroz y lo nefando.[7]

INTERROGADOR.

¿Juras decir verdad?

AVELLANEDA.

Nada prometo;
Ni tengo que decir.

INTERROGADOR.

Mucho coraje,
Mucho orgullo te queda todavía,
Indómito salvaje.

AVELLANEDA

Sobrado para odiar á los tiranos
Y seides y verdugos inhumanos.
El salvaje eres tú; lo sois vosotros
Que robais, degollais á los patriotas,
Y la moral hollando y la justicia,
Correis sin freno como agrestes potros
En pos de los objetos que codicia
Vuestro instinto brutal siempre siniestro

Doblando las espaldas como esclavos
Al látigo feroz del amo vuestro.

INTERROGADOR.

Insolente ¿el castigo no recelas?

AVELLANEDA.

No sé lo que es temor, ni pido gracia.

INTERROGADOR.

Compadecido estoy de tu desgracia.

AVELLANEDA.

Guarda tu compasion, yo no la quiero,
Ni la imploro de tu amo ni la espero.

INTERROGADOR.

Si dices la verdad, si algo revelas
Te salvarán la vida.

AVELLANEDA.

A los demonios
Gran risa causaria
La clemencia de tu amo, pobre siervo;
Y no es bueno que de él nadie se ria.

INTERROGADOR.

¿ No eres tú el promotor empecinado
De la liga del Norte,
Que tú misma desgracia ha orijinado ?

AVELLANEDA.

Me venaglorio de eso
Y ante Dios y la patria lo confieso.

INTERROGADOR,

La rebelion entonce promoviste
Y la guera civil siendo ministro.

AVELLANEDA.

La guerra contra el bárbaro tirano
Ignominia del nombre Americano.

INTERROGADOR.

Y por hecho tan grande despues fuiste
Gobernador de Tucuman....

AVELLANEDA.

Y fuera
Si Rosas tantos siervos no tuviera.

Era libre mi pais, le habeis traido
Los viles hierros que arrastrais vosostros;
Infames como nadie habeis querido
Vuestra infamia lanzar sobre los otros,
Sin piedad degollando á los que bravos
Al rostro os arrojaron de repente
Esa librea que llevais de esclavos.

INTERROGADOR.

A salvarlo venimos de traidores.

AVELLANEDA.

Los traidores serán los que al tirano
La Patria de Belgrano
Maniatada y exánime vendieron,
Y de su odio salvaje y sus rencores
Instrumentos tan dóciles se hicieron.
¿Qué principio, qué causa en esta guerra
Vosotros defendeis? porqué de sangre
Inundais y de llanto nuestra tierra,
La cuchilla paseando de esterminio?
Bien lo sabeis, para que en ella asiente
Rosas vuestro amo el bárbaro dominio,
Y con profusa mano en recompensa
Vuestras viles pasiones alimente.

Traidores nos llamais porque pedimos
Las libertades que heredar debimos.
Porque ser pretendemos ciudadanos;
Porque queremos leyes y justicia,
No el capricho brutal de los tiranos.
¿ Quiénes son, decididlo, los traidores ?
¿ Nosotros ó vosotros vencedores ?

INTERROGADOR.

¿ Quién al ilustre federal Heredia
Hiciera asesinar ?

AVELLANEDA.

Ya te comprendo.
Quieres, sayon, para engañar al mundo,
Con los veraces hechos de la historia
La trama componer de una comedia,
Y mis palabras á tu antojo urdiendo
Manchar con ese crímen mi memoria,
Mi nombre difamar; pero te engañas,
Son harto conocidas
Las mentiras que usais, las torpes mañas.
Que especulais con el terror y el crímen,
Con el llanto y dolor de los que gimen,
Y que cínicos, nécios impostores
Sois á mas de asesinos y traidores

El mundo sabe; y mentirás en vano,
Porque la historia á mí me hará justicia
Como la hará á vosotros y al Tirano.

INTERROGADOR.

¿Sabes quién soy?

AVELLANEDA.

No sé.

INTERROGADOR.

Maza me llamo.

AVELLANEDA.

Mónstruo la humanidad y sayon tu amo.
Degollador, tu nombre me horroriza
Porque la humana fiera simboliza:
Puedes irte de aquí porque yo nada
Con vos tengo que hacer; como acostumbras
No vengas con tu estúpida mirada
La víctima á insultar. Tú, Sol que alumbras
Y derramas calor sobre mi frente,
Lo que has visto de mí en la hora postrera
Podrás decir á la futura jente.

INTERROGADOR.

Salvaje, tú deliras, ó estás loco.

AVELLANEDA.

Para tu alma feroz, inmundo foco
De estupidez y corrupcion, deliro.

INTERROGADOR.

Tu delirante impavidez admiro.

Y bajando la vista Avellaneda,
Volvió á sentarse en medio del rodado;
Y el cínico sayon de las *mas-horca*
Se retiró de allí desconcertado,
Fulo y mordiendo con rabioso diente
El aguijon de su palabra ardiente.

V.

Avellaneda entonce, quebratado
Por dos dias de insomnio y de fatiga,
Por el hambre y las ánsias de su mente,
Como en mullida cama

Se echó à dormir sobre la verde grama.
Y pronto un sueño blando
Sus pàrpados cerrando
Todo pudo olvidar; pero despierta,
Febriciente quizá su fantasía,
Entonce empezó à ver vivo y de bulto
Lo misterioso, lóbrego y oculto
Que el tiempo en sus honduras escondía.

Y vió de una mirada
Una inmensa llanura
De cerros y de bosques salpicada
Y vestida de flores y verdura.
Una atmósfera densa, semejante
Al paño de un cadáver, la cubría;
Y al traves de esa atmósfera abrumante,
Como un globo de hierro encandecido,
En el fondo de cielo renegrido,
Rojizo y como inmoble y vaporoso,
Un astro sin calor se descubría.

Y en la llanura aquella
De negros horizontes,
Sierras había y montes
Y pueblos y ciudades,
Y lagunas y rios
Rojos como de sangre ya cuajada,

Y brutos carniceros y bravíos
Rastreando de los hombres la pisada.

Y los hombres de pueblos y campañas
Parecian estúpidos carneros
Y toros y salvajes alimañas
Sin fuerza ya, ni brios altaneros,
Avezados por larga servidumbre
A doblar la cerviz con mansedumbre
Bajo el golpe del látigo ó del hierro,
Y á moverse en comun como tropilla
De caballos al ruido del cencerro.

No habia entre ellos hombres, ó ninguno
Hombre ya en el semblante parecia;
Porque el miedo serval, la tiranía,
De esos rostros humanos
La estampa del creador borrado habia
Todos los rasgos de su oríjen bellos,
Dejando solo en ellos
La marca de criaturas
Dejeneradas, tétricas ó impuras...

Y Avellaneda con asombro viendo
Degradacion tan grande
Del hombre obra de Dios, el alma llena
Se sintió de honda pena,

Y concebir turbado no podia
El misterio de aquello que veía.
Y una voz dijo entonces:—
« Olvidaron la ley del cristianismo,
No supieron unirse como hermanos;
Esclavos los hiciera el egoismo,
Brutos la tiranía y los tiranos. »

Y vió luego entre aquellos moradores
De pueblos y campañas,
Convertidos en mansos animales,
Rondar como tropillas de chacales
De hienas y de lobos carniceros,
Como en torno á un corral, buscando hartura,
O de vacas de leche ó de carneros,
Andar suelen humeando en noche oscura.

Y las fieras aquellas devoraban
Hombres doquier en campos y ciudades
Que parecian conservar apenas
Un resto de calor entre las venas;
Y ensangrentar ó arrebatar dejaban
Muchos hasta sus hijos y mujeres
Por conservar la vida y el reposo
De su sueño brutal y sus placeres.
Y los mas avisados se escondian
Transidos de terror en sus cabañas,.

Mientras fuera en los pueblos y campañas
Los huesos de las víctimas crujian,
¿ Qué me importa ? diciendo; y á su turno
La cuadrilla feroz que lo rastreaba
Como á estúpida grei los devoraba.
Y ninguno de aquellos que escondidos
Escuchaban los ayes y jemidos
Daba señal de sentimiento humano,
Se movía á piedad, tenía aliento
Para salvar la vida del hermano
Que devoraba el animal hambriento:—
Porque el rudo egoismo embrutecidos
Los tenía, y el miedo entumecidos.

Y aquella que veía Avellaneda
Misteriosa y feroz carnicería
De víctimas humanas,
Una escena infernal le parecía.
¿ Cómo, se decia él, un pueblo entero
Se deja degollar como un carnero,
Y no se unen sus almas y sus brazos
Para hacer á esas fieras mil pedazos?
Y una voz responder oyó sonora;...
«La bárbara cuadrilla los devora
Y los ata el terror, porque cada uno
Solo en sí piensa y su egoismo adora:

No puedes comprender lo nunca visto....
Cuando el *verbo* del Cristo
Su inteligencia embrutecida alumbre,
Tiranía no habrá ni servidumbre
Ni serán como humildes animales
Devorados los hombres uno á uno
Por cuadrillas de lobos y chacales.»

Y á una especie de bestia ó Minotauro
Forma de toro y de demonio y de hombre,
Mónstruo tal vez de cópula sin nombre,
Vió á orillas de un gran rio y en el centro
De una grande ciudad, recluso dentro
De un informe edificio, parecido
A una cueva infernal, donde circuido
De terror y misterio, parecia
Urdir con el demonio entre tinieblas
Trama alguna maléfica y sin nombre
En el lenguaje familiar del hombre.

Y el mónstruo aquel tenía
A los muchos y mansos moradores
De la ciudad aquella
En convulsion perpetua de terrores,
Por que de carne humana se nutria
Como el mónstruo jigante Polifemo,
Era en poder para dañar supremo

Como el jénio del mal y las tinieblas,
Y sangre, sangre sin cesar pedía;
Y porque el pueblo aquel, en la locura
De su rudo egoismo y su pavura,
Todo él en holocausto se ofreciera
Para calmar la furia carnicera
De aquella bestia con figura de hombre
Que en idioma humanal no tiene nombre.

Y el Minotauro aquel ¡ misterio horrible !
Era el rey de las hienas y chacales
Que con hambrienta boca devoraban
La poblacion aquella
Convertida en tropilla de animales;
Y su hedionda caberna les abría
Cuando abrumarla de terror quería,
Y frenéticos ellos se lanzaban
A devorar la presa que su dedo
Les señalaba, trémulo de miedo;
Porque el mónstruo de raza maldecida,
Cobarde como estúpido en fiereza,
Veia en sus terrores á toda hora
Doquiera vengadora
La espada de Damocles suspendida
Sobre su infame y bárbara cabeza.

Y el pueblo aquel de mansos animales

Que la bestia feroz así diezmaba,
Como ante un ser divino,
Dispensador de bienes y de males,
A sus plantas de hinojos se postraba;
Y por atraerse el patrocinio suyo
Con su sangre y perpétuas alabanzas
Cebaba sus rencores y su orgullo.

Y una voz dijo entonces:—
«Del Cristo y de su dogma renegaron
Por terror, ignorancia y egoismo,
Y á los pies como brutos se inclinaron
De un ídolo sangriento del abismo.... »
Y luego de la esfera
Entre nube lijera
Vió bajar como un ánjel de esperanza;
Y el ánjel con tristeza
Contemplándolo estuvo, y sonriendo
Le puso una corona en la cabeza.
Y la corona le arrancó un jemido
Y ensangrentó su frente,
Por que era de laurel entretejido
Con agudas espinas; y oyó entonce
Sonar por el espacio vagamente:

Alma noble, tu lucha
Finalizó en la tierra,

La aurora ha amanecido
De tu inmortalidad.
Para que pueblos haya
Preciso es que haya mártires
Que mueran como el Cristo
Por la fraternidad.

Y luego parecióle, como ocultos
Entre nube de grana vaporosa,
Columbrar unos bultos
Que le hablaban sonriendo
Con inefable amor, y hácia él tendiendo
Sus brazos y mirada cariñosa.

Y miró y vió á lo lejos,
Como entre blanca nube á los reflejos
De un sol crepuscular, triste y llorosa
Una mujer hermosa,
Con el cabello negro destrenzado;
Y asídos á sus palmas
Dos pequeñuelos niños
Lagrimeando tambien; y detras de ellos;
Triste y meditabundo,
Un hombre de blanquísimos cabellos.

Y todos cuatro echaban
Al horizonte oscuro,
Lleno de angustia á veces,
Mirar vago y profundo;
Como si en él buscase
Su corazon ansioso
La lumbre de algun astro venturoso.
Y los dias pasaban
Y el astro apetecido no volvia,
Y el horizonte siempre estaba oscuro
Para ellos, y jimiendo suspiraban
Porque rayo ninguno en él lucía.

Y aflijido miraba Avellaneda
De aquel grupo de seres desdichados
La espectacion ansiosa,
Y clavó en él sus ojos desalados;
¡ Funesta aparicion ! su anciano padre,
Sus hijos y su esposa
Creyó reconocer, entre la bruma
Que los cubria como blanca espuma;
Y se lanzó frenético á abrazarlos,
Y al ir yá, ya á estrecharlos
Sintió un frio de hierro en su garganta,
Y desfallece lánguida su planta
Como cortado leño, y con voz mùstia

Exhala un ay! de inesplicable angustia,
Y se pone de pié todo ajitado;
Oyendo resonar aturdidores
En el campo fatal los atambores.

VI.

El sol ya se escondia
Detrás de las montañas,
Y al traves de los árboles jigantes,
En las hondas quebradas esparcía
Aquella vaga y uniforme lumbre
Que á los objetos dá formas estrañas
Indecisas, redondas ó flotantes.
Arrebolado el cielo
Con nubes de carmin y de topacio
Sobre azul transparente, parecía
Un magnífico velo
Tendido en la portada del palacio
De lo infinito, eterno y absoluto....
La brisa de los Andes removía
La copa de los cedros y lapachos,
Y escondida en las ramas
De los naranjos verdes ó quebrachos,

Su jemido la tórtola ó su arrullo
Mezclaba á los armónicos rumores
Del zorzal y otros pájaros cantores;
Y de la tierra todo parecia
Alzarse al cielo un vividor murmullo,
Un cántico de hosana y de alegría.
De los pechos humanos solamente
Se exhalaban sollozos ó jemidos,
Gritos de sangre ó de furor demente
De verdugos, tiranos y oprimidos.

Aquel canto de paz daba consuelo,
Aquella dulce y palpitante calma
De la tierra y del cielo
Convidaba á vivir al desdichado
A inevitable muerte condenado,
Y daba aliento á el alma
Para engolfarse, libre de apetito
Carnal y ánsia terrestre, en lo infinito.

Contemplando aquel cuadro Avellaneda
De la natura, estático se queda,
Y se remonta al cielo con la mente;
Pierde de vista esta rejion de lodo
De tinieblas y angustias,
Y olvidado de todo
Ni el escozor de su desdicha siente.

Y en mar de resplandores eternales,
De cuyo seno fluyen
De la vida infinita los raudales,
Se abisma mas y mas, y anonadado
Siente su ser carnal, y transformado
En inmortal espíritu, se mece
En piélago de lumbres y armonías;
Y en su mirada brillan como efluvios
De la inmortalidad, y en su cabeza
Aureola de candor y de belleza:
Y el aroma vivaz, puro, bendito
De otro mundo respira,
Y realizar en éxtasis parece
Su comunion con Dios y lo infinito.
Aspiracion ideal por que la mente
Peregrinando del mortal delira.

Cesado, entanto, había
De los roncos tambores
El ruido aturdidor, y solamente
Un murmullo sordísono se oía;
Mientras absorto el mártir en visiones
De soñadas rejiones,
Inmoble está de pié, como si su alma
Estuviera en el cielo suspendida.
Entonce ante su vista se presenta

Un jóven oficial con tres infantes,
Y saludo cortés haciéndole antes,
En voz alta, le dice, y conmovida:—
«Prepárate á morir.»...Sereno el mártir
Señales de emocion no manifiesta,
Y con acento firme le contesta:—
«...Tiempo hace que lo estoy, pero un cigarro
Antes fumar quisiera»...Silencioso
Se lo dá preparado y encendido
Aquel jóven de pecho generoso;
A su diestra se pone, y al momento
Lo encamina al suplicio á paso lento.

No distante de allí con arma al hombro
Taciturno y de pié, yá está formado
El cuadro militar, y en torno suyo,
Hirviendo con sordísono murmullo,
Mil cabezas se ven de rojo viso,
Curiosidad ó asombro
O sonrisa brutal manifestando,
Y encima de los árboles contiguos
Otras tantas los ojos asomando.

En medio de aquel cuadro silencioso,
Colocados en línea
Cinco bultos de rostro muy tostado,

De luenga barba y pelo desgreñado,
Inmóviles resaltan, como bustos
Del infortunio adustos;—
El cuerpo varonil tienen cubierto
Con harapos de lienzo blanquecino
El pecho como el cráneo descubierto,
Y sujetos en cruz con soga dura
Sus puños por la espalda, donde muestra
Cara horrible y siniestra
Un grupo de sayones
De roja camiseta y tez oscura.
Cabizbajos están, como rendidos
Bajo el peso de golpes repetidos
De infortunio fatal; pero cuando alzan,
O mirada furtiva
Llevan en rededor con frente altiva,
Se vé que son soldados
A encarar el peligro,
La miseria y la muerte acostumbrados.

Mas de repente el cuadro se conmueve
Y la chusma en redor, como arboleda
Al resoplido leve
De brisa de los Andes, y hácia el punto
Por donde entra fumando Avellaneda,
Millares de cabezas en conjunto

Se inclinan, y asombradas,
De su órbita saliendo,
Lo ojean; lo examinan
Otras tantas estùpidas miradas;
Y un « mueran los salvajes, » estupendo
Grito de ultraje y convenida afrenta,
Sobre la frente impávida del mártir
Como tronido aturdidor revienta.

Y oye cantar en redor:
Salud al gobernador
Barbilampiño y travieso;
Contrito y lleno de amor
Viene á recibir el beso
Que dá la Patria al traidor.

Quedará purificado
De toda mancha y pecado
Como arrepentido está.
Y del bienaventurado
La eterna paz gozará.

Los muertos no se revelan
Contra la federacion,
Ni traidores jamás son;

Ni en su descanso recelan
Fiebre de loca ambicion.

Maniatado tambien sin mas vestido
Que un liviano tejido,
La cabeza desnuda
Al frente de sus leales compañeros
Lo hacen parar... y con mirada muda
Parecen saludarse,
Y darse parabienes lisonjeros
Por que vuelven á hallarse
En el lugar de su comun suplicio,
Y ofrecer á la Patria pueden juntos
Su inmaculada sangre en sacrificio.
Pálido el rostro está del jóven mártir,
Pero en su bella frente
Sombreada por cabello renegrido,
En su mirada de águila potente,
En su ademan erguido,
La dignidad resalta y la nobleza
De su grande y feraz naturaleza.

La señal dá un clarin, y estrepitosa
La música á tocar la *resvalosa*
Empieza de repente,
Y entre la chusma aquella el regocijo

Circula como eléctrica corriente.
Al oir la señal, cinco sayones
Sobre las tristes víctimas se lanzan
Y las tienden de espaldas á empellones;
Y mientras ellas roncan y patean
O en convulsiva lucha forcejean,
En su pecho clavando una rodilla
Y asiendo con la izquierda su cabello,
Al compás de la horrible resvalosa
Les hunden el cuchillo por el cuello.
Se oyen ayes y gritos sofocados
Y hervidero de sangre á borbollones,
Y de pies á cabeza ensangrentados
Se enderezan altivos los sayones.

Todo entonce es silencio;
De horror sobrecojida
Parece aquella turba, acostumbrada
Al crímen y á la sangre como al yugo
Del que es á un tiempo mismo
Su tirano implacable y su verdugo,
Y en el dolor humano su deleite
Encuentra como un jénio del abismo.
Empero, de pié queda
Viendo ante sí los troncos palpitantes
De sus amigos degollados antes,

De horror estupefacto, Avellaneda:
Su verdugo feroz, en el delirio
Brutal de la venganza, calculando
Lo mas fino en crueldad, lo mas nefando
Para hacer mas acerbo su martirio,
Prolongarlo ha querido, y su alma impía
Deleitar observando
Del mártir el dolor y la agonía.
Avellaneda, en tanto,
Impasible, no muestra
Flaqueza ni quebranto
En el terrible trance; y hácia el cielo,
Donde tiende el crepúsculo su velo
De negruzco color, de cuando en cuando
La pupila fosfórica llevando,
Con estóica firmeza
Burlar de su verdugo
Parece la antropófaga fiereza.

Pero llega para él la hora postrera.
Vuelve á tocar la música sonora
La sonata agorera
De regocijo y de matanza fiera,
Y un sayon se aproxima, y en la diestra
Resplandeciente daga
Sonriendo al mártir de la Patria muestra;

Su noble cuello con el filo amaga
Varias veces; lo hiere y sangre fluye.....
Y se hiergue indignado, y arrojando
Mirada que electriza el torpe bando,
Exclama el mártir:— «Bárbaro, concluye;»
No mas me martirices»—Fiero entonces
El sayon de estatura jigantesca
Lo tiende boca arriba; del cabello
Lo agarra, comprimiendo con la planta
Su pecho varonil, y en un momento
A cuchillo cercena su garganta,
Como rebana el árbol de un achazo
Del montaraz el formidable brazo.
Un ay! resuena de profunda angustia,
Un áspero ronquido, y un murmullo,
Y el sayon levantando, ébrio de orgullo,
Muestra á la turva de terror transida
En la sangrienta mano suspendida,
Radiante de prestijio y de grandeza,
Del mártir de la Patria la cabeza.[9]

Se vió entonce á una especie de esqueleto,
De tez de azufre y lívida mirada,
Soltar estrepitosa carcajada;
Y aflojando la rienda á su caballo
De aquel sitio alejarse como un rayo,

Con voz ronca y preñada de rencores;—
« Mueran, gritando, mueran los traidores: » —
Y millares de bocas repitiendo
Aquel grito feroz, suena estupendo.

(!)

Montevideo, Septiembre de 1849.

NOTAS.

CANTO PRIMERO

1. El *Pacará* es el árbol mas robusto y corpulento de Tucuman. Hay allí muchos cuya copa daría sombra á mas de cien jinetes.

2. *Sus casas son verjeles.* No es el pobre de Tucuman como el pobre de Europa: habita una pequeña casa mas sana que elegante, cuyo techo es de paja olorosa. Un vasto y alegre patio la rodea, el que jamás carece de árboles frutales, de un jardin y de un gran número de aves domésticas. (Memoria descriptiva sobre Tucuman, publicada en 1834, por el señor Alberdi.)

3. El capitan Andrews, en su viaje á la América del Sud, publicado en Lóndres en 1827, no dice como yo que Tucuman es bellísimo, sino que: «en punto á grandeza y sublimidad, la naturaleza de Tucuman no tiene igual en la tierra; que Tucuman es el jardin del Universo.» (Memoria de Alberdi.)

4. *Poleo.* Arbusto de cinco piés, cuya fragancia se parece á la del tomillo.

5. En Tucuman se formó el primer ejército destinado á ar-

rojar del alto Perú (hoy Bolivia) á los españoles, que lo habian vuelto á ocupar despues de la desastrosa jornada de Huaqui en 1811. Belgrano, general de ese ejército, hizo construir, á una legua de la ciudad de Tucuman en una vasta planicie, un edificio para el acuartelamiento de sus tropas, llamado *Ciudadela,* y como á dos cuadras de ella, una casa para su habitacion. De estos dos edificios no quedaban sino ruinas cuando el señor Alberdi los visitó en 1833, ruinas cubiertas por el pasto y circuidas de soledad y de silencio.

6. El doctor don Bernardo Monteagudo, tucumano, fué miembro de la primera Asamblea Constituyente de las Provincias Unidas, inaugurada á principios del año 1813, y promotor ó sostenedor elocuente de todas las grandes medidas dictadas por ella. Como redactor de la *Gaceta*, del *Martir ó Libre*, del *Independiente* y del *Grito del Sud*, se mostró, despues de Moreno, sin rival en la prensa periódica, no solo por el nervio y la originalidad de su estilo, sino tambien por la precision y alcance de sus ideas. Hizo las campañas de Chile y del Perú en clase de auditor de guerra del ejército de los Andes. Despues de la ocupacion de Lima por este ejército, el general San Martin, protector del Perú, lo nombró su ministro. En 1825, desempeñando iguales funciones bajo la administracion de Bolivar, fué alevosamente asesinado en las calles de Lima, en lo mejor de su edad.

7. No esperaron los españoles que Belgrano los buscase en el Perú. Un ejército suyo, al mando de Tristan, invadió á Tucuman y fué completamente derrotado por el general Belgrano, en el campo de la Ciudadela, en septiembre de 1812. Esta victoria, y la de Salta, ganada por el mismo general en febrero del año siguiente, aseguraron la independencia de la república. Desde entonces el campo de la Ciudadela, fué apellidado *Campo de honor*, y Tucuman, *Sepulcro de los tiranos.*

8. En 1816, un Congreso Argentino firmó en Tucuman la

declaracion de la independencia de las Provincias Unidas.

9. En el transcurso de la revolucion, Tucuman ha presenciado varias veces el duelo á muerte de las facciones argentinas; pero tiene la gloria de haber casi siempre combatido por el principio civilizador y progresivo de la revolucion de Mayo, y contra las facciones retrógradas y bárbaras que pretendian sofocarlo. No así Córdoba, adherida al federalismo reaccionario desde Artigas.

10. Despues de escrito este canto, hemos sabido que Avellaneda no nació en Tucuman, sino en Catamarca, cuando este territorio estaba unido al de Tucuman. Pero sus padres le llevaron muy niño á esta ciudad, donde se crió hasta que lo enviaron á estudiar á Buenos Aires: así lo tenian todos por tucumano.

Agregaremos, para que se conozca mejor á este infortunado jóven. En la administracion Balcarce, año 1833, fué co-redactor del *Amigo del Pais*, periódico de oposicion á Rosas y su partido. En 1834, á la edad de 20 años, recibió el grado de doctor en leyes en la Universidad de Buenos Aires. Poco tiempo despues se retiró á Tucuman, residencia de su familia, donde no tardó en ocupar un puesto importante en la majistratura.

Cuando el asesinato del general Heredia, en 1838, era presidente de la Sala de representantes y del tribunal de justicia. En la administracion subsiguiente, fundó un periódico de iniciativa, cuyo nombre no hemos podido averiguar, en el cual, con todo el brio y el calor de su alma, invocaba el anatema de los pueblos contra la tiranía de Rosas y de sus aliados los caudillos de las provincias. Durante el gobierno de Piedrabuena, contribuyó decisivamente, tanto por la prensa como por medio de su influencia, al pronunciamiento de Tucuman contra Rosas, el cual se verificó solemnemente el 7 de abril de 1840. El gobernador Garmendia, sucesor á Piedrabuena, lo hizo su ministro general, y entonces realizó su gran pensamiento de

la *coalicion del Norte*, á la cual se adhirieron por un pacto formal las provincias de Tucuman, Salta, Jujuy, Catamarca y la Rioja, entrando poco despues á ella la de Córdoba. Bajo el gobierno del general Madrid, continuó desempeñando las funciones de ministro general. En Mayo de 1841, recibió la investidura de gobernador de Tucuman por delegacion del general Madrid, quien se puso en marcha para la Rioja con cerca de dos mil tucumanos y salteños, con la mira de incorporarse al general Lavalle y abrir la campaña de Cuyo.

11. Entre la Ciudadela y la casa de Belgrano se levanta humildemente la pirámide de Mayo, la que mas bien parece un monumento de soledad y de muerte. Yo la ví en un tiempo circundada de rosas y alegría..... (Memoria de Alberdi). Este monumento se erijió en conmemoracion del 25 de Mayo, despues de la victoria de Tucuman.

12. Fisiolójicamente hablando, lo que llamamos muerte no es mas que una transformacion de la vida. La materia orgánica se disuelve, separándose los elementos simples que la componen para combinarse de nuevo con otros análogos ó diversos, y reaparecer bajo otra forma animada. ¡Quién sabe si la vida misma no es el resultado de la combinacion de los elementos orgánicos, conforme á cierta misteriosa ley de proporcion y de equilibrio, cuya perturbacion origina la muerte, ó la disolucion del cuerpo animado!

13. «Tan reciente desengaño debe llenar de un terror religioso á los que promueven la gran causa de estas Provincias. En vano sus intenciones serán rectas, en vano harán grandes esfuerzos por el bien público, en vano convocarán congresos, promoverán arreglos y atacarán las reliquias del despotismo; si los pueblos no se ilustran, sino se vulgarizan sus derechos; si cada hombre no conoce lo que vale, lo que puede, y lo que se le debe, nuevas ilusiones sucederán á las antiguas, y despues de vacilar algun tiempo entre mil incertidumbres, *será tal*

vez nuestra suerte mudar de tiranos, sin destruir la tiranía.» (Moreno. Traduccion del Contrato Social.)

14. Antes de formarse la coalicion del Norte, Avellaneda era poco conocido fuera del recinto de las provincias: la realizacion de ese pensamiento audaz nacionalizó su nombre y le atrajo las miradas de todos.

15. *Sinsacate* lugar de la provincia de Córdoba.

16. La primera protesta armada contra la tiranía de Rosas, la hizo la provincia de Corrientes. El resultado de ella fué la batalla de Pago-Largo, sucedida en Marzo de 1839, en la cual perdió la vida su gobernador Beron de Astrada, y fueron degollados cerca de mil prisioneros correntinos, quedando aquella provincia sometida á Rosas.

17. El 7 de Noviembre de 1839 fué aniquilada en el combate de Chascomus la insurreccion del Sud de la provincia de Buenos-Aires.

18. La Legion libertadora, formada en Martin Garcia, obtuvo bajo el mando del general Lavalle la victoria del Yeruá, cuyo inmediato resultado fué la libertad de Corrientes. Posteriormente, en abril de 1840, esa Legion, convertida en Ejército Libertador, alcanzó en D. Cristóbal un triunfo indeciso.

19. El pronunciamiento de Córdoba contra Rosas se verificó en octubre de 1840. El regimiento de cívicos pardos de infantería fué el nervio principal de aquella insurreccion. El general Madrid que venia á apoyarla con una division de tucumanos entró en Córdoba al otro dia de sucedida.

20. La batalla del Sauce-Grande se dió en Julio de 1840. Rechazado el ejército Libertador de las fuertes posiciones que ocupaba el enemigo, bajó el Paraná en buques franceses, y desembarcó en San Pedro, provincia de Buenos-Aires, el 5 de Agosto.

21. Habiéndose retirado el ejército Libertador de la provincia de Buenos-Aires, fué alcanzado y batido por el de Ro-

sas en el Quebrachito ó Quebracho, de cuyas resultas los patriotas Cordobeses, uniéndose á los restos de aquel ejército, se internaron en las provincias, y Oribe ocupó á Córdoba.

22. El *Chacho*—caudillo de los llanos de la Rioja: su verdadero apellido es Peñalosa.

23. En enero de 1841, el general Pacheco, con un cuerpo de ejército sorprendió durmiendo en San-Calá una fuerte division del ejército Libertador, cuya mayor parte fué esterminada. Allí degollaron á Rico, el héroe de la insurreccion del Sud, y gran número de los heróicos cívicos de Córdoba. Sus comandantes Gijena y Villamonte, y veinte y tantos oficiales mas, cayeron prisioneros y fueron pocos dias despues degollados en la Pampa del Gato por órden de Oribe, quien hizo clavar sobre palos algunas de sus cabezas en la plaza y en el paseo de Córdoba.

24. El *tigre* de los *llanos*—Sobrenombre popular de Juan Facundo Quiroga, caudillo de la Rioja.

El *Apóstata fraile*, mencionado en la estrofa siguiente, es Aldao, gobernador de Mendoza, una de las provincias de Cuyo, y general del ejército Cuyano.

CANTO SEGUNDO.

1 *La Cruz del Eje*,—lugar de la provincia de Córdoba, fronterizo á Tucuman.

2. El general Acha yendo con trescientos hombres á incorporarse al general Lavalle que andaba por Famatina, se encuentra en Marzo del 41, en Machigasta, con el grueso del

ejército del fraile Aldao; y no quedándole otro medio de salvacion, lo carga inmediatamente á lanza, y abriéndose paso por entre sus espesas filas, logra escapar con la mitad de los suyos.

3. En mayo de 1841, el general Madrid gobernador de Tucuman, delega el mando en Avellaneda, su ministro general, y con cerca de dos mil hombres se pone en marcha hácia la Rioja, buscando su incorporacion al general Lavalle, quien forzado á retirarse, lo encuentra en Catamarca. Despues de conferenciar entrambos, Madrid continúa su marcha, y Lavalle con su division de seiscientos á setecientos soldados del ejército Libertador viene á Tucuman con la mira de formar allí otro ejèrcito para su defensa. El general Acha manda la vanguardia del ejército de Madrid.

4. El Aconquija con su corona de nieve perpétua se levanta veinte y cuatro leguas al poniente de la ciudad del Tucuman, y el Tafí como á doce leguas en la misma direccion. Sobre una de las faldas de este monte está situada una hacienda perteneciente á los padres de la esposa de Avellaneda.

5. Los hechos de Lavalle y Avellaneda son ya del dominio de la historia. No se estrañará por lo mismo pongamos en boca de Avellaneda opiniones sobre aquel y otros jenerales, que él mismo no tenia embarazo en manifestar á sus amigos de palabra y por escrito.

6. Desde el año 1821 se enseñaron en la Universidad de Buenos Aires la Filosofía sensualista de Condillac y de Tracy, y los principios de Legislacion del utilitario Benthan. Facil es calcular qué direccion darian á las inteligencias jóvenes doctrinas que entrañan en sí el materialismo y el ateismo, y desconocen la nocion imperativa del deber, y la influencia que por ese medio ejercerian sobre la sociedad culta de Buenos-Aires y de las provincias, de donde afluia constantemente la juventud á aleccionarse con ellas. Cuando una doctrina cualquiera se difunde en la sociedad, el sentido comun deduce naturalmente

sus consecuencias lógicas, y las lleva como regla infalible al ejercicio de la vida práctica. (1)

7. Ibarra, gobernador de Santiago del Estero. Este proyecto de invasion á Santiago no lo verificó Avellaneda á causa del inesperado arribo á Tucuman del general Lavalle, quien, alucinado por cálculos erróneos, le indujo á desistir de ella, y á licenciar las milicias que tenia reunidas.

8. *El Tipa*, es un árbol bajo y de tupida copa, cuyo grueso tronco tiene la figura de una pipa.

9. En Agosto del 41, el general Acha con 400 hombres, mitad infantes, se encuentra en Angaco, provincia de San Juan,

1. La enseñanza filosófica á que se refiere el ilustre poéta, mas que sistemática fué emancipadora, por la forma y por el fondo, pues tuvo por objeto abrir la razon de la juventud y avezarla al exámen franco de todos los problemas que la filosofía abarca en su generalidad, rompiendo con los viejos métodos escolásticos y con el yugo de las doctrinas impuestas dogmáticamente.

La consecuencia de esta direccion dada á los espíritus se pone de bulto, si se representan sus frutos por nombres propios. Los apóstoles y los mártires de la reaccion contra la política de Rosas, fueron discípulos de la Universidad de Buenos-Aires durante la época mencionada, comenzando por el mismo Sr. Echeverria que escuchó las lecciones del Dr. D. Juan Manuel Agüero en el curso correspondiente al año 1822. Avellaneda, Dulce, Angel Lopez, y tantos otros cuyas nobles y luminosas cabezas cayeron en el patíbulo del tirano, amaron la libertad porque habian emancipado la razon y robustecido sus fuerzas morales en la escuela á que se refiere el Sr. Echeverria.

La dominacion de Rosas echò raices en el terreno viejo de la colonia, terreno que apenas comenzaba á desmalezarse, cuando la reaccion social hácia atrás, se inició bajo los auspicios del oscurantismo intelecnal que distinguia á los colaboradores letrados del réjimen de las facultades estraordinarias.

Esto es histórico y puede demostrarse con nombres propios. Véase la obra titulada: "Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública en Buenos Aires"—en el capítulo consagrado al estudio de la Filosofia. (J. M. G.)

con el ejército del fraile Aldao, fuerte de 2,200 hombres; y batiéndose con él desde las once de la mañana hasta el anochecer lo despedaza completamente, toma todo su material de guerra y mas de 400 prisioneros, perdiendo en la refriega cerca de la mitad de sus bravos. Al otro dia se retira á San Juan distante siete leguas del lugar del combate. Allí Benavides, regresando con tropas de refresco, lo sorprende, en momentos que sus soldados yacian como aletargados por el viento Zonda, y acuchilla y dispersa su caballería. Acha se defiende dos dias en las calles de San Juan con un grupo de infantes y artilleros; pero sitiado, sin víveres ni municiones, y esperanzado en que el general Madrid llegue á salvarle, se encierra con unos cuantos héroes en la torre de la Catedral, resuelto á morir lidiando. Benavides amenaza derribarla á cañonazos sino se entrega á discrecion. El socorro esperado no llega: Acha exige garantía de vidas: Benavides la promete sin reserva alguna, y el héroe de Angaco rinde sus armas, llorando de despecho. El 16 de Setiembre, el traidor Pacheco escribe á Rosas desde el Desaguadero, lo siguiente:—«El titulado salvaje general Mariano Acha fué decapitado ayer, y su cabeza puesta á la espectacion pública, en el camino que conduce á este rio, entre la Represa de la Cabra y el Paso del Puente.»

10. La espedicion de Avellaneda á Salta tenia doble objeto —escarmentar á los Santiagueños que la hostilizaban, y reclutar gente para engrosar el ejército tucumano.

11. Antes de internarse Oribe á Tucuman, estuvo algunos dias campado en el Tala, lugar fronterizo de su territorio.

12. *El Tio*—departamento de la provincia de Córdoba, fronterizo á la de Santa-Fé.

13. Este grupo de cordobeses, eran 80 cívicos de infantería, únicos que habian quedado en pié del bizarro regimiento que encabezó la revolucion de Córdoba. Concluido el combate de Famaillá, aquella pequeña columna de bravos permanecia

inmoble, esperando resignada su destino. Oribe á caballo con su séquito, se les pone delante, y esclama.—«El que quiera salvar la vida grite, *Viva la Federacion!*»—Ninguno se conmueve ni desplega el labio, y todos son inmediatamente degollados.

14. El llamado *Monte Grande,* distante ocho leguas de la ciudad de Tucuman. El combate se dió en 19 de Setiembre de 1841, al amanecer. La fuerza tucumana se componia de 1,200 caballos, 80 infantes y 3 piezas de campaña; la enemiga de 1,500 caballos, 600 infantes y 3 piezas.

En el interrogatorio de Avellaneda publicado por Rosas en la *Gaceta Mercantil*, se lee lo siguiente:—«Se presentaron á Lavalle dos tucumanos y le dijeron, que la fuerza existente en el Monte Grande era solo una division compuesta de mil hombres de caballeria, y doscientos infantes con dos obuses, habiendo quedado el resto del ejército en la Capital; y que con esta noticia movió su campo para batir esta fuerza....»

15. Es un hecho averiguado que Oribe mandó de regalo á Manuelita Rosas las *orejas saladas* del coronel Borda, tomado prisionero en el combate de Famaillá, y degollado con otros muchos; y que esta señorita las mostraba como cosa muy curiosa à sus numerosos visitantes, colocadas en un plato sobre el piano de su salon. Oribe hizo la ofrenda á la hija para mejor congratular al padre. Hay en este refinamiento de adulacion de esclavo, no sé qué de mas bárbaro y villano todavia.

CANTO TERCERO.

1. Este malvado era Sandoval, hombre de baja esfera y sin educacion alguna, pero muy valiente. El general Lavalle lo hizó comandante de su escolta, motivo por el cual gozaba de cierta consideracion en el ejército.

2. Hé aquí la carta en que Sandoval comunica á Oribe el apresamiento de Avellaneda y sus compañeros. La copiamos del N.° 5456 de la *Gaceta Mercantil*, como tambien el parte de Oribe á Rosas.

Setiembre 26 de 1841.—Exmo. Sr. Presidente, general en jefe, Brigadier D. Manuel Oribe.—Con esta fecha he sorprendido al titulado general D. Marco Avellaneda, al coronel Vilela, al teniente coronel Suarez, al comandante Casas, al capitan Sauza y al capitan Espejo, y marcho con ellos al destino donde V. E. se halle. Intertanto espero que V. E. me ordene lo que he de hacer.

Exmo. Sr. Despues de dar este paso, espero el perdon. Yo, los oficiales y toda la tropa que me acompaña nos comprometemos á ayudar á V. E. á defender la causa de la Federacion hasta dar la última gota de sangre.

Hace fecha que con los oficiales y tropa que me acompañan hemos tenido intencion de pasarnos á donde V. E. estaba.

En el encuentro que tuvimos les he muerto al comandante Yacquez y al comandante Mansua, á un sargento mayor, un capitan y diez individuos de tropa.

El conductor de esta es el alferez D. Gerónimo Quevedo, con seis soldados y el vaqueano.—Dios guarde á V. E. muchos años.—*Gregorio Sandoval.*

El General en Jefe etc.—Al Exmo. Sr. Gobernador, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.—Cuartel general en Metan, Octubre 3 de 1841.—Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. que el comandante D. Gregorio Sandoval (que lo fué de la escolta del salvaje unitario asesino Juan Lavalle), despues de haberme dirigido la carta que original acompaño, se me ha presentado en este campo con una fuerza compuesta del capitan D. Juan Jimenez, los tenientes D. Pedro Loisa, don Manuel Frutos, D. José Maria Morales, D. Jerónimo Jimenez, D. Pascual Heredia, los alfereces D. Modesto Llanos y D. Gre-

gorio Quevedo, ocho sargentos, ocho cabos y cincuenta y siete soldados, conduciendo presos á los salvajes unitarios Marco M. Avellaneda, titulado general gobernador del Tucuman, coronel titulado José Maria Vilela, comandante Lucio Casas, sargento mayor Gabriel Suarez, capitan José Espejo y teniente primero Leonardo Sauza, los cuales salvajes unitarios han sido al momento ejecutados en la *forma ordinaria*, á escepcion del salvaje unitario Avellaneda, à quien por añadir á esta calidad la de cómplice y uno de los promotores del horrible asesinato perpetrado en la persona del Exmo. Sr. General D. Alejandro Heredia, además de otros muchos crímenes, *le mandé cortar la cabeza que será colocada á la espectacion de los habitantes en la plaza pública de la ciudad de Tucuman.*—Dios guarde á V. E. muchos años.—*Manuel Oribe.*

Con la misma fecha el infame Adeodato de Gondra, secretario de Ibarra, gobernador de Santiago, escribia á Rosas:—Santiago, Octubre 3 de 1841......... Ha caido el nunca bien ponderado salvaje unitario Avellaneda, principal asesino del finado ilustre general Heredia y autor de todos los males que han sufrido las provincias del Norte.—La vergonzosa asociacion de infames traidores que se llamó *Coalicion del Norte*, fué obra suya.

3. *Metan*—lugar de la provincia de Salta, atravesado por un pequeño rio del mismo nombre.

4. Oribe, despues de haber renunciado la presidencia del Estado Oriental, se asiló en Buenos-Aires. Rosas, campeon de la legitimidad de los gobiernos, continuó reconociéndole en el carácter de presidente legal, por cuyo motivo todos sus subordinados le llamaban Presidente.

5. El general Lavalle fué muerto de un balazo en una casa de los suburbios de Jujuí, por una partida de montoneros federales. Al saber Oribe su muerte, escribió al gobernador de Córdoba lo siguiente:—«Octubre 12 de 1841. He mandado

hacer activas pesquisas sobre el lugar en que está enterrado el cadáver de Lavalle, *para que le corten la cabeza y me la traigan.*»

La feroz osadía de Oribe quedó burlada. Algunos oficiales amigos, sospechando que los chacales buscarian el cadáver de su general, se lo habian llevado á Potosí, donde le dieron sepultura; la que custodiaron por algun tiempo.

6. Damos esta pequeña muestra del estilo federal burlesco, puesto en moda entre los suyos por Rosas, restaurador del arte de escribir como lo es de las leyes. La *Resvalosa*, es la sonata del deguello como lo indica la palabra misma: ella imita el movimiento del cuchillo sobre la garganta de la víctima y se canta y se baila á un tiempo. No se puede negar á Rosas y á los federales inventiva para llevar á perfeccion el arte del *deguello* y del *robo*.

La *Mas-horca*, es una sociedad de asesinos, ladrones y degolladores, formada y capitaneada por el mismo Rosas, Restaurador de las leyes. Dicha sociedad al constituirse, lo hizo bajo ese significativo nombre. La *Resvalosa* es invencion suya.

7. Rosas publicó en el número 5,456 de la *Gaceta Mercantil* un Interrogatorio hecho á Avellaneda el 3 de Octubre de 1841, en Metan, por Mariano Maza, con asistencia de un tal Luis Arguero como secretario. Este interrogatorio fuè evidentemente fraguado con la mira de echar sobre Avellaneda, cuando menos, una mancha de complicidad en el asesinato del gobernador Heredia, y de hacerlo aparecer débil y apocado en el momento supremo.

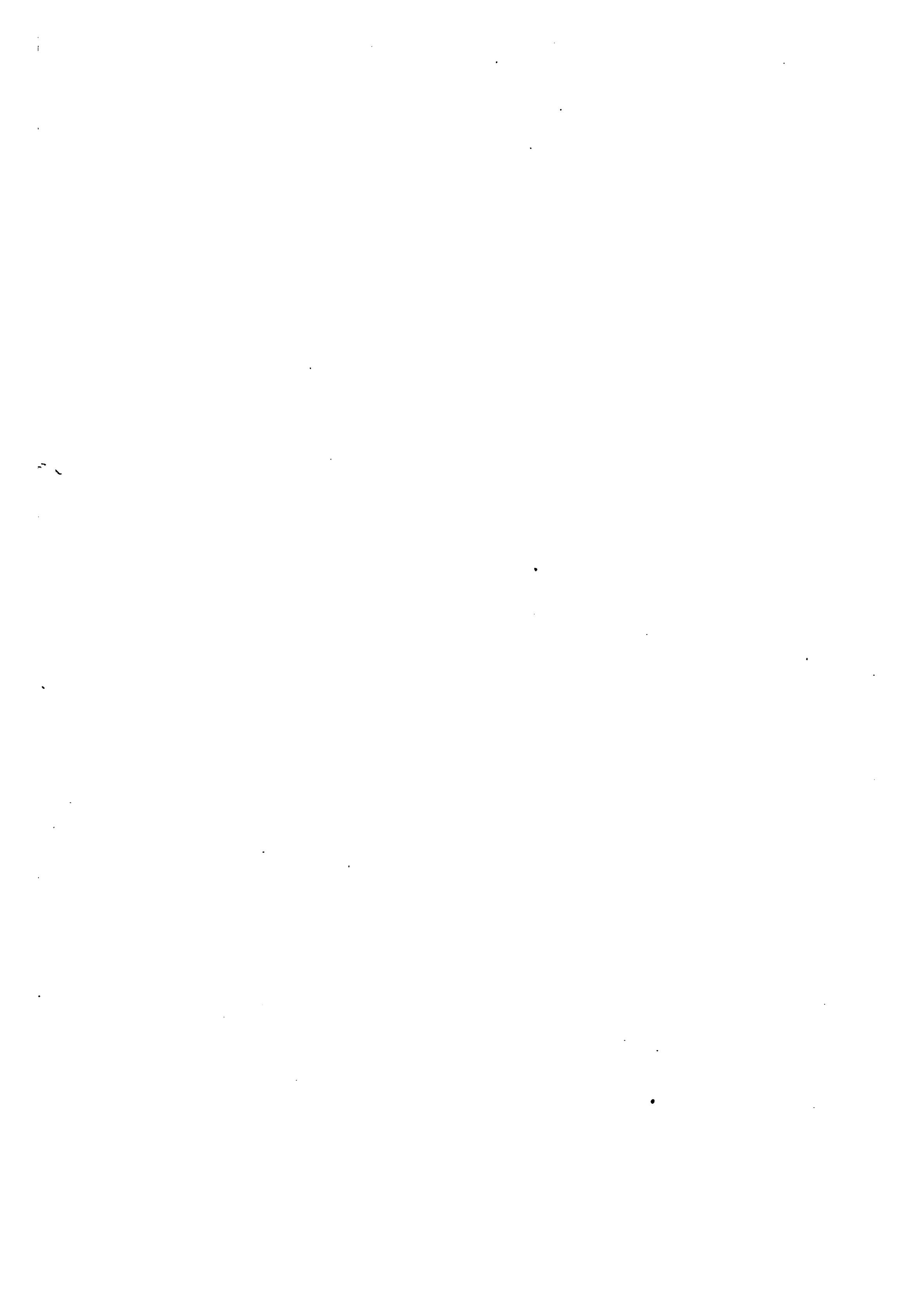
Lo que hay de cierto, referido por testigo ocular al general Madrid, es que á poco de llegar Avellaneda al campamento de Metan, y estando sentado entre las ruedas de una carreta, comiendo un puñado de maiz que le diera un soldado, se le presentó Maza, y empezó á hacerle preguntas en tono amable y familiar, á las que contestó Avellaneda con laconismo y aspereza; que apesar de esto Maza le brindó un *mate* que le traje-

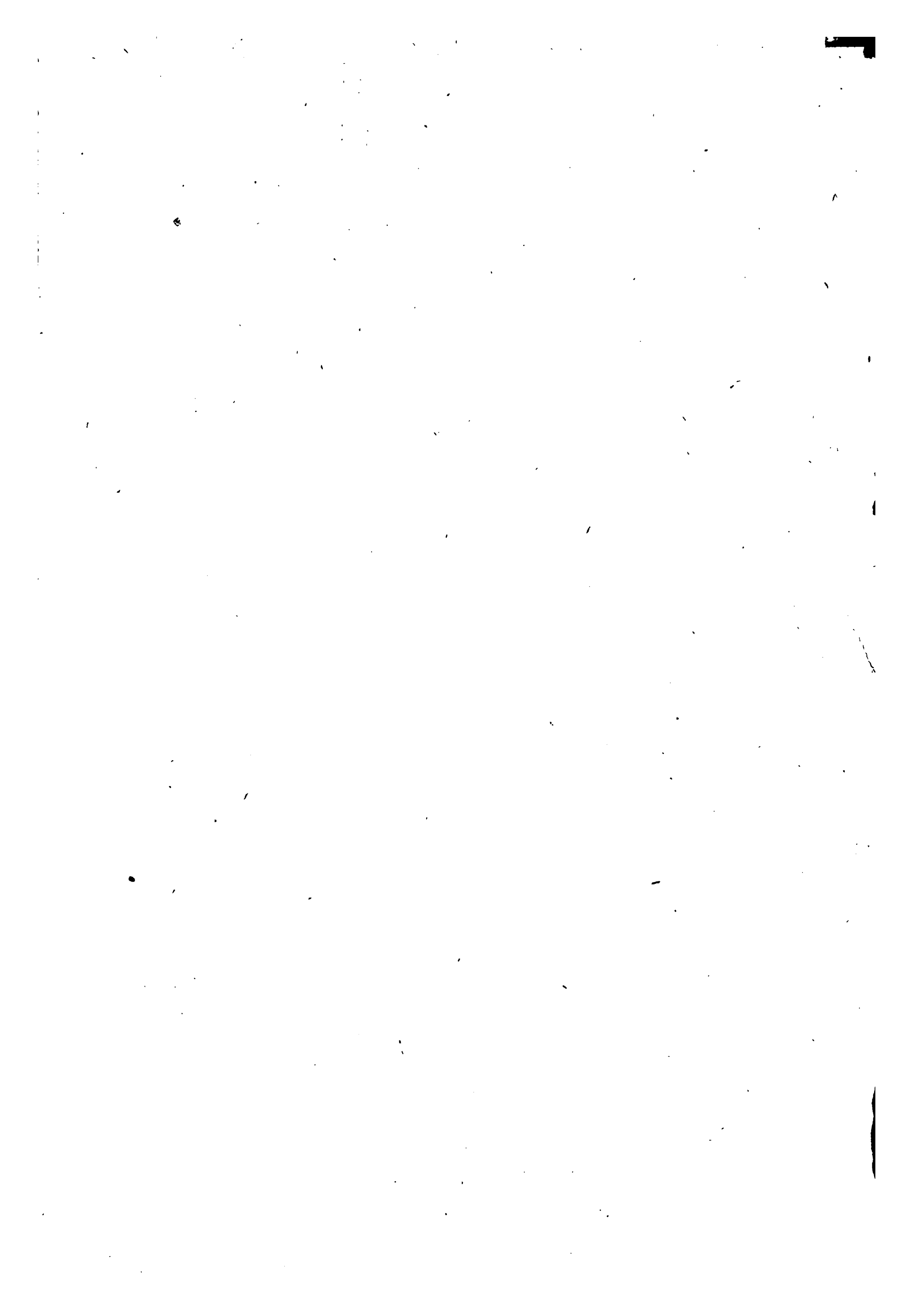
ron, el que no aceptó Avellaneda, y continuó en sus preguntas; que volvió á ofrecerle con instancia otro *mate*, que fué igualmente rehusado; y que por último Maza se retiró de allí colérico y desconcertado. Avellaneda inmediatamente se reclinó sobre el pasto, y durmió hasta tanto vinieron á despertarlo para llevarlo al suplicio.

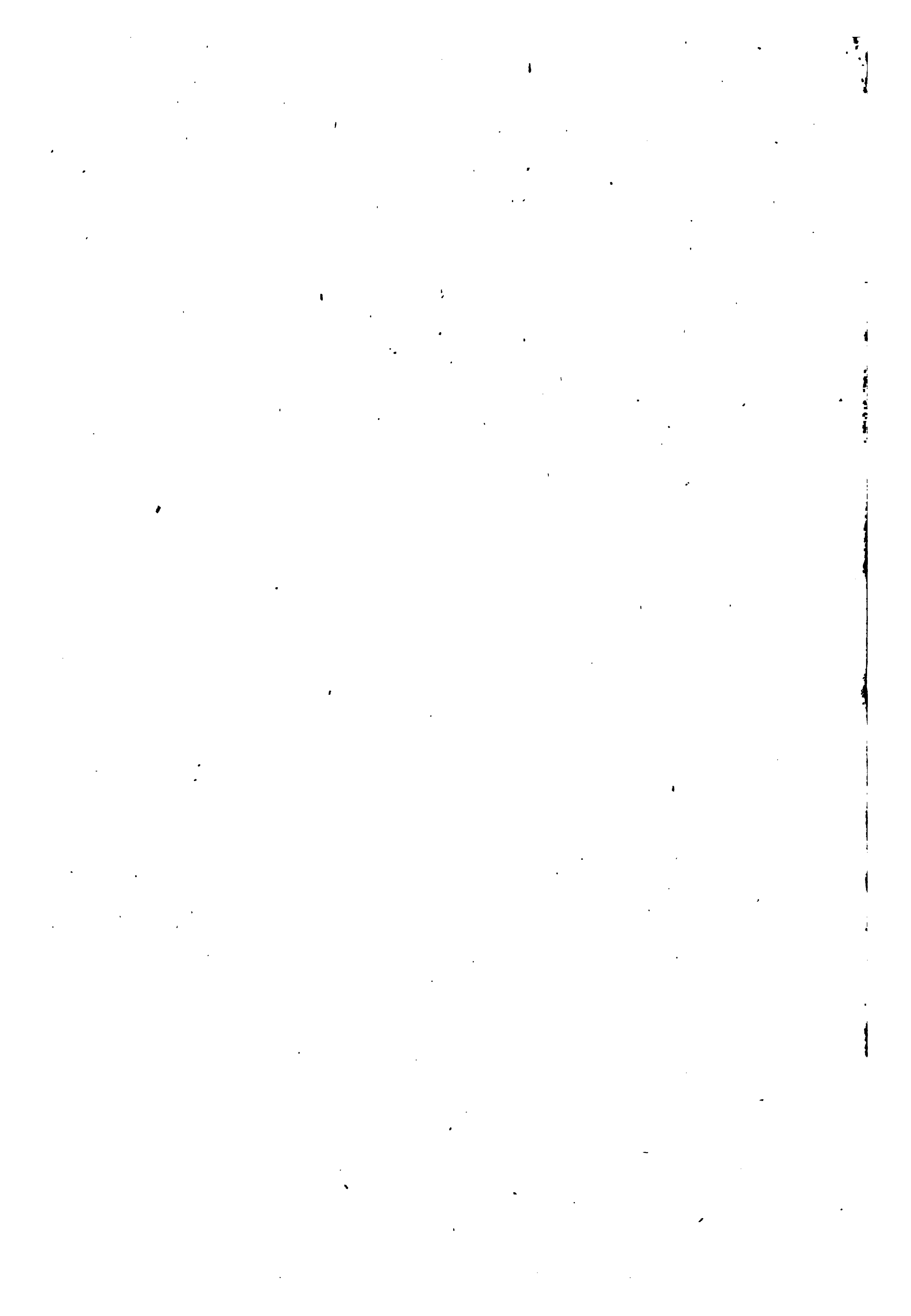
8. Este hecho fué referido al general Madrid por el mismo individuo que le relató el anterior.

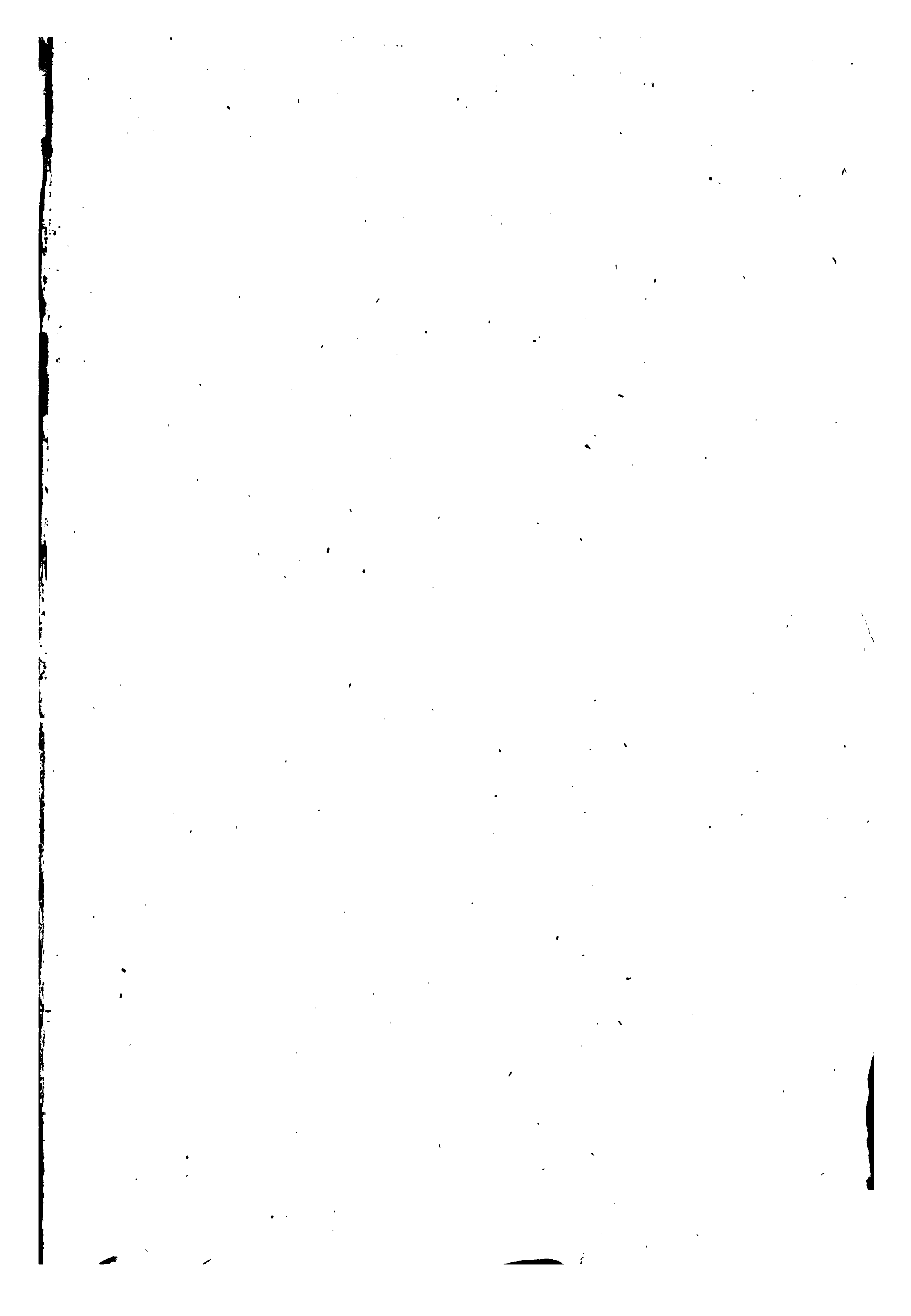
9. *Marco Maria Avellaneda* fué degollado en Metan por órden de Oribe el 3 de Octubre de 1841, á los veinte y siete años de edád, y su cabeza clavada en una picota en la plaza de Tucuman. De la piel de sũ cadáver, descuartizado y colgado en los árboles contiguos al campamento de Metan, mandó hacer Oribe unas vergas y un *rebenque* que envió de regalo á Rosas. Los habitantes que pasasen por la plaza donde estaba la cabeza del mártir, debian detenerse á mirarla un rato de hito en hito. A los que por distraccion ó mala voluntad no cumplian la órden, los soldados que la custodiaban les caian encima de improviso, y los azotaban con las vergas hechas de la piel de Avellaneda, esclamando á risotadas:—«Esta es del cuero de tu Gobernador.»

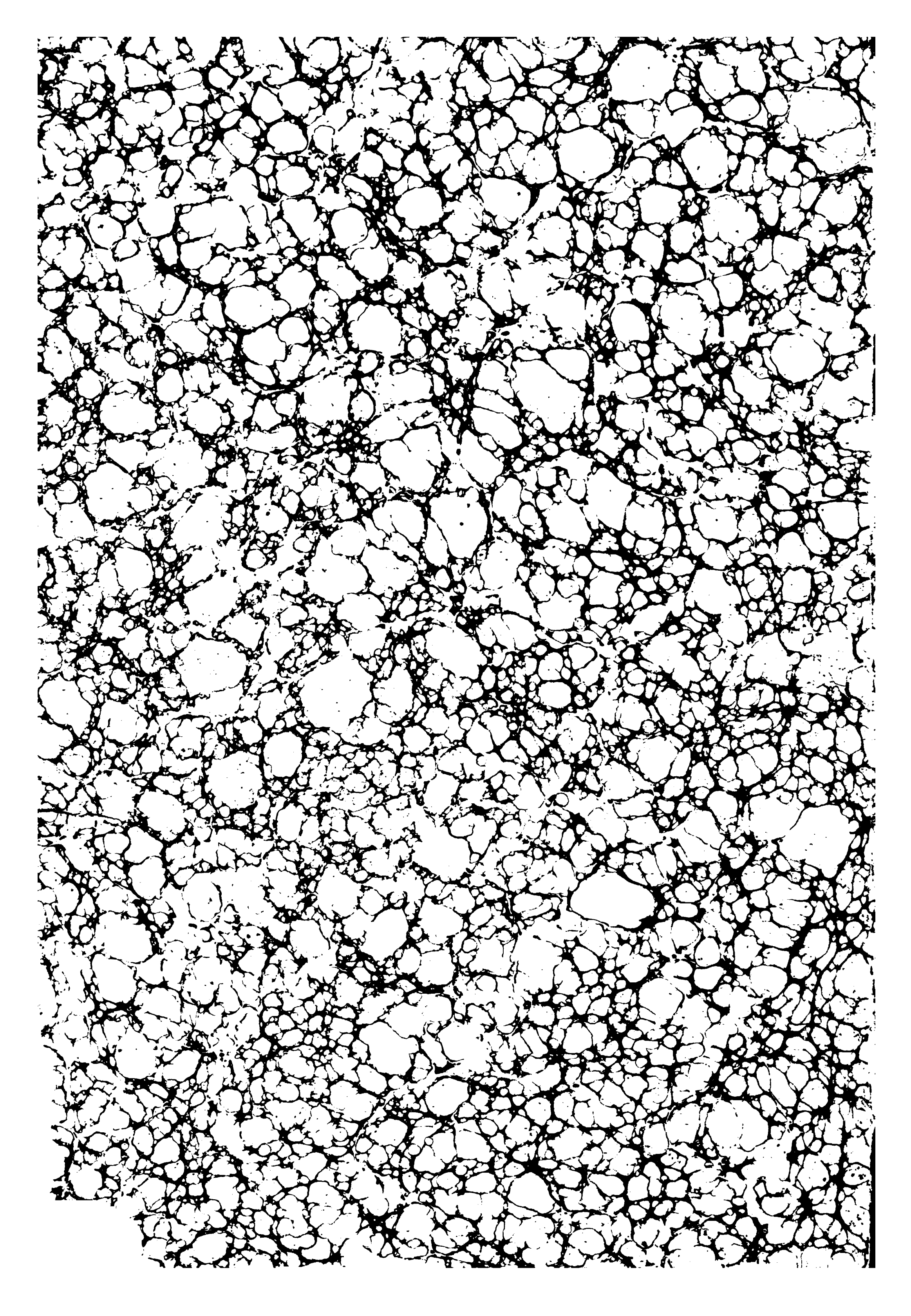
ÍNDICE DEL TOMO I.

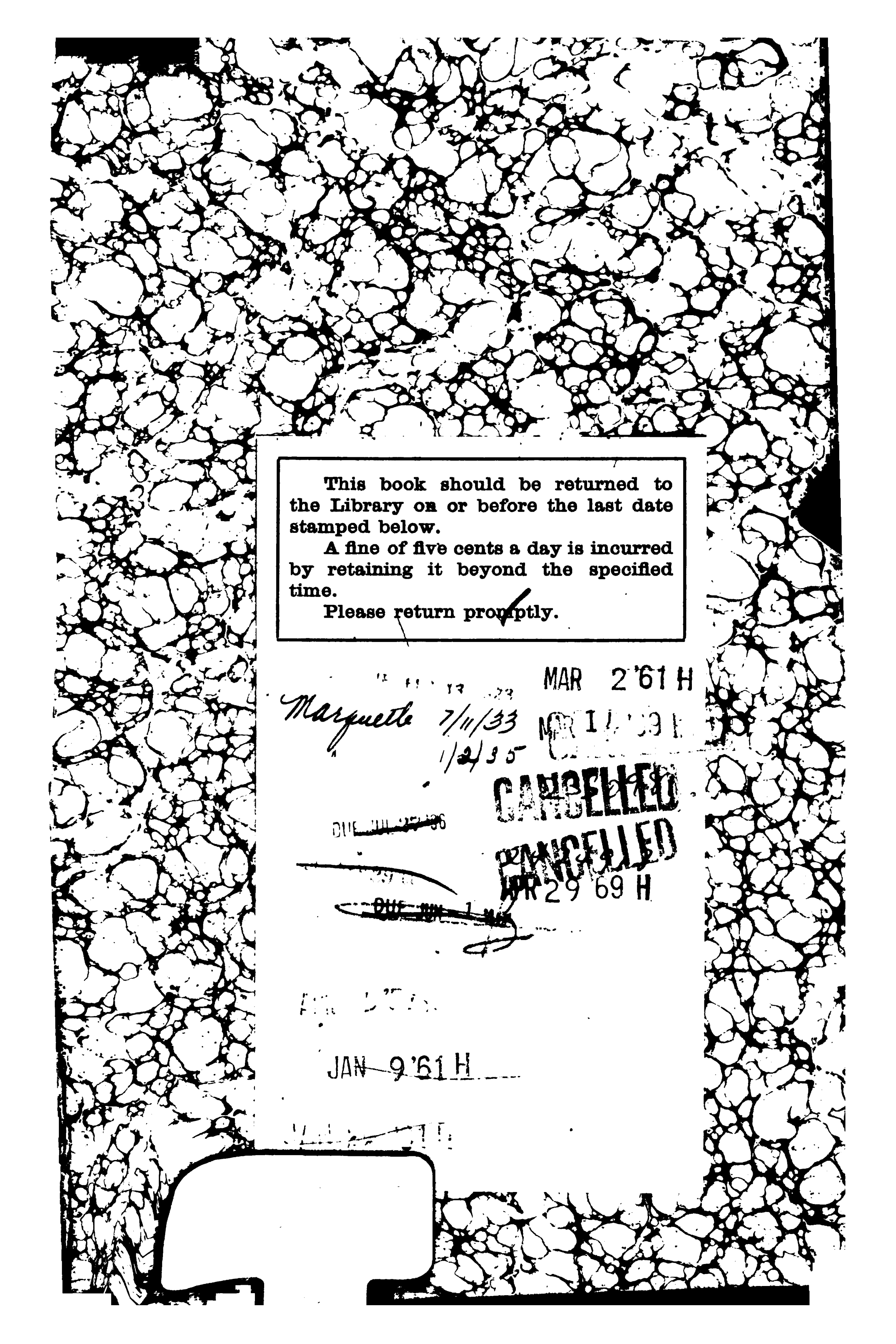











This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

MAR 2 '61 H

Marquette 7/11/33
1/2/35

CANCELLED

CANCELLED

APR 29 69 H

JAN 9 '61 H